



PRIMERA EDICIÓN

MICRO ENSAYOS

En cuatro mil caracteres..., con espacios

Iván Arandia

MICROENSAYOS
En cuatro mil caracteres..., con espacios

Primera Edición

Iván Carlos Arandia Ledezma

MICROENSAYOS
En cuatro mil caracteres..., con espacios

Prólogo de
Homero Carvalho Oliva



Sucre-Bolivia
2021

Arandia, Iván (autor)

Microensayos. En cuatro mil caracteres..., con espacios/Iván Arandia. – Sucre, 2021.

213 p.: o grafs; 0 cuads, 21 cm.

D.L.: 2-1-2208-2021 PO.

ISBN: 978-9917-0-0904-7: Digital

POLÍTICA Y ESTADO / DERECHO Y JUSTICIA / SOCIEDAD Y TECNOLOGÍA / INSTITUCIONES / DEMOCRACIA / BOLIVIA.

1. título

© Iván Carlos Arandia Ledezma

Primera edición, primera impresión, mayo de 2021

Dirección: C/ Guillermo Loayza N° 337

Dirección electrónica: arandia.ivan@usfx.bo

Sucre, Bolivia

Editorial Los Tiempos

Dirección: Plazuela Quintanilla Edif. Los Tiempos Torre 1 Piso 2

Cochabamba, Bolivia

Diseño gráfico de cubierta: Wilber Iván Flores Castro

Impreso en Bolivia

Printed in Bolivia

Los criterios exteriorizados por el autor en esta obra, son de su entera responsabilidad y no necesariamente representan la opinión de las entidades con las que mantiene vínculos laborales, académicos o de cualquier otra índole.

ISBN: 978-9917-0-0904-7



9 789917 009047

REPRODUCIR UN LIBRO POR CUALQUIER MEDIO SIN AUTORIZACIÓN DE SU TITULAR ES UN DELITO, ASÍ COMO POSEER O VENDER UNA COPIA ILEGAL

ÍNDICE*

Índice.....	5
Dedicatoria.....	7
Agradecimientos.....	9
Prólogo.....	11
Un breve comentario.....	13
INTRODUCCIÓN.....	15
Primera sección	
POLÍTICA Y ESTADO.....	19
I. La retórica criolla del poder.....	21
El fetichismo de la novedad.....	23
Capital social y estatismo.....	27
Todas las guerras parecen santas.....	31
El marxismo cultural.....	35
El retorno del individuo.....	39
Héroes y antihéroes.....	43
Política holográfica.....	47
La izquierda.....	51
La derecha.....	55
Centro.....	59
La sátira política.....	63
El ciber 'demos'.....	67
Oportunismo ideológico.....	73
II. Gobierno y burocracia.....	75
¿Garantiza la burocracia los derechos?.....	77
Los robots al gobierno.....	81
Salvemos al estado de sí mismo.....	85
Gestión pública..., a lomo de mula.....	89
¿Plurinación o república?.....	93
Autonomías... ¿Y luego qué?.....	97
III. Asuntos electorales.....	101
Todos mienten... incluso en las encuestas.....	103
Militantes o ciudadanos.....	107
Toxicidad electoral.....	111

* Para una navegación más fácil, solo debes hacer *click* en el subtítulo de tu interés y el texto se re-direccionará automáticamente.

¿Importan realmente los programas de gobierno?.....	115
Segunda sección	
DERECHO Y JUSTICIA.....	119
Misma constitución, nuevos contenidos.....	121
Justicia: equidad o equilibrio.....	125
Nadie es inocente.....	129
Inesperada enseñanza.....	133
Castigo y crimen..., a la boliviana.....	137
Federalismo judicial.....	141
Tercera sección	
SOCIEDAD Y TECNOLOGÍA.....	145
I. El humano y sus mitos.....	147
El 'buen malo'.....	149
¿Dioses seremos?.....	153
Pero el amor es más fuerte.....	159
Miedo.....	163
Libertad o seguridad.....	167
II. Homo <i>tecnológico</i>.....	171
Anti-intelectualismo 'reloaded'.....	173
Éxito y culpa.....	177
¡¡¡Huevadas!!!..., da flojera.....	181
Sin lugar para los mejores.....	185
Sin conocimiento no hay revolución.....	189
El valor de la teoría.....	193
Cibersociedad.....	197
Enseñar 'de lejos'.....	201
III. Un cuento corto.....	205
Un <i>western</i> subandino.....	207

DEDICATORIA

A los opinadores...

AGRADECIMIENTOS

*A Los Tiempos y
Editorial Canelas*

*A Alex Salinas, por su prolija
revisión del texto*

Prólogo

El ensayo es uno de los géneros preferidos de los lectores bolivianos; de hecho, en las librerías suelen superar en ventas a la denominada literatura de ficción, razón que explica la existencia en nuestro país de extraordinarios ensayistas en temas políticos, sociales, históricos, literarios, educativos y otros.

Si bien el género ensayo aborda, con profundidad analítica y crítica, un tema concreto, bajo una línea argumental central que se cuida de no descartar otras, la columna de prensa es, por sus propias características y la naturaleza del medio en el que se difunde, un texto brevísimo en el que se expresa la opinión del autor sobre un tópico de actualidad, con el fin de alertar y generar crítica en el gran público, antes que analizarlo en profundidad.

En la presente obra, el autor nos propone discurrir por ambas vías, brindándonos una selección de algunas de sus columnas de prensa, en concreto, aquellas que, por su contenido y rigurosidad analítica, bien podrían caber en la idea de un ensayo brevísimo o, como señala el propio título de la propuesta, una suerte de 'microensayo', definido por Eugenio Aguilar Setián, como "(...) un texto corto que expone una idea en forma completa y muy concisa. Dos consideraciones lo justifican; parafraseando a Carlyle: 'escribe tu ensayo como el resumen de tu ensayo' y, añadido yo: porque las personas saben pensar y, con base en un microensayo, harán mentalmente el suyo; la segunda consideración es puramente práctica, los que leen, leen mucho y buscan la versión corta".

En nuestro país, todos los periódicos reservan un espacio para este tipo de aportes, muy frecuentado por lectores ávidos de conocer el criterio de algunos de nuestros más reconocidos intelectuales respecto a temas universales o locales,

atemporales o coyunturales, encontrado en ellos un referente para esbozar, por adhesión o disidencia, sus propias opiniones sobre diversos temas. Nos encontramos, entonces, ante un derivado de varios géneros que, respetando la inteligencia de los lectores, llama a la reflexión y contribuye a la formación de la opinión pública y el sentido común, una labor que involucra, ciertamente, un cierto grado de responsabilidad social.

Son más de cuarenta los breves ensayos aquí presentados, vinculados todos a temas de permanente actualidad e intensa polémica, como el de la aparente dicotomía entre plurinación o república, el marcado anti-intelectualismo que caracteriza a nuestra sociedad o el carácter de la izquierda de hoy, pasando por el de la autonomía en su tensa relación conceptual con el federalismo, entre muchos otros. En todos ellos se busca posicionar un carácter cuestionador, crítico, deconstructivo y reconstructivo a la vez.

La sugestiva alusión a los cuatro mil caracteres con espacios que se realiza en el título, tiene relación con la fatídica exigencia editorial que nos obliga a ser concisos e intensos, a fin de condensar ideas a veces muy complejas en un número reducido de palabras.

Además de la importancia de los temas tratados en sus microensayos, de la seriedad de sus propuestas y de la libertad democrática con la que nos invita al debate académico o político, rescato la buena factura sintáctica y gramatical de los textos que integran esta colección.

Homero Carvalho Oliva

Un breve comentario

He leído a Iván Arandia desde hace mucho, siempre disfrutando de sus inteligentes observaciones y opiniones. Resulta sintomático que a pesar de sin duda existir lugares en los que no coincidimos, análisis no compartidos, nunca ha sido esto un obstáculo para dejar de leerlo. Implica que el autor de estas columnas, textos, microensayos, que ahora salen en forma de libro, tiene esa medida necesaria para que su opinión cuente, que no desate el furibundo ataque o la soez diatriba de los ignaros guerreros que pueblan la tierra, y sobran.

Entonces, el autor aporta, algo no muy común en caldos hirvientes como el nuestro, donde las papas se sobrecocinan y el arroz desaparece, quedando una lava en la que es imposible distinguir los elementos. Iván Arandia piensa, e intenta hacer pensar; eso vale mucho en un rincón donde recuas y bestias corren desenfrenadas creyendo ser dueñas de la piedra filosofal, al arbitrio, además, de iconos malsanos y malolientes.

A la aventura de escribir, se añade ahora la de compilar y publicar. Son documentos, estos, para añadirse al relato de una época, fuera de las restricciones de la historia oficial y junto a la literatura, que sondea los arcanos que los textos ortodoxos no tocan. En la opinión, el ensayo, la novelística y hasta la poesía, estarán los elementos vivificadores y explicativos sobre aquello que se intente en su momento ocultar. Celebro la presencia de esta obra y espero que no haya sido una cima alcanzada por el autor, puesto que tiene mucho aún por dar.

Claudio Ferrufino-Coqueugniot

Introducción

Este es un ejercicio de ociosidad aupado por el encierro y la inmovilidad parcial. Un producto indirecto de la presencia de ese microscópico intruso que hoy reaviva nuestros miedos más ancestrales y da contenido a nuestras más oscuras pesadillas. Es, al mismo tiempo, el resultado de un experimento que comenzó hace ya algunos años, con dos objetivos concretos.

El primero, demostrar que la utilización del género comunicativo denominado 'columna o artículo de prensa', en tanto medio masivo de expresión de ideas y cavilaciones, puede rebasar el plano de la simple opinión, a veces desestructurada y coyuntural, buscando hilvanar puntos de partida para discutir con libertad e irreverencia sobre temas tan interesantes como impopulares, mejor en esos holográficos espacios creados en la 'nube', hoy colonizados – ojalá temporalmente– por audaces cultores del bulo y el ensañamiento.

De ahí la pretenciosa idea del microensayo, entendido como "una corta relación conceptual que permite organizar un grupo de saberes, es decir, una definición chata y pequeña que pretende enunciar algo maleable. Se escribe en prosa o en su defecto, en lenguaje ligero y veloz –como el cotidiano–"¹, definición que calza perfectamente con lo que podría esperarse de una columna de opinión algo más refinada.

El segundo, brindar a un lector cada vez más esquivo –acaso por falta de tiempo y algo de pereza también–, la posibilidad de enfrentar una lectura más libre, menos exigente y, quizás por ello, más atractiva y cómoda. Lograr esto es, sin duda, el mayor desafío del texto.

¹ <https://www.microfilosofia.com/2011/05/que-es-un-microensayo.html>

La presentación de los contenidos responde, por las características de la obra, a un criterio de orden temático antes que cronológico, bajo un marco teórico concreto, el del institucionalismo de nuevo cuño —o neoinstitucionalismo— entendido como una corriente de pensamiento que no hace más que revalorizar el rol de las instituciones, formales y no formales, en la vida social.

Esto es importante, pues la realidad nos está demostrando con claridad que, sin ellas, la humanidad estará menos preparada para enfrentar los cambios disruptivos que a nivel global se imponen, a los que Yuval Harari (2016) describe, desde una perspectiva histórica, como un viaje iniciado a principios del siglo XXI, cuando “(...) el tren del progreso sale de nuevo de la estación..., y es probable que sea el último tren que salga de la estación llamada Homo Sapiens. Los que pierdan este tren nunca tendrán una segunda oportunidad. Si queremos conseguir un pasaje para dicho tren, debemos entender la tecnología del siglo XXI, y en particular los poderes de la biotecnología y de los algoritmos informáticos. Estos poderes son mucho más potentes que el vapor y el telégrafo, y no solo se emplearán en la producción de alimento, tejidos, vehículos y armas. Los principales productos del siglo XXI serán cuerpos, cerebros y mentes, y la brecha entre los que saben cómo modificar cuerpos y cerebro y los que no será mucho mayor que la que existió entre la Gran Bretaña de Dickens y el Sudán del Mahdi. De hecho, será mayor que la brecha entre sapiens y neandertales”.

Los ‘cuatro mil caracteres con espacios’ a los que se alude en el título se vinculan a la extensión estándar que imponen la mayor parte de los medios de comunicación escrita para su versión impresa, siendo algo más indulgentes, por cierto, para el formato digital, por el que en su momento me decanté y que he decidido mantener en la propuesta por razones prácticas.

Agradezco profundamente a Los Tiempos por acoger durante mucho tiempo estas ocurrencias y permitir que estos breves textos encuentren un hogar, antes como columnas de opinión y hoy bajo la forma de brevísimos ensayos.

Primera sección
POLÍTICA Y ESTADO

I
La retórica criolla
del poder

El fetichismo de la novedad

Los Tiempos el 02/01/2020

Quién no ha escuchado o dicho, hoy con mucha mayor frecuencia que antes, que aquello es más de lo viejo, que esto huele a rancio, que lo uno es anacrónico o que lo otro es parte del pasado, asumiéndolo apresuradamente como negativo por vetusto, un retroceso a lo ya avanzado, una negación de y a la modernidad.

Este es un lugar común que, desde una perspectiva optimista, podría implicar un cambio de dirección hacia formas felizmente distintas de relacionar al humano con su entorno, tanto en tiempo como en espacio, una inclinación contraria a las visiones conservadoras y acaso restauradoras que, sin desparpajo ni inocencia, pregonan la bondad de un pasado siempre mejor al presente y preferible a la multiplicidad de futuros posible, por defecto inciertos.

Pero la cosa no es tan sencilla como parece. El fenómeno involucra dos formas distintas de ver el entorno y su contenido, al menos dos vertientes que en la actualidad discurren juntas, aunque no necesariamente integradas. La una es de orden generacional, materializada en un cambio de mentalidad producto del tensionamiento natural entre lo antiguo y lo actual –la eterna y edípica disputa entre padres e hijos–, a la que se cuela indisolublemente una segunda, de matiz esencialmente tecnológico, plano en el que los cambios suelen desarrollarse con una velocidad nunca antes imaginada, pues lo que hoy es considerado “de última”, mañana ya no, en parte debido a las estrategias de marketing que instan a que las empresas añadan o quiten ciertos atributos a determinados productos, así sea mínimos y/o irrelevantes, todo a fin de brindarles un aura de novedad y atraer así a los más compulsivos compradores.

Es posible que esta sea una de las causas que explican la inestabilidad emocional que caracteriza a las nuevas generaciones, siempre en carrera hacia un futuro imposible, que ni bien se deja ver, ya es presente, incluso antes de hacerse materialmente aprehensible. Más allá ello, es necesario considerar que en esto se involucra un concepto clave para el desarrollo de las sociedades, el de la innovación, ya que el afán humano por explorar, expandir e incluso invadir los secretos del mundo y la naturaleza, se constituye, con sus claroscuros, en el motor de la investigación y el avance científico.

En lo político, lamentablemente los acontecimientos tecnológicos discurren a una velocidad distinta, mucho mayor a la que demanda el proceso de internalización y comprensión de los hechos tanto en la psique individual como en el imaginario colectivo, provocando desajustes principalmente en los más jóvenes, quienes en su ingenuidad esperan de las abstracciones sociales como la política, la sociedad y el Estado los mismos resultados y con la misma prontitud con la que se producen en el mundo de la tecnología, desencantándose rápidamente y a veces sin razón de la vieja democracia, induciéndola a una crisis por sobrecarga de demandas, como viene sucediendo, creo, en el Chile de hoy y su proceso constituyente. Tal vez sea ésta una razón más para que a la larga se instaure el reinado de la inteligencia artificial en el manejo de la res pública, un tema que es tratado con mayor detalle en el texto denominado [Los robots al gobierno](#), más adelante en este mismo libro.

En nuestra realidad actual, ahora en franco proceso de electoralización, este fenómeno se viene configurando como una suerte de fetichización de lo "nuevo", es decir, como una tendencia generalizada a otorgar automáticamente y sin mayor reflexión el carácter de bueno o favorable a todo aquello que pinte como novedoso, joven o moderno,

induciéndonos a descartar opciones bajo la falsa idea –de ahí el fetiche– de que el pasado es, en sí mismo y sin crítica alguna, malo o negativo, algo que podría ser solo parcialmente cierto, pero no definitivo, a riesgo de incurrir en graves errores de percepción, pintándonos una realidad aparente con consecuencias sociopsicológicas nada alentadoras.

No olvidemos que en la política, la perspectiva histórica es vital y más a medida que una democracia se va haciendo madura, pues un trayecto dilatado llega a almacenar, como es lógico, un conjunto creciente de experiencias, positivas y negativas, que merecen ser procesadas con pausa e inteligencia, esto a fin de no descartar apresuradamente prácticas que bien pueden ser rescatadas y acaso actualizadas, solo por el hecho de haber sido gestadas en un antiguo laboratorio, bajo viejas metodologías, transportadas en el mismo pack y/o ejecutadas por un misma corporación o gobierno.

Una sociedad en desarrollo precisará de un poco más de criterio ciudadano para evitar caer en el fetichismo mencionado, sea a lo nuevo o a lo viejo, pues la imagen de renovación es tan importante como otros factores que en el nuevo escenario –electoral o no– serán relevantes, me refiero a los programas de gobierno, al discurso político, el perfil del cuerpo íntegro de candidaturas y el equipo técnico, elementos que en las últimas justas plebiscitarias llegaron a perder protagonismo ante una serie de factores distorsionantes.

Al final, como en todo, unas veces vale más lo conocido que lo horrible por conocer y, otras, lo pasado queda mejor pisado, son las circunstancias las que mandan y nada debe ser descartado *a priori*, pues más allá de todo prejuicio, siempre será mejor una combinación virtuosa de lo mejor de lo viejo con lo mejor de lo nuevo.

Capital social y estatismo

Los Tiempos el 19/12/2019

“Todo lo que tengo en este mundo son mi palabra y mis pelotas, y no las rompo por nadie ¿entiendes?”, exclamaba Al Pacino, interpretando a Tony Montana en *Caracortada* o *El precio del poder*, célebre filme dirigido por Brian de Palma en 1983 (*Scarface*, título original en inglés). Se trata, en mi concepto, de una interesante alegoría acerca de una de las manifestaciones de emotividad humana más esenciales, la confianza, sentimiento que suele vincularse, en última instancia, a la seguridad que emerge del convencimiento de que quien te dice o promete algo, lo hace con la verdad y hará todo lo posible por cumplirlo; así, la palabra y el compromiso serán suficiente prenda de garantía en tanto uno de los interlocutores goce de las suficientes credenciales y el otro de sólidas razones para fiarse, más allá de constreñimientos o exigencias coercitivas externas.

Se trata de un valor que hace que las relaciones interpersonales fluyan con mayor facilidad y los nexos que cohesionan al colectivo se formen y sostengan, abaratando los costos de transacción en todos los campos de la acción humana –no solo económica o mercantil–, garantizando el cumplimiento de los acuerdos sin la intervención de mecanismos de constricción externa, como una forma de atenuar temores y suspicacias para obtener el margen de previsibilidad necesario para que cualquier emprendimiento humano, en todas las esferas de la vida, prospere.

Es en este intangible –llamado confianza– donde descansa la idea de “capital social”, entendida como un conjunto de rasgos colectivos emergentes de un proceso de acumulación histórica, inherentes a una determinada organización social (confianza, normas y redes) y que sirven de sustento para un

funcionamiento social más eficiente, facilitando un cierto grado de coordinación en las acciones interpersonales (Putnam, 1993).

Pero la coexistencia entre diversos tiene que ser, además de pacífica, altamente eficiente para el desenvolvimiento de las potencialidades humanas, tanto individuales como colectivas, una vida civil y económica un tanto al margen de esas costosas medidas de seguridad institucionalmente creadas y que operarán, en cualquier caso, subsidiariamente, esto es, como excepción y no regla, solo y únicamente cuando la desconfianza irrumpa entre quienes hayan llegado a acuerdos al margen de ese amplio conjunto de dispositivos creados para reconocer la validez a los actos y salvaguardar la fe pública.

Sin embargo, el hombre, que se empeña en ser lobo de sus pares, hace que todo ocurra precisamente al revés, provocando que ese cada vez más complejo aparato estatal de precautela se torne imprescindible. La buena fe que debería primar en el cumplimiento voluntario de los compromisos pierde protagonismo y los vínculos entre sujetos y colectivos pasa a sostenerse casi exclusivamente en la amenaza y la coerción formal, con mayores niveles de dependencia de las instituciones/Estado que del libre albedrío de los ciudadanos, ralentizando y hasta anulando los procesos productivos y la circulación de la riqueza.

El viejo Leviatán de Hobbes se justifica así una y otra vez, ahora en su matiz burocrático, cada vez más "necesario", tiránico e invasivo, quizás por ello, altamente apetecido, no siempre con las mejores intenciones.

Tuvo que ser un extranjero el protagonista de un hecho que ilustró a cabalidad lo que ahora se pretendo explicar, un holandés con el que hasta hoy mantengo una cordial relación

de amistad y quien me brindó, hace ya algunos años, una gran lección de vida, al explicarme serenamente que el documento que en ese momento me entregaba llevaba únicamente su firma y que era precisamente ello que no necesitaba más señal de validez y originalidad que su palabra y rúbrica, postura razonable en casi cualquier parte del mundo, pero no para nuestra peculiar idiosincrasia local, como años después me lo hizo notar un burócrata local de rango medio, para quien no se trataba más que de un documento sin valor administrativo alguno, en sus palabras, “un simple papel con la firma ilegible de un sujeto de apellido impronunciabile”.

Esto ratifica el hecho de que la desconfianza y la inseguridad son rasgos culturales lentamente sedimentados en nuestra identidad, eficaces dispositivos no escritos de regulación conductual, profundamente enraizados en el imaginario colectivo a fuerza de repeticiones acrílicas y constantes, cuyo origen se pierde en lo oscuro del tiempo.

Tampoco sería apresurado considerar que sea también una de las causas de nuestra excesiva dependencia de la autoridad estatal como guardiana de la fe pública, de la que también desconfiamos, pero lo hacemos más de nuestros pares ciudadanos, razón que nos lleva a buscar, afanosamente, cualquier medio que sirva como dispositivo de prueba de cuanto se diga o haga. Así, nuestra inseguridad y desconfianza se intensifican al extremo de tomar cualquier elemento que nos brinde algo de certeza o evidencia de que lo que se diga se cumpla y que todo resulte formalmente válido, no importando mucho la legalidad del medio o su carencia de ética, desde los más regulados (ritualismos, sellos, membretes, identificaciones, registros y notarías, entre otros) hasta aquellos obtenidos subrepticamente, generalmente por medios tecnológicos (fotos, grabaciones en videos y audios, filtraciones documentales, chats, etc.).

Todo vale en un poco amable ambiente de hostilidades y deslealtades, normalizadas al grado de lo imperceptible, donde la carencia de recursos o la angurria son tales que obligan a cada quien a ir por lo suyo, sin importar lo que suceda con el resto, salvo con aquellos que califiquen como parte de su entorno inmediato, su tribu, lo que también explicaría, al menos en parte, nuestro profundo sectarismo, sea en clave de comunidad, "frater", comparsa, logia o sindicato, otro rasgo tan nacional muy bien resumido en la clarificadora frase atribuida al General Banzer: *"Para mis amigos, todo; para los indiferentes, nada; y para mis enemigos, palo"*.

A menores grados de confianza interpersonal corresponderá, por gravedad, una mayor necesidad de intervención estatal, del poder de ese "gran hermano" que se ocupe de nosotros, los desvalidos e incontrolables hijos menores del asistencialismo, tan revoltosos e incapaces que precisan de un disciplinamiento constante para no canibalizarse, algo que, finalmente, no representaría más problema que el de una sociedad infantilizada, pero que se va agravando en la medida que ese aparato estatal, del que se depende en exceso, se pervierte al grado de concentrar en sí las peores taras de la política criolla, con tendencia hacia autoritarismos de distinto cuño.

Todas las guerras parecen santas

Los Tiempos el 21/11/2019

“Dios volverá al palacio” (sic.), prometió en una tibia noche oriental el dirigente cívico cruceño Luis Fernando Camacho ante una fervorosa multitud, iniciando una cruzada política que finalmente concluyó en la fría La Paz, sede de gobierno, con un presidente renunciado y una presidenta transitoria agradeciendo a Dios por haber “...permitido que la biblia vuelva a entrar a palacio” (sic.).

Más allá de la anécdota, este hecho repone el interesante y no menos acalorado debate académico y político alrededor de la laicidad del Estado y sus instituciones, para unos asumida como un rasgo necesario de modernidad, felizmente constitucionalizado en 2009 y que se origina, paradójicamente, en el propio texto bíblico (“Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Mateo 22, 15-21); mientras que para otros, no se trata más que de una simplificación racionalizante, puramente normativista, que pretende camuflar uno de los rasgos más profundos de la naturaleza humana en su vinculación con lo místico.

¿Existió alguna vez un palacio de gobierno realmente exento de la influencia religiosa? ¿Acaso solo un dios puede sacar a otro del ejercicio del poder terreno? Cuestionamientos que adquieren sentido al considerar que, incluso por encima de la previsión constitucional de laicidad estatal, la idea de dios o deidad se mantuvo, cómoda recurrentemente, apoltronada en las instalaciones públicas. A las cruces cristianas se sobrepusieron las chakanas, a las misas y rituales cristianos las k'oas y el rigor formal de las posesiones presidenciales tradicionales fue aplastado por reinventados rituales originarios en templos andinos, bajo claro arbitrio sacerdotal.

La relación del hombre con su fuero espiritual es altamente compleja. En ella se sedimenta la idea de la existencia de lo sobrenatural y la posibilidad de su derivación institucionalizada en forma de religiones, entendidas como una expresión cultural que hace de la deidad una fuente de poder terreno, una base ideal en la que se desarrolla el especial vínculo filial del humano con su creador, obteniendo, por herencia, una clara superioridad moral respecto de todo lo que le rodea, como si de un semidiós se tratara.

Así, en el plano del dogma de fe, tal afirmación resulta indiscutible, estableciendo una cadena jerarquizada de poder bastante simple pero altamente eficiente: *i)* Primero dios [sea cual fuere], *ii)* Luego sus hijos terrenos [creados a su imagen y semejanza]; y, *iii)* Al final, el resto del mundo [con todo lo vivo y no vivo que exista dentro de él], hecho para su beneficio.

En este contexto, la relación entre los primeros, es decir, entre la deidad y los humanos, tiende a desarrollarse en un plano meramente moral y discursivo, actuando al final éstos como superiores ante los terceros, en una especie de ejercicio escalonado del poder que encuentra su eslabón fundante en el mandato o autorización divina para usar y abusar de un mundo creado por el padre etéreo para el goce de sus hijos terrenos, aunque con los límites morales que en este contexto surgen casi como consecuencia obligada en forma de reglas y restricciones religiosas que, a la hora de la verdad resultan ser poco efectivas (ver: [¿Dioses seremos?](#)).

En lo político, la conflictividad suele emerger de la confrontación entre realidades, ideologías e intereses disímiles, a veces fusionados en líneas civilizatorias opuestas, cada cual con sus propias deidades, disputándose la hegemonía entre ejércitos formados por sus hijos terrenos, dando lugar a las llamadas guerras santas [cristianos contra

musulmanes, P.E.], fenómeno que puede extenderse también a las relaciones entre sujetos que comparten un mismo dios pero diferente religión [protestantes contra católicos, P.E.]. Así, la potencia del discurso religioso es en este plano innegable, tanto que en el caso que ahora nos ocupa, las sagradas escrituras retornaron al palacio mucho antes de que el oriental Camacho pusiera siquiera un pie en tierras altiplánicas, materializándose en el momento en el que un ex vicepresidente del Estado sustentara parte de su discurso en unos determinados pasajes bíblicos, algo impensable para quien hasta ese momento se había asumido como un marxista confeso y, en consecuencia, ateo.

En este orden de ideas, nunca tan acertado el hermoso poema de Ricardo Jaimes Freyre, titulado *Aeternum Vale* (Adiós para siempre) que grafica con finura la derrota definitiva que ese extraño "...Dios silencioso que tiene los brazos abiertos" (cristianismo) infringió a los aguerridos dioses nórdicos. Al final, nos guste o no, la hipótesis de que toda guerra es, en esencia, santa, no debe ser *a priori* descartada.

El marxismo cultural

Los Tiempos el 20/06/2019

El abordaje de este apasionante tema debe partir de los elementos esenciales del marxismo clásico que son –a riesgo de caer en criticables simplificaciones– los siguientes:

- a. Una visión confrontacional del mundo y las relaciones que en él se desarrollan, sustentada filosóficamente en la noción hegeliana de la lucha de contrarios, adoptada y adaptada bajo las premisas del determinismo económico y la lucha de clases como clivaje central (motor de la historia) que informa y explica a todos los demás, entre ellos, el análisis de la infraestructura económica, la forma en la que se genera la riqueza (excedente o plusvalía) y los mecanismos política y administrativamente establecidos para su redistribución;
- b. El materialismo histórico, intento científico para lograr una descripción ideológicamente aséptica del desarrollo cronológico de las sociedades y sus formas organizativas, no como consecuencia de la libre acción de los sujetos en tanto individuos, sino como fruto de su conflictiva interrelación y de los constreñimientos que el mundo material les impone; y
- c. Producto de lo anterior, la idea de que el decurso de la historia puede ser cambiado, que las sociedades pueden ser reconstruidas a partir de una imagen ideal, de ahí su carácter en el fondo, utópico y su superioridad moral al reivindicar a los explotados, en un juego de malos contra buenos donde el ganador se lo lleva todo.

Si bien este marxismo primigenio se presenta como un interesante esquema interpretativo de la realidad, sus

principales dificultades, en tanto proyecto de poder y cambio, devienen de su base centralmente constructivista, de reingeniería social –de ahí su carácter esencialmente violento– pues pretende un cambio altamente disruptivo, pero en un marco de negación a la realidad de la condición humana, trazando para el efecto una imagen ideal del sujeto revolucionario, un molde que sirva de referente para esculpir, a sangre y fuego si es necesario, a ese tan esquivo "hombre nuevo", actor central del proyecto, que deberá estar siempre dispuesto a dar su vida por él sin mayores cuestionamientos. Una utopía sin duda seductora, pero quizás inviable en las condiciones humanas actuales, pues donde pretendió ser impuesta (gobiernos del llamado socialismo real) corrió sangre, quizás demasiada, para luego disiparse sin rastro duradero, salvo en la memoria de algunos nostálgicos (Leer: [La izquierda](#)).

Pero resulta que además de pan, el humano precisa también de algo de circo para vivir, y fue este el elemento que dio lugar a críticas renovadoras desde lo interno, vertidas primero desde la Escuela de Frankfurt (afirmación que admite debate) y, después, a partir de la amplia gama de neo o post marxismos ulteriores, transitando desde el clásico determinismo económico hacia enfoques centrados más en elementos ideológicos y culturales asentados en la supraestructura social e ideológica, añadiendo a la vieja lucha de clases, acaso como una respuesta idealista al conductismo estadounidense, otras fuentes de contradicción existentes desde siempre en los colectivos humanos, en su mayor parte de orden identitario (de género, étnicas, culturales, religiosas, etc.).

Se introduce así una variante que en sus rasgos más generales sigue la matriz de análisis propiamente marxista, principalmente la idea de la lucha de contrarios prestada de la dialéctica hegeliana, no siendo en este sentido atendibles

las críticas que desde las vertientes clásicas se descargan sobre ella, negándole toda relación con las ideas del célebre filósofo y economista alemán Marx, solo por el hecho de haber desplazado de la centralidad del discurso el tótem del determinismo económico o porque no exista aún un conjunto identificable de autores que se haya dado a la tarea de sistematizar rigurosamente la idea, como superficialmente señala Zizek.

Todo esto cuaja en lo que se suele denominar como neomarxismo, marxismo postmoderno, marxismo supra-estructuralista o, simplemente, "marxismo cultural", una abstracción que concentra a líneas analíticas distintas, pero que comparten, como bien se dijo, un rasgo esencial común, la combinación del clivaje económico estructural por constructos supraestructurales de distinto cuño, a los que Althusser concebiría, en su momento, como parte de los aparatos ideológicos del Estado.

Pero esta explosiva combinación genera una suerte de "catch all parties"², maquinarias altamente eficientes para la conquista del poder por la vía electoral, pero no así en la praxis de gobierno, pues debe lidiar con una multiplicidad de intereses débilmente cohesionados y que a la larga fragmentan su base material de sustentación, tornándola inestable, razón que lleva a sus propugnadores a buscar enemigos internos y externos, inventar nuevas contradicciones y/o acentuar artificialmente las ya existentes, con dos finalidades concretas: a) Instalar una sensación de riesgo permanente que justifique un aparato estatal vigilante, quizás en la perspectiva de una "revolución permanente" que mantenga el estado de apronte e internacionalice la lucha, sea por tomar o mantener el poder en base a un liderazgo

² Partidos atrápalo todo, es decir, instrumentos en los que bien puede existir una línea ideológica muy gruesa, pero que permite que simpatizantes de distintas líneas e intereses se sientan invitados a participar.

personal fuerte; y b) Rendirse a los cantos de sirena del populismo, escenario en el que la prebenda se erige como un mecanismo central para el mantenimiento de las lealtades y el aprovechamiento descarnado de la emotividad reivindicativa y emancipatoria.

En conclusión, el 'marxismo cultural' existe, quizás no en los términos esperados, pero existe y se constituye en una categoría conceptual que podría ser útil para el análisis crítico de la realidad contemporánea. Convendría, entonces, no descartarla *a priori* por conveniencias ideológicas y/o intereses particulares, pasando a desarrollarla de forma amplia y estructurada, dejando de lado atávicos purismos que no aportan mucho a un debate que es central para el futuro de nuestras sociedades.

El retorno del individuo

Los Tiempos el 06/06/2019

“Los pueblos tienen los gobernantes que se merecen”, y es verdad. Pero tampoco es menos cierto que los pueblos están compuestos por sujetos y son éstos los que, en su individualidad, imbuidos de la capacidad de raciocinio que les es inherente, se hacen de un conjunto de derechos y obligaciones, además de una cuota variable de poder, influencia y decisión que, más allá del grupo o segmento al que se adscriban, se mantienen por lo general incólumes y resultan ser concluyentes a la hora de determinar las inclinaciones políticas.

Los debates públicos se dan primero entre sujetos, pese a quien le pese, y son estos los que tienen la posibilidad de empoderarse e influir, desde su fuero interno, en las decisiones y la acción colectivas exteriorizando sus preferencias y anhelos mediante diferentes mecanismos, siendo el del voto quizás el más importante. Por lo tanto, sí, es verdad, los pueblos tienen evidentemente los gobernantes que se merecen, pero esto no sucede por magia o casualidad, todo se origina en un libre albedrío individual que se exterioriza en un determinado momento, a veces de forma irracional y apresurada, sin considerar que los efectos de esa decisión afectarán a un número indeterminado de personas y por un lapso de tiempo que puede extenderse incluso más allá de lo expectable.

Sin embargo, tal afirmación merece también ser relativizada, como todo en este mundo de grises, pues es evidente que en una gran parte de los procesos decisionales si suele prevalecer la identidad de grupo, de lo colectivo –llámese conciencia de clase, clan o etnia– con más frecuencia en las formas organizativas de base, mayormente rurales y de áreas

periurbanas o de transición (*ethos* predominante). Pero en escenarios de mayor amplitud, que involucran a grupos humanos de dimensiones considerables, un país, por ejemplo, se retoma, por necesidad y viabilidad técnica, la democracia liberal basada en la idea de "un ciudadano un voto", reubicando al sujeto/individuo nuevamente en el centro de la decisión, re-empoderándolo, así sea coyunturalmente, en el siempre complejo juego del poder.

Todo esto se ve hoy enormemente facilitado por las tecnologías basadas en la Internet que, superando parcialmente de los límites de tiempo y espacio, sientan las bases para nuevas formas de conectar, de priorizar y agendar temas de establecer redes reales y virtuales a la vez, espacios en los que los individuos pueden explorar vidas paralelas y generar mecanismos de agregación de ideas, demandas y preferencias fuera de cualquier estructura de intermediación política tradicional (*demos* predominante). Sobre este punto sugiero leer [El ciber 'demos'](#).

Sin embargo, esta oportunidad ciudadana de recuperar el poder perdido, no adquiere la relevancia que debería, dejándose vencer por ciertas tendencias empecinadas en diluir todo atisbo de responsabilidad individual en el bien común, ahogándolas en diferentes formas de agregación colectiva, desde las más básicas (familia, clan, tribu, barrio) hasta las más amplias, configuradas generalmente bajo la forma de movimientos de orden global (medioambiente, género, etc.), pasando, claro, por niveles de agregación más locales (partido, región/nación, barrio, etc.), lo que termina por generar sujetos/grupo, tan perezosos y timoratos como incapaces de adoptar sus propias decisiones y apropiarse de las consecuencias, buenas y malas, de los actos.

De ahí el fácil expediente de sacrificar una buena parte de su libertad individual para despersonalizarse en dogmas y

slogans, siempre pensados por los dirigentes del grupo, de arriba hacia abajo, todo a cambio de la comodidad de la "tribu" y la tibieza de un anonimato muy cercano a la apatía mental y la mediocridad.

Se trata de una suerte de tribalismo que, bajo pretensiones de modernidad, sirve muy eficientemente para que sus acólitos socapen y justifiquen su propia desidia, presionando y saturando con demandas a un sistema al que dicen odiar y del que obtienen, paradójicamente, enormes ventajas. Reivindican su derecho a "ser felices", muchas veces sin haber hecho nada para merecerlo, sin entender que el "vivir bien" hay que ganárselo palmo a palmo y que el ser parte de una organización social, logia, partido o comparsa, no constituye mérito alguno y menos condición que, *per se*, otorgue privilegios a nadie.

Para terminar, nada mejor que volver al principio, pues aunque concluyamos que cada pueblo tiene los gobernantes que se merece, seremos finalmente nosotros, los individuos, los encargados de determinar, sin egoísmos, el futuro. Todo proceso decisonal, electoral o no, nos brinda la oportunidad de resolver como ciudadanos plenos y no como militantes, comunarios, cófrades o cortesanos, pseudo-individuos impersonalizados, diluidos en la masa.

Héroes y antihéroes

Los Tiempos el 28/02/2019

El antihéroe es, más que el simple villano, aquel complejo personaje que en "(...) una obra de ficción desempeña el mismo papel de importancia y protagonismo que el héroe tradicional, pero que carece de sus características de perfección por tener las virtudes y defectos de una persona normal", (Google dixit); así, en la dualidad del bien contra el mal –que suele definir la idea del *cómic*–, éste juega un rol gravitante en la trama, aunque menos glamoroso, por supuesto, ya que representa al sujeto que aun siendo parte de esa pasiva humanidad, a la que los héroes pretenden salvar y los villanos destruir o dominar, se le reconoce un carácter modestamente ilustre.

En la praxis política sucede algo similar. Está, por un lado, el héroe que construye para sí una imagen de excepcionalidad, con atributos escasos o inexistentes en la gente común, unos "poderes extraordinarios" que le fueron legados por fuerzas superiores, elevándose al estatus de "elegido", por ende, dirigente natural e indiscutible. Por otro, tenemos al antihéroe que se confunde con la masa de la que emerge, compartiendo con los mortales unos rasgos esenciales comunes, destacándose, empero, por unos determinados atributos sin los que el liderazgo sería imposible, pero eso sí, ganados, como cualquier mortal, en base al poco glamoroso esfuerzo terrenal (trabajo, estudio, carrera, etc.).

Lo antedicho también definirá los estilos de gobierno y capacidad de dirección, ya que cada uno de ellos verá el mundo y sus vicisitudes de formas muy distintas. Los héroes nacen o emergen generalmente en momentos de crispación, en situaciones de crisis y exacerbada dualidad, en la que los buenos luchan contra los malos, ambos nítidamente

identificables, cuando la necesidad de un "salvador, redentor o mesías" se hace evidente, adquiriendo por ello las cualidades épicas que les son bien conocidas. De ahí su notoria tendencia a concentrar todos los recursos de poder, fenómeno que, en las circunstancias anotadas, es bien tolerado y hasta aplaudido por las masas. No será entonces extraño que el líder de raíz heroica, busque extender en el tiempo situaciones de matiz confrontacional, en las que se siente cómodo y de las que extrae un mayor rédito político.

Muy por el contrario, los antihéroes suelen provenir más bien de la cotidianidad, de lo aburrido del día a día, de situaciones post-trauma tendentes a la estabilización, cuando las cosas dejan de ser diáfananamente claras, en las que el blanco y el negro se funden generando una amplia gama de grises, propias de un mundo diverso y cambiante que dificulta el control de los recursos de poder e insta a los sujetos a despolitizarse, a volcarse hacia sí mismos y hacia los problemas de su círculo más cercano.

En este orden de ideas, es posible afirmar que la determinación de las ventajas o desventajas de cada uno de estos tipos de liderazgo dependerá más del contexto en el que se desarrollen que de los esfuerzos y virtudes inherentes a los actores; así, si se vive una situación de conflicto, aparente o real, el héroe tendrá, por sus propias condiciones, una cierta ventaja para agregar demandas y atraer apoyos. Por el contrario, si se impone una situación de relativa calma, los antihéroes adquirirán mayores posibilidades de conducción ya que representan la mejor forma de mantener los equilibrios necesarios para el despliegue de las fuerzas creativas y productivas de la sociedad. Al final, nunca debemos olvidar que "(...) todas las cosas bajo el sol tienen un tiempo y un momento: Hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado. Hay un tiempo para matar y un tiempo para curar; un tiempo

para destruir y un tiempo para construir (...)” [Eclesiastés 3:1-14]. Y no se trata de identificar aquí al malo o al bueno, algo que para este análisis resulta por demás irrelevante, sino de elegir democráticamente la mejor opción para dirigir el barco en un tiempo concreto y bajo unas determinadas circunstancias.

De esta forma, más allá de la ideología, ejemplos de ambos tipos de liderazgo pueden ser encontrados en diferentes latitudes y con diferentes discursos, entre los de matriz heroica tenemos a Trump y Putin en la actualidad, incluyendo, desde la vertiente socialista más actual, a los fallecidos Castro o Chávez, cuyo nombres son harto conocidos y no necesitan de mayor presentación; por el lado contrario, los líderes de matriz anti heroica encontrarían referentes mucho menos épicos, por supuesto, pero no por ello menos importantes, entre los que destacarían Marcelo Rebelo (presidente de Portugal), Ángela Merkel (Alemania) e incluso, con algo de esfuerzo, Emmanuel Macron (Francia), de quienes se reputa, en el primer caso un liderazgo de proximidad, en el segundo una trayectoria política importante además del no menos relevante componente de género y, en el tercero, un notable conocimiento tecnocrático. Que hayan tenido o no éxito en su gestión o que su posicionamiento ideológico sea para algunos cuestionable, es tema otro debate.

Finalmente, la pugna política entre el héroe y el antihéroe no debería ser antagónica, pues en realidad se limita a la asignación temporal del mando de acuerdo a la tarea a desarrollar, sea derrotar militarmente enemigos o construir edificios. Pero hay una constante que es definitiva y que se traduce en la lucha contra los verdaderos problemas de la actualidad: la pobreza, la inseguridad, la desigualdad extrema, la degradación medioambiental, los riesgos sanitarios, etc., generando un estado de contradicción coyuntural a ser definido por la capacidad que tenga cada uno

de vender a los electores la imagen de contexto que más le convenga, unos pretendiendo mostrar una situación de dualidad irreconciliable en la que se resalte la necesidad de un héroe salvador o preservador de lo logrado; y otros, la imagen de un contexto en el que ya no es tiempo de vencer sino de unir para construir, con el antihéroe como la opción menos deslumbrante pero más efectiva para tal empresa.

En definitiva, quién podría afirmar con certeza que Tina Turner no hubiese tenido algo de razón al exclamar ante el mundo, allá por 1985, que "Nosotros no necesitamos otro héroe" (Ver: [*We don't need another hero*](#)).

Política holográfica³

Los Tiempos el 14/02/2019

Los típicos mecanismos de intermediación política están en crisis, al menos en sus formas clásicas, de eso no cabe duda, y esto es parte de un fenómeno mucho más amplio, global, que se correlaciona, al menos parcialmente –planteo la hipótesis–, con la expansión de la comunicación digital en línea y la notoria debacle de las formas tradicionales de socializar y generar redes entre individuos.

Emergen nuevas maneras concebir la realidad y hacer política, pues al haberse superado las limitaciones de tiempo y espacio a partir de la “virtualización” del mundo, las relaciones de poder dejaron de discurrir bajo estructuras piramidales y jerarquizadas, sino por inestables redes multicanal que conectan horizontalmente a sujetos y grupos de sujetos más allá de los tradicionales agentes de agregación de demandas e intermediación entre la sociedad y el poder formal, aunque sin descartarlos del todo.

Es tiempo de las tendencias y movimientos en clave de multitud y alcance planetario, eso es indudable, pero no es menos cierto que se trata de un fenómeno que corresponde a un debate de mayor calado que rebasa las posibilidades de este texto, por lo que nos enfocamos, por el momento, solo en los dispositivos tecnológicos que, a mi juicio, hacen que este fenómeno sea posible.

En este orden de ideas, la primavera árabe, por ejemplo, solo fue una muestra de cómo las redes sociales cohesionan

³ Holografía: “Técnica fotográfica que, mediante iluminación por láser, permite obtener imágenes tridimensionales en color” (Diccionario de la RAE). El término es utilizado, en este caso, para designar a una forma de representación incorpórea de la política.

fenómenos de acción colectiva que, por diversas razones, no cuajaron en estructuras partidarias formales y estables de poder, declinando luego de un corto periodo de relativo éxito. Sí, la crisis es de representación, pero más específicamente, de los mecanismos la generan.

Desde una perspectiva aldeana, unos alegarán que se trata de cuestiones del primer mundo, ajenas a nuestra realidad, sin reparar que los acontecimientos discurren por estos lares en la misma dirección, aunque con matices y a un ritmo quizás más lento. Los actores son otros y las circunstancias distintas, cierto, pero el fenómeno de base es bastante similar y tiene que ver con la reconstitución del ágora democrática por otros medios y ritmos, el germen de un remozado sistema político que pone nuevamente el foco en los individuos, a quienes conecta en redes que se amplifican exponencialmente en la "nube", producto de un proceso de democratización tecnológica que tuvo consecuencias inesperadas a nivel nacional en dos flancos: a) El electoral, destacando el referéndum llevado a cabo el 21 de febrero de 2016, las elecciones judiciales de 2017 y las primarias ejecutadas el 27 de enero de 2019, previas a las elecciones de octubre de ese mismo año, por un lado; y b) El organizacional, con el fracaso de las plataformas ciudadanas como un intento en apariencia innovador para agregar el descontento por medio de los mecanismos usuales.

Queda claro entonces que los ciudadanos ya no se articulan solo mediante la figura "partido" u otra análoga, como la idea de "plataforma", contexto en el que ese proceso de agregación viene más bien definido por la irrupción de un raro sujeto, un inquieto, creativo e incontrolable ciber-ciudadano que encuentra en las TIC unos eficaces instrumentos de participación directa en el debate público, bajo un tipo de ciudadanía asentado en el encuentro de individuos que se incluyen –sin diluirse– en comunidades virtuales abiertas

(foros, redes sociales, etc.), espacios de politización proyectados desde la soledad de un smartphone, una tablet o una PC, al margen de la intermediación de mecanismos tradicionales de representación, llámense partidos políticos, plataformas ciudadanas y/o corporaciones sociales.

Esto responde, ciertamente, a un proceso acumulativo multifactorial, no siendo casual que este fenómeno se desarrolle con especial intensidad en los más jóvenes, pero lo paradójico es que no haya causado el efecto esperado en los directamente afectados, los actores políticos, ni en sus formas tradicionales (partidos) ni en sus manifestaciones de supuesta renovación (plataformas), pues estos, en vez de cambiar o simplemente asumir con inteligencia el cambio de época, niegan la realidad y tratan de ganar minutos y oxigenar sus ancianas estructuras.

El resultado es incierto, los acontecimientos discurren con rapidez y emergen en campo elementos tremendamente disruptivos. Y no me refiero solo a ideas o conceptos, no se trata en realidad de una revolución política ni un pugilato discursivo –aunque algo de eso hay, claro– sino de algo más rotundo, la irrupción de un factor mucho más corpóreo, tangible, con capacidad de quebrar materialmente el mundo como hoy es conocido, me refiero a la tecnología, que desencadena una serie de ajustes de amplio espectro que, por su dimensión, no pueden producirse pulcra ni ordenadamente, peor en sociedades que, como la nuestra, tuvieron un acceso repentino a estos medios sin haber desarrollado antes las capacidades necesarias para gestionarlos de manera adecuada.

Con todo, dudo que las nuevas generaciones sean tan necias como para no darse cuenta de ello y generar sus propias habilidades para separar la paja del trigo y sobrevivir en la selva de bits descrita, al menos no al extremo de brindar razón

al fallecido Umberto Eco, quien sostuvo, algo exageradamente, que "Las redes sociales le dan el derecho de hablar a legiones de idiotas".

La izquierda

Los Tiempos el 28/02/2018

En tanto esquema interpretativo de la realidad, el método de análisis marxista es tan válido como cualquier otra teoría bien pensada. Como proyecto político central para los movimientos de izquierda tiene serias falencias. La principal radica en el planteamiento de un cambio esencial abstrayéndose de la realidad de la naturaleza humana, construyendo un molde puramente ideológico –aunque con pretensiones de cientificidad– para luego pretender, como Procusto, que en él calcen todos.

Y si esto no ocurriera, como es común, pues sangre y fuego para esculpir al "hombre nuevo" (colectivista, no competitivo, sin muchas ansias de superación individual) un leal, sumiso y funcional revolucionario de base, vital para un proyecto igualitarista, por el que debe estar dispuesto a ofrendar incluso la vida. No resulta así extraño que procesos de este tipo estén marcados por fuertes dosis de violencia, tanto con los capitalistas (sin cuartel con quienes son sus "enemigos naturales") como con los mismos sujetos en los que la revolución se apoya (el pueblo), a quienes mantiene en línea mediante mecanismos de disciplinamiento constante, adoctrinamiento ideológico, proscripción del disenso y la libertad de pensamiento, palabra y obra en filas internas, etc.), surgiendo así una rara estratificación social entre el revolucionario de élite (nomenklatura soviética, P.E.) y el de base, incompresible en el seno mismo de un proyecto que se asume a sí mismo como igualitario.

Desde esta perspectiva, bastante esencialista, la idílica visión de mundo del marxismo y la izquierda en general, comienza y termina en una utopía deseable pero inviable en las condiciones humanas actuales. Y allí donde pretendió ser

impuesta corrió sangre, y mucha, para luego desaparecer sin rastro duradero, salvo, claro, en la cabeza de algunos viejos nostálgicos que escarban en el fango de la historia en pos de contradicciones que les permitan retomar algo de vigencia. Nótese que de la extinta URSS queda poco en los rusos de hoy, quienes retomaron con extrema facilidad su vieja visión imperialista, hoy remozada y, en ese sentido, acertadamente liderada por Putin.

A su tiempo, los desesperados intentos neo-marxistas, enfocados esta vez en el análisis supraestructural, intentaron superar el clásico "determinismo económico" (acaso como respuesta al conductismo estadounidense), añadiendo a la vieja "lucha de clases" (inaplicable en los países que carecieron de una revolución industrial en toda regla, como el nuestro) otros clivajes sociales existentes desde siempre en los colectivos humanos (de género, étnicos, etc.), hasta lograr un mix tan explosivo como implosivo que, en función de poder, gozó de cierto éxito con los socialismos del Siglo XXI, declinando luego sin haber generado a ese tan anhelado "hombre nuevo", agente de sostén y estabilización del nuevo orden "popular" que discursivamente instalaron (algo que ni el mismo proyecto soviético logró en décadas de "socialización"), tarea que, paradójicamente, se hizo aún más difícil debido a la fragmentación del sujeto de la revolución provocada por la inclusión neo-marxista de otras categorías además de la de clase.

Ello explicaría, al menos parcialmente, la apuesta de los descendentes proyectos de la izquierda actual por el continuismo –re-eleccionismo, más bien– y la idea de un proceso excesivamente extendido en el tiempo –una suerte de revolución permanente–.

Salvo China, que pese a su bizarro pasado logró volcarse hacia un rarísimo capitalismo de Estado con notorios déficits de

derechos, no se encuentran casos "exitosos" de proyectos socialistas en el mundo, ni siquiera en los países escandinavos (Suecia, Finlandia, etc.), más cercanos a una socialdemocracia menchevique que a un socialismo en toda regla, es decir, uno de indiscutible matiz bolchevique. Este fracaso debe ser, en este caso, entendido como la escasa capacidad de internalización de los cambios propuestos en personas e instituciones, la implantación de un nuevo sentido general de vida y sociedad, de base atemporal, necesario para la construcción de lo nuevo y que, en estadios avanzados, prescindiría del Estado como agente de control y disciplina.

Por su parte, el capitalismo, como baluarte de la derecha moderna, discurre exitoso en tanto explota lo que el hombre esencialmente es, un simio lampiño (para una visión zoológica del humano, sugiero leer "El mono desnudo" de Desmond Morris) egoísta, competidor y consumista, al que no pretende cambiar, sino controlar solo en la medida de lo estrictamente necesario a fin de evitar procesos degenerativos de orden sistémico. Discurre apaciblemente hasta estabilizarse con facilidad, aupado por la mano invisible del mercado, sobreviviendo, no sin tensiones, a su propio desgaste.

Más allá de toda crítica, creo que una izquierda acorde con los tiempos actuales es y será vital, quizás no como proyecto de poder, pero sí como ideología de control frente a los excesos mercantilistas, precautelando los equilibrios sociales esenciales. De ahí la urgente necesidad de repensarla.

La derecha

Inédito

Más allá de sus manifestaciones a lo largo de la historia, partiremos de la visión actual de la derecha que nos brinda Molina (2008), señalando que “En la actualidad el término, que tiene, pues, un contenido semántico muy amplio, se suele reservar para designar peyorativamente al conservadurismo que reacciona frente a los supuestos excesos igualitaristas provocados por el reconocimiento universal de las libertades políticas y los derechos sociales. La derecha defiende instituciones colectivas esenciales como la familia, la religión o la nación y, en sus variantes corporatistas, promueve el Estado fuerte paternalista. No obstante, su creencia de que la justicia social no debe implicar igualdad redistributiva sino recompensa a la responsabilidad individual, hace que sea crecientemente hostil a la intervención pública en la economía”.

Esta conceptualización acepta la posibilidad de una derecha moderada, liberal en el sentido que acepta la democracia y los avances progresivos en materia de igualdad y derechos, siempre que tales cuestiones no pongan en entredicho la propiedad y el mercado como elementos centrales de la vida social y económica, y es precisamente este es el punto neurálgico, ya que al sustentarse sobre bases eminentemente capitalistas –acumulación y concentración de capitales, libre competencia empresarial y apropiación privada de los excedentes productivos–, tomarán como dispositivos redistributivos centrales a los de carácter esencialmente mercantilista, limitando la intervención estatal a la regulación y al cobro de impuestos.

Pero resulta que el mercado –y más en situaciones de crisis– no es por sí solo suficiente para cubrir las necesidades

humanas de las masas y disminuir las brechas sociales mediante mecanismos de redistribución de los excedentes por goteo, siendo en determinadas circunstancias no solo ineficaz para la mantención de los equilibrios sino un verdadero catalizador de procesos de descomposición del orden establecido.

“El sistema, según señalan sus críticos, conduce a la desigualdad, pero, lejos de sucumbir a consecuencia de las tensiones inherentes a la misma, han llegado a basar en ella su éxito como modelo” (op cit.), debido a que –añado– se acompaña de un patrón ideológico basado en la superación individual y el excesivo consumismo, elementos que periódicamente entran también en crisis.

¿Puede esto ser sostenible? En las sociedades más avanzadas, posiblemente sí, pues es en ellas donde “En la actualidad, y de forma paralela al aparente fracaso de las economías alternativas, se asiste a una nueva fase del desarrollo capitalista que está marcada por la desregulación y el protagonismo de las avanzadas telecomunicaciones o la informática”.

Sin embargo, en los países periféricos, alejados en su mayor parte de los avances tecnológicos antes aludidos, la situación es distinta, con sociedades escasamente competitivas y Estados debilitados que difícilmente podrán enfrentar procesos de crisis multidimensional. En este contexto, las tensiones internas tenderán a hacerse insostenibles y el riesgo de eclosiones sociales de diverso calado resultará inminente, con resultados imprevisibles, desde el resurgimiento de tendencias autoritarias aupadas por la necesidad de control frente a poblaciones en desborde, hasta procesos reconstitutivos en un marco de mayor solidaridad interpersonal.

A esto se añaden con los efectos disruptivos de la pandemia y sus secuelas sociales, políticas y económicas, circunstancias en las que el mercado, como agente productor de bienes y empleo, mostrará sus límites y pasará al Estado gran parte de la responsabilidad, dejándolo a expensas de una implosión por sobrecarga interna.

Es un proceso de alta volatilidad que afecta tanto a gobiernos de derecha como de izquierda, quedando claro que en determinados momentos una mayor intervención estatal en todas las esferas de la vida económica y social es imperativa, al menos como una medida de emergencia, precautelando siempre que esta necesidad no sea aprovechada por una excesiva concentración del poder, lo que devendría en autoritarismos de diverso cuño. Bien lo señaló Daron Acemoğlu, al afirmar que "(...) el pasillo que lleva a ella [la libertad] es muy estrecho y para los ciudadanos es tan peligroso un estado fuerte como uno débil". El secreto radica en mantener al gobierno y sus élites, cualesquiera que fueran, siempre bajo control, y eso no podrá lograrse si no es en base a instituciones sólidas y una sociedad civil fortalecida.

Centro

Los Tiempos el 01/06/2018

Tibio, amarillo, indefinido, gatopardo y un largo etc. son solo algunos de los adjetivos más comúnmente utilizados para referirse a ese extraño sujeto que se ubica en una de las posiciones más difíciles en política: el centro. Y es que posicionarse en el punto equidistante entre dos extremos, por lo general violentos, suele representar, sobre todo en situaciones de crispación generalizada, una suerte de suicidio, sea por presión o por aislamiento.

Es una forma de ver el mundo que, contrariamente a lo que muchos piensan, implica serios conflictos y eleva el grado de complejidad ética y exigencia intelectual en los procesos de elección de entre las múltiples opciones que emergen de ese amplio espectro de grises que definen la realidad política actual. Esto supera el simplismo dicotómico que predomina en quienes se rigen por las reglas del mínimo esfuerzo y el transitorio confort, esos que discurren cómodos bajo esquemas estructurados y carreteras de una sola vía, logrando extraer de ello algo de engañosa claridad y aparente certidumbre, todo a costa de su libertad y la atrofia de su capacidad crítica, siendo por ello proclives a adoptar marcos discursivos de base dogmática, comúnmente llamados "ideología", que limitan su universo de acción y restringen sus opciones a un abanico de posibilidades prefabricadas.

Este fenómeno encuentra un espacio de desarrollo especialmente rico en el campo político, más en una coyuntura marcada por la bifurcación –derecha versus izquierda o conservadores versus progresistas, en resumen, malos/buenos contra buenos/malos, Ud. elija el orden–, constriñendo aún más ese pequeño espacio que en estas circunstancias se deja para la moderación y la medida,

obligando a la gente, aturdida ante un mundo repleto de opacidades y realidades paralelas, a buscar desesperadamente "certezas", vendiéndoles una ficción simplificadora de las cosas, volver a la sencillez de la vieja aldea/nación y al buen "estado de naturaleza", situación en la que pululan planteamientos de lo más disímiles, pero con un común denominador, una promesa cuasi religiosa de redención, la posibilidad de un paraíso en la tierra, un edén arrebatado que solo será recuperable no en base al trabajo o la superación personal –eso es para ellos estructuralmente imposible– sino derrotando "enemigos", siempre al compás de una determinada doctrina, glorificada además por un caudillo mesiánico concentrado en acentuar clivajes y generar hostilidades, en pos de normalizar la paranoia y acentuar, a partir de ello, los miedos que desde siempre han pululado en las sociedades. Sin todo esto, este tipo de proyectos tiende simplemente a extinguirse, generalmente por implosión. Bien decía Sabina: "(...) en tiempos tan oscuros nacen falsos profetas".

Este hecho, en apariencia negativo, puede en las dosis adecuadas y bajo un cierto grado de control, adquirir un valor reconstitutivo importante, como bien se explica desde la dialéctica hegeliana al establecer que el motor del desarrollo histórico radica en la lucha de contrarios, es decir, el cuestionamiento a las bases esenciales de un "estado de cosas" (tesis) por otro con pretensiones de sustitución (antítesis), y que en situaciones óptimas debería generar no la hegemonía del uno sobre el otro, sino una alternativa diferente que condense lo mejor de ambos (síntesis), extrayendo, por deconstrucción, no destrucción, lo que fuere rescatable de ambas para recomponer un nuevo statu quo, una nueva centralidad. No como una postura ideológica que excluya a otras, sino como un espacio de encuentro.

Pero ello no puede suceder por defecto, no es solo una consecuencia forzosa de la acumulación de ciertas condiciones, pues precisa de una fuerza motora de carne y pensamiento, una masa crítica de prudentes “centristas”, equidistante de los extremos y con la capacidad suficiente para sostener académica, técnica y políticamente el fiel de la balanza, con los riesgos inherentes.

Esto proclama la necesidad de “un justo medio” –rescato aquí a Aristóteles– que permita la estabilización del sistema, así sea de forma temporal, en pos de brindar a sujetos y comunidades un ambiente de seguridad propicio para el desglose de todas sus potencialidades creativas. Nada bueno prospera en situaciones de tensión permanente.

La sátira política

Los Tiempos el 14/02/2018

La base de todo emprendimiento social es, en esencia, el cuestionamiento, tanto a la naturaleza (el cómo y el porqué de las cosas y fenómenos) como a las personas (el cómo y el porqué de sus actitudes, ideologías, procedimientos, etc.). Esto parece no haber sido bien percibido ni por el Estado y peor por un sistema educativo empeñado sólo en transferir paquetes pre-procesados, convirtiendo a los educandos en meros "consumidores" acríticos de datos, incapaces de repensar, reajustar y optimizar todo lo que se haga, diga o piense, ingresando en desventaja a un mundo diseñado para la excelencia y la innovación. Se generan así sociedades conservadoras, intolerantes y poco competitivas, cuyo escaso sentido autocrítico puede ser medido de muchas formas, pero ninguna tan certera y divertida que la del humor, especialmente el político, tan incómodo para el poder como eficaz y festivo para las masas populares.

Un repaso al TV-Guía nos permite ver que una gran parte de las sátiras televisivas de fuerte contenido crítico social y político se concentra en el mundo occidental. Es el caso P.E. de Los Simpson, *Family Guy* (Hombre de familia), *American Dad* (Padre americano) o el inquietante *South park* (Parque del sur), todas con diferentes niveles de mofa al "american way of life" en sus diferentes facetas, unas veces sutil y otras francamente grosera, pero sin provocar reacciones desmedidas en los múltiples sujetos del poder político, económico y/o cultural circunstancialmente involucrados. En el ámbito europeo tenemos al agudísimo *Les Guignols de l'Info*, irreverentes muñecos que, inspirados en sus homólogos del programa inglés *Spitting Image*, describen con sorna los pormenores de la vida política francesa

Estas formas de vincular humor y política se trasladaron posteriormente a otros países, como un fenómeno propio de sociedades saludablemente autocríticas, capaces de usar la comedia como una forma de concienciación colectiva acerca de sus propios defectos.

En el ámbito nacional destacan, entre otros, el hoy discontinuado show televisivo *Esta Boca es Mía* y el aún vigente programa radial *Confidencias*, emitido por radio Panamericana, cuyos contenidos reflejan un muy fino sentido del humor político y, lo mejor, con una identidad muy propia, muy boliviana. Que este tipo de manifestaciones artístico periodísticas subsista a través del tiempo es, sin duda, una muy buena noticia, y lo es aún más que la clase política nacional tolere y asimile de buen talante sus geniales ocurrencias.

Otra es la realidad de las sociedades que discurren cautivas en fundamentalismos de distinto cuño, sin espacio para el disenso y peor para el humor crítico, frente a los que reaccionan con violencia extrema, tan mojigatas e intolerantes como hipersensibles a la burla, sea porque nunca lograron integrar en su cultura la lógica de la auto-evaluación o por simple ignorancia y ciega negación a la finesa implícita en la ironía. Baste recordar el atentado a la revista francesa *Charlie Hebdo* en 2015, un dato que no es menor para nosotros, pues en determinados niveles aún persistimos en cohabitar con los viejos fantasmas de la intolerancia y la ranciedad.

Bien lo demostramos, P.E., al lapidar públicamente al Grillo Villegas por haberse atrevido a cuestionar en su momento la representación folklórica nacional en Viña del Mar⁴ o la frecuente defenestración de publicaciones "de alasitas" en reconocidos periódicos de circulación nacional (algo subidas

⁴ Ver: [Chauvinismo a la boliviana: cuando tocan la llaga del folklore o la cultura nacional](#)

de tono, por cierto), además de la desaprobación de algunas excelentes pero incomprensibles coplas de nuestro carnaval. Esto se ve incluso en muchos de los denominados movimientos progresistas, desde los animalistas hasta los feministas, que suelen echar mano, con más frecuencia de la deseada, de mecanismos bastante violentos e intolerantes para manifestar su descontento.

Son las colectividades autocríticas las que gozan de mejores condiciones para superar autónomamente sus deficiencias, más seguras de sí mismas, cohesionadas, abiertas y tolerantes, capaces de auto-cuestionarse individual y grupalmente e incluso mofarse de sí mismas, dejando su amor propio intacto. Suelen ser, por ello, comparativamente más competitivas, prósperas y desenfadadas.

El ciber 'demos'

Los Tiempos el 19/03/2016

La política, entendida ampliamente como el arte de gestionar el poder para el gobierno de los asuntos públicos y la construcción de un destino común, suele configurarse de dos formas.

La primera, o política del 'ethos', parte de una "identidad colectiva" pre-existente que, como producto de la sedimentación de ciertas intersubjetividades (valores, hábitos, tradiciones, etc.), condiciona la conducta de los individuos y configura un "nosotros" perfectamente distinguible de los diferentes "yo" (individuos) que lo componen, imponiéndose a estos y sus intereses (la política opera desde, hacia y para la comunidad o grupo). En el marco de un 'ethos' general predominante, el grupo de mayor agregación: pueblo, nación/'plurinación', que son categorías propias del 'ethnos' (lo étnico), existe un número variable de 'ethos' particulares sujetos a distintos clivajes (religiosos, económicos, territoriales, etc.), todos en constante tensión.

La segunda, o política del 'demos', opera en sentido contrario, pues parte de la individualidad de unos múltiples "yoes" que mediante un complejo proceso de agregación de preferencias y consensos posibles, definen y redefinen dialécticamente el "nosotros", superando en parte los constreñimientos culturales. Los individuos, considerados ciudadanos en el sentido liberal del término, crean y recrean una "comunidad política" (demos) en cuyo seno se decide el interés común, requiriéndose para ello de un cierto grado de respeto a las libertades individuales.

'Ethos' y 'demos' concurren en dosis variables y con diferentes grados de conflicto en la configuración de las sociedades

modernas y sus prácticas políticas; así, se entiende que a un mayor colectivismo corresponderá una mayor predominancia de la política del 'ethos' (preponderancia de lo colectivo, conciencia de clase, grupo o etnia) y, viceversa, a mayor individualismo –no aislacionismo– sobrevendrá una mayor predominancia de la política del 'demos', el nosotros construido desde los sujetos (preponderancia de lo individual, sujeto politizado, ciudadano).

La realidad social boliviana refleja con claridad esta dicotomía:

- a) En las formas organizativas rurales [indígena originario campesinas y/o sindicales agrarias] prevalece en lo interno el interés del grupo o comunidad bajo sistemas decisorios de tinte mayoritario, con escaso margen para el disenso y el desarrollo de minorías, extendiéndose a lo externo [decisiones de ámbito mayor generalmente desarrolladas por sufragio universal y secreto] mediante la corporativización del voto bajo fuertes mecanismos de control ['ethos' predominante];
- b) Esto se traslada parcialmente a las corporaciones sociales urbanas que mantienen en lo interno prácticas similares, pero menos en lo externo, debido a la dificultades de control del voto corporativizado en procesos decisorios plebiscitarios, dejando cierta libertad de elección a sus miembros ['ethos'/'demos', en dosis variables]; y, finalmente,
- c) En las clases medias urbanas, generalmente no adscritas a grupos corporativos, los procesos de debate político y agregación de preferencias parten del individuo y su entorno inmediato ['demos' predominante].

La política del 'demos', hasta hace poco desplazada por el descrédito de las prácticas políticas de tradición liberal, en algunos casos deformadas, y la exacerbación de las formas de representación corporativa ["gobierno de los movimientos sociales"], parece recuperar tímidamente espacios en la arena política con la inesperada irrupción de un raro sujeto, un inquieto, creativo e incontrolable ciber-ciudadano que

encuentra en las TIC eficaces instrumentos de participación directa en el debate público, un tipo de ciudadanía basado en el encuentro de individuos en comunidades virtuales abiertas (foros, redes sociales, etc.), espacios de politización proyectados desde la individualidad/soledad de un Smartphone, una Tablet o una PC, sin la intermediación de los mecanismos tradicionales de representación (partidos y/o corporaciones sociales).

La democratización tecnológica y los resultados del referendo del 21F⁵ y procesos electivos posteriores, parecen confirmar esta interesante tendencia.

⁵ Acrónimo con el que se conoce en Bolivia al Referéndum convocado por el ex presidente Evo Morales en 2016 a fin de consultar la modificación constitucional para permitir la reelección presidencial.

Oportunismo ideológico

Correo del Sur el 10/04/2020

“En tiempos tan oscuros nacen falsos profetas”, frase de Joaquín Sabina que, bien entendida, definiría muy apropiadamente la batalla cultural que se desarrolla en el marco de la situación sanitaria actual (la crisis del coronavirus), una sutil guerra de posiciones ideológicas que invade los medios y las redes, en la que una suerte de ejército de los doce monos, sí, como el del célebre filme de 1996 que lleva el mismo nombre (ver: [Doce Monos](#)), pretende irrumpir para enfrascarse en una épica cruzada, esta vez en el plano del pensamiento, a fin de posicionar un discurso apocalíptico que asume el desastre como un eficiente catalizador de cambios, definidos –y este es el punto neurálgico– de acuerdo a unos intereses concretos.

La peste determina, entre otras cosas, un escenario perfecto para introducir elementos transformadores de gran agudeza, pues es en periodos de crisis profunda, con riesgo civilizatorio, cuando personas y colectivos se hiper-sensibilizan a estímulos de distinto tipo, desde aquellos que promueven la paz, la unidad y la solidaridad, hasta los que ahondan quiebres sociales pre-existentes, añadiéndoles otros especialmente disruptivos, producto del miedo colectivo.

En este floreciente mercado global de ideas, ninguna de ellas inocente, se estructuran al menos tres grandes líneas discursivas: i) Los neo-renacentistas, radicales que sostienen el advenimiento de un nuevo orden mundial, el renacer de la humanidad que podría producirse en distintas direcciones, desde Zizek que proyecta el fin del sistema capitalista y el inicio de un mundo esta vez regido por una suerte de comunismo mundial, similar aunque no igual a la idea de un constitucionalismo global que hermanaría al planeta (Ferrajoli,

entre otros), pasando por ciertas corrientes neohippies que propugnan un retorno al estado de naturaleza, hacia una comunión con el universo; ii) Los neo-feudales, también radicales que se inclinan hacia la vereda contraria, el fin de la globalización a partir del resurgimiento de los nacionalismos de cierre de fronteras, reforzando los muros de la aldea para cortar paso a la infinidad de peligros que se ciernen desde el exterior, esta vez en forma ponzoñosas moléculas; y, finalmente, iii) Los escépticos, que admiten cambios pero no tan extremos, entre ellos, el coreano Byung-Chul Han, el israelí Noah Harari y el boliviano HCF Mansilla, para quienes el pandemia será finalmente controlada, con mayores o menores daños, y las nuevas necesidades y desfases mundiales resultantes serán exitosamente reconducidos por medio de acuerdos globales y la tecnología, no sin cambios en los patrones de vida y consumo, como es lógico. Aunque los tres advierten, con intensidades diferentes, el riesgo de expansión del autoritarismo tecnocrático, modelo que China aplica y exporta con bastante eficiencia.

Esta disputa de escala planetaria repercute, como es lógico, en el nivel local, aunque en nuestro país con unos niveles de pragmatismo político que preocupan y que son, hasta cierto punto, comprensibles si consideramos la interrupción viral del proceso de reconstitución de nuestro sistema político, por lo que las intestinas luchas por el poder doméstico quedaron un tanto latentes, reflatando a momentos con intensidades variables, lo que nos deja en un estado de alta vulnerabilidad frente discursos de matiz ideológico, cuya vocación movilizadora se multiplica en situaciones de nerviosismo social, pues “[...] contribuyen a sostener, reestructurar, desafiar o transformar relaciones de poder” (Ariño, 1997), como si de echar leña al fuego se tratase, en una situación de por sí explosiva.

Reflexionar sobre posibles escenarios de futuro y perfilar cursos de acción para el día después es imprescindible, por supuesto que sí, más en situaciones de encierro cuando los procesos de auto-evaluación y catarsis colectiva se hacen especialmente prolíficos, pero no es menos cierto que la coyuntura merece y exige de una dosis especial de cautela.

En este orden de ideas, quienes pretendan cambios políticos estructurales –a veces disfrazados de planteamientos populistas–, tan inflamables como disruptivos, justo en medio de una crisis sanitaria de semejante envergadura, incurren en un acto francamente inmoral, pues optan por introducir elementos desestabilizadores en el sistema solo para acelerar procesos desintegrativos, una salida por el desastre. Quizás estos revolucionarios de río revuelto creen, en su delirio de poder, que las víctimas del virus podrían ser los "muertos necesarios" para justificar la toma del aparato estatal y la concreción de su proyecto de Estado y sociedad. Esto podría ser parte de la legítima pugna por el acceso a los recursos de dominio, cierto, pero que en las condiciones actuales resulta inaceptable, pues arriesga valores mucho más elevados, como la salud y la vida.

Aprendamos a identificarlos, incluso comprenderlos, pero no escucharlos ni brindarles palestra discutiendo con ellos, peor amplificar sus consignas en las redes, hay que cerrarle puertas al oportunismo de naufragio, ya que es momento de cuidar valores más elevados, sin distraernos, al menos no por ahora, en subjetividades ideológicas e intereses sectarios. Ya habrá tiempo para todo eso, si todo sale bien...

II

Gobierno y burocracia

¿Garantiza la burocracia los derechos?

Los Tiempos el 30/01/2020

Un ciudadano X entabla, en un día hábil cualquiera y en alguna entidad estatal de nuestro país, una acalorada discusión con un funcionario público:

—Lo siento, señor, puede que usted tenga toda la razón, los hechos son claros y la ley le ampara, pero como este asunto implica dinero estatal, esta administración prefiere negarle la cancelación esperando que usted, si gusta, impugne esta resolución y, de ser necesario, recurra a las instancias judiciales competentes. Nosotros no opondremos mayores reparos en el proceso que se instaure. —indicó el funcionario.

—Pero, con todo respeto, esto es lo más estúpido y descaradamente injusto que he escuchado. —replicó el solicitante.

—Lo que Ud. diga, señor, pero así son las cosas, preferimos que sea un juez el que determine el pago y así evitarnos el riesgo de que se nos abran procesos por responsabilidad en el ejercicio de la función pública. Nosotros nada más podemos hacer y, por favor, cuide sus palabras que si no llamo al guardia. Hasta luego. —dando por finalizada la conversación.

Y lo peor es que no se trata de un hecho aislado. Aunque parezca increíble, esta forma de pensar y actuar es bastante común en la administración pública nacional, cuyos funcionarios, unas veces por comodidad y otras por el terror que provocan ciertas decisiones, prefieren escudarse en la orden de un superior o trasladar la tarea a otro con el poder coercitivo o autoridad suficiente, todo a fin de no afrontar las consecuencias de sus determinaciones y la responsabilidad inherente a la función por la que se les retribuye.

Claro, no ha de ser fácil para nadie el tener que asumir la responsabilidad de una determinación de cierta importancia, más si es de orden monetario, sin saber bien cómo y sin las herramientas técnicas necesarias para sustentarlo con solvencia. Añádale a eso la constante amenaza de represalias en caso de no decidir bien –aquí entra en escena la temida Contraloría– o, peor, que la decisión adoptada pueda no agradar a quienes se les deba lealtad por el cargo, un detalle que no es menor en una cultura política tan prebendal y clientelista como la nuestra. En fin, en nuestra realidad el funcionario suele carecer de la solvencia técnica suficiente y de las más mínimas seguridades institucionales para desarrollar su trabajo sin temores, quedando finalmente librado a la voluntad de los dueños de las designaciones y destituciones.

En tales condiciones, es difícil que ese frágil cuerpo de funcionarios se aproxime siquiera al potente ideal de “burocracia” que predomina en otras latitudes, peor que se comprometa con el bien común, el interés estatal y la garantía de los derechos y deberes de las personas, más allá de la obligatoria lealtad para con el partido que lo aúpa.

Solo así se explica ese imaginario diálogo, pues una forma de proteger y garantizar los derechos es, ante todo, respetarlos, y hacerlo incluso en los actos más simples propios de la cotidianidad administrativa, un deber que pesa esencialmente en el servidor estatal.

Por otro lado, en una sociedad de funcionamiento regular, sería lógico pensar también en los costes que un extenso proceso judicial podría significar para la entidad pública vulneradora, pero esto suele pasar a segundo plano ante un círculo estatal que se cierra en el árido terreno de lo judicial, cuyos operadores difícilmente fallarían en contra de las entidades estatales. Esto nos deja huérfanos de un tercero

imparcial con la suficiente credibilidad para dirimir los conflictos sin debilitar los vínculos de cohesión social.

El problema no es de unos cuantos que no se animan a hacer lo correcto. Es un defecto cultural y de diseño estructural, cuyo desmantelamiento precisará de consensos tanto dentro como fuera del aparato burocrático en la línea de recuperar al Estado como garante de sus derechos y no como su peor vulnerador.

En conclusión, no es solo que la burocracia no garantice los derechos, sino que los vulnera activamente, estructurando para el efecto un brutal y eficiente aparato de represión burocrático judicial que afecta al ciudadano común –ese que carece de influencias políticas o del suficiente respaldo económico para torcer conciencias–. En fin, nada nuevo bajo el sol.

Los robots al gobierno

Los Tiempos el 25/04/2019

Si concebimos a la corrupción pública como una acción estrictamente humana que transgrede, de forma consciente y responsable, normas legales y principios éticos, causando un daño al erario estatal que merece una subsecuente sanción, no será difícil concluir, siendo mesuradamente pesimistas, que detrás de cada funcionario público "humano" –ya entenderá el lector la razón del entrecomillado– se anida el germen de esta desviación, sea por necesidad o codicia, un dato que no es menor para la economía pública, considerando el ostensible crecimiento de nuestro aparato burocrático, en aproximadamente un 676% entre 2001 y 2013 de acuerdo a Soruco (2015).

Lo peor es que las medidas hasta hoy tomadas desde el poder formal han demostrado no ser eficientes y los mecanismos preventivos se han limitado, básicamente, a dos planos de acción concreta, el de la moral y la ética, por un lado, y el de los controles previos y la reingeniería de procesos administrativos, por otro.

En el primer plano, se incluyen elementos importantes y sobre los que sin duda hay que insistir, pero que, al operar en el fuero interno de las personas, pecan de un cierto grado de ingenuidad cuando se exige de ellas un comportamiento acorde con lo bueno y lo deseable, sin mayor incentivo que el de solo hacer lo correcto. Así, los constantes llamados a un comportamiento decente y ético o a una formación integral cimentada en valores, caen, casi siempre, en lo demagógico.

En el segundo, confluyen desde la planificación y el diseño de protocolos de intervención, hasta la aplicación de ritualismos administrativos a veces muy engorrosos que, al pretender

evitar distorsiones en la gestión mediante exigentes filtros, provocan precisamente lo contrario, extendiendo tiempos y dilatando los espacios humana en tales actividades. A esto se suman los crecientes déficits de institucionalidad en toda la región y los bajos grados de confiabilidad interpersonal reinantes en todas las esferas de la vida pública y privada. Si ya nadie confía en nadie, menos lo harán en el vetusto y depauperado cuerpo de funcionarios estatales.

En este orden de ideas, el problema parece estar menos en los procedimientos y en los sistemas de organización que en las personas encargadas de su manejo. La gente ha perdido la fe en las instituciones públicas y sus operadores, quizás irreversiblemente, por lo que en vez de rompernos la cabeza buscando formas de recuperar su credibilidad, debiéramos pensar más bien en opciones creativas para alejarla lo más posible del manejo de la cosa pública, sí, aunque parezca radical y hasta contradictorio. Y esto es hoy más posible que nunca, considerando que los avances tecnológicos están demostrando ser altamente eficaces para mejorar los procesos y materializar con ello ese tan anhelado como escurridizo "buen gobierno", que implica, en términos sencillos, un manejo eficiente y decente de los siempre escasos fondos públicos, una tarea harto difícil para unos hombrecillos que suelen actuar en base a intereses sectarios y bajas pasiones antes que en pos del bien común.

Dejemos la administración, o al menos una gran parte de ella, a las máquinas, sí señor, a esos robots informáticos que, en base a la inteligencia artificial, son capaces hoy de desarrollar de mejor manera muchas de las funciones y actividades antes reservadas a las personas, sin el riesgo de caer en las tentaciones de piel o bolsillo tan propias de lo humano.

Creo que es la mejor solución, aunque siempre habrá quien ponga reparos, es obvio. Unos dirán que en alguna fase de

todo proceso informatizado se requerirá de la intervención humana, y estos es verdad, pero mientras ésta sea menor, será también menor el riesgo de infracción, y más si todo trámite se transmite *on line* en tiempo real, cual *reality show* –veremos quién se anima a pecar frente a los ojos del mundo entero–. Otros, echando mano de un tema hartó sensible, se rasgarán las vestiduras denunciando que esto eliminaría puestos de trabajo para la gente, lo que sin duda ocurrirá, siendo además lo correcto, pues ya es hora de dejar de ver al Estado como botín político o como una agencia de empleo.

Es normal que quienes vean afectados sus intereses, principalmente políticos y burócratas, se empeñen en satanizar todo aquello que no les convenga, en este caso, la tecnología, con divertidos fundamentos para reivindicar la intervención de la “santa mano” humana en la administración, pregonando que la política es tanto razón como sentimiento o que la calidez y la poesía deben también encontrar su lugar en la gestión, etc., frágiles justificaciones que terminarán cediendo ante la necesidad mayor de recuperar la confianza en las instituciones. Es solo cuestión de tiempo y prioridades.

No obstante, sabemos que el llamado “gobierno electrónico o digital” no podrá sustituir del todo la intervención humana – eso es cierto y tampoco se espera que aquello ocurra–, pero la automatización coadyuvará al alejamiento de los operadores de carne y hueso de las fases más delicadas de cada proceso, haciéndolo más rápido y eficiente, además de abrirlo a la vista de todos mediante herramientas en línea. Solo así la transparencia tendrá posibilidades reales de naturalizarse como un elemento inherente a la gestión.

El buen gobierno y la democracia deben entender a la tecnología como una de sus mejores aliadas, pues si la gente perdió la fe en sus pares para el manejo de la cosa pública, y

con sobradas razones, quizás llegue a confiar en los “no humanos” para tal cometido. ¡¡¡Los robots al gobierno!!!

Salvemos al Estado de sí mismo

Los Tiempos el 28/03/2019

Tendemos a pensar que nos lo merecemos todo solo por el hecho de ser lo que somos o creemos ser, sin reparar en lo que hicimos para llegar a ello, es decir, que nos concentramos más en el resultado que en el mérito o demérito del proceso que nos llevó a él, culpando a todo y todos de nuestras derrotas sin agradecer a nadie –con honestidad– de nuestros escasos logros. A veces olvidamos que el éxito, en la generalidad de los casos, requiere de esfuerzo honrado y permanente, no únicamente de la astucia, la picardía o el enchufe, que el fin no siempre justifica los medios.

Esto se refleja en muchos aspectos de nuestra vida individual y social, pero quizás más –y esto es innegable– en las relaciones con las entidades estatales y en las formas de acceder los beneficios que de ellas se esperan, incluyendo el ingreso a la función pública mediante trámites que no siempre se basan en la capacidad y el merecimiento, más allá de los procesos aparentemente competitivos que se dan –digamos positivamente– en algunas áreas del sector público. Se trata de un rasgo muy común, por cierto, en los sistemas prebendales que tienden a resistirse, por razones obvias, a la instauración de un servicio de carrera sólido y funcional.

Aterrizamos así en el viejo concepto de “meritocracia”, unas veces sobredimensionado y otras defenestrado, inclusive sin razón, cuya noción cabal –prácticamente desconocida para el común de la gente– es simplificada por Bealey (2003), vinculándola a un tipo de “[s]ociedad en la que el éxito de los individuos se basa más en sus méritos que en el principio hereditario, los prejuicios, el sesgo de clase o la discriminación racial o de género” (para nuestro caso, añadiría el de filiación partidaria), enunciado con el que resulta difícil no estar de

acuerdo y debe por ello constituirse en un objetivo al que apuntar, salvo por dos pequeños detalles, uno coyuntural y otro estructural.

El primero, relacionado más con un criterio de oportunidad que apunta a la inexistencia de las condiciones mínimas para una justa competencia. Nos referimos, entre otras cosas, a la necesaria voluntad política para establecer jurídica y organizativamente un verdadero sistema de carrera, además de no intervenir negativamente en su implementación.

El segundo opera en un plano más profundo, en el sustrato de una realidad social en la que culturalmente no cuaja bien esta idea y que se traduce en una serie de circunstancias adversas que han primado desde siempre, vinculadas a patrones de distribución altamente prebendales y a la ausencia de incentivos para actuar de otra manera que no sea esa, la de siempre, pues sin ella la clase política se vería, por una parte, amputada de una de sus fuentes principales de recursos de campaña y sostén fáctico de sus gestión (huestes de adherentes, grupos de choque, funcionarios pinta paredes, etc.) y, por otra, ejércitos de profesionales mediocres encaramados en todos los niveles de la administración, dispuestos a todo para precautelar sus privilegios, constituyéndose en un formidable muro de contención para cualquier intento por instalar un sistema basado en el mérito y la capacidad.

Así puestas las cosas, el poder burocrático corre el riesgo de ser capturado por los "peores" (si es que esto no está ocurriendo ya), sea por ausencia de un sistema de servicio civil bien estructurado o en razón a amañados procesos de "institucionalización", configurando bolsones burocráticos que, por distintos medios y mecanismos, no siempre los más éticos, se hacen de espacios estratégicos, con resultados que suelen vincularse a la ineficiencia y, claro, a la corrupción.

Estos grupos de poder bastante compactos, ramificados y estructurados podrían emerger al interior de los diferentes aparatos de gobierno, con la potencia suficiente para condicionar incluso a las propias autoridades electas. No en vano el autor precitado, nos referimos a Bealey, refiere con acierto que una idea inicialmente "(...) igualitaria, en ocasiones genera una élite más insensible y pagada de sí misma que la aristocracia [para quienes] Los estratos inferiores son objeto de desprecio porque se les considera menos inteligentes y/o más perezosos", implicando además una atroz inversión de valores, pues estos sujetos justifican su éxito en destrezas pragmáticas, como la picardía, la sagacidad, la osadía y "los huevos" para hacer cosas al límite de lo legalmente admisible. Y lo que es peor, en un franco juego de inversión de valores, pretenden instituir tales prácticas como habilidades criollas, propias del pueblo, buscando contraponer, artificiosamente, lo técnico e intelectual con lo popular y lo común.

Por otra parte, el temor creado de que un sistema de carrera "prive" a las clases populares del acceso competitivo a la burocracia es, creo, solo parcialmente fundado, pues está comprobado que el nivel de ingreso condiciona el acceso a los recursos de conocimiento, introduciendo un elemento distorsionador importante en cualquier sistema de estas características, pero creo también que esto debe enfrentarse de otra forma: i) Primero, dejando de ver a la política y al Estado como agencias de empleo, para promover la creación de empleo desde el sector privado también; y, ii) Segundo, mejorando los niveles educativos para amplificar el aparato productivo nacional, ingresando a la sociedad del conocimiento, lo que generaría empleo de calidad centralmente en el sector privado, el que debería funcionar también bajo parámetros meritocráticos. Caso contrario, nos convertiremos en un país lleno de nóveles licenciados, mediocrementemente formados, desocupados y sumamente

cabreados con un sistema de que incumple el pacto generacional de recambio laboral, sobreviviendo con dificultades en el sector informal y creando focos de tensión social.

Harían bien los partidos y candidatos en lid para las elecciones generales de este año, en incluir este tema en sus ofertas electorales, puesto que en la última década el aparato estatal se ha ensanchado considerablemente –quizás demasiado– y ha asumido un protagonismo clave en el desarrollo nacional, razón suficiente para que el ciudadano exija de él una administración de excelencia, acorde con los principios insertos en el art. 232 de nuestra Constitución. Aún es posible evitar que el Estado implusione en un elefantiásico torbellino de ineficiencia y corrupción.

Gestión pública..., a lomo de mula

Los Tiempos el 18/11/2018

¿Cuáles son las cualidades que el ciudadano espera en un funcionario público? Esta pregunta a las virtudes subyacentes a la lista de principios que rigen la función pública y que se inscriben en el art. 232 de la CPE, de entre los que se enfatiza, solo para los efectos de este análisis, en aquellos que guardan directa relación con la idea de meritocracia, destacando, entre otros, el de la competencia (quien conoce debe saber cuándo y cómo aplicar lo que sabe), la eficiencia (debe hacerlo con economía de recursos), la calidad (excelencia y mejora continua), la responsabilidad (quien conoce y hace se hace cargo de las consecuencias, buenas y malas) y los resultados (pues nada habrá servido sin un indicador cuantificable de generación de valor).

Sí, contrariamente a quienes desdeñan la meritocracia, creo firmemente que el ciudadano de a pie busca esos atributos en los burócratas, a cuyos sueldos aporta con sus impuestos, un conjunto de principios debe ser entendido como preceptos de "base mínima", es decir, un piso a ser interpretado y aplicado siempre en la perspectiva de su optimización, no solo como condiciones "habilitantes" para el acceso.

En este orden ideas, y aunque parezca un contrasentido, cabe preguntarse si los decisores de política, gerentes de entidades y empresas públicas, dirigentes políticos y, en general, quienes detentan un cierto grado de poder en la distribución y asignación de cargos en la burocracia, comparten esa misma escala de valores, siendo para ello necesario considerar algunos elementos que considero centrales para el análisis: a) La subsistencia de un viejo sistema de acceso al poder político basado en los llamados "partidos empresa", esto es, en

mecanismos de intermediación que reclutan militantes cual socios en un emprendimiento de renta futura, pues está claro que nadie saldrá de buena gana a pintar paredes, colgar pancartas o aportar dinero sin ciertas expectativas de retorno [excluyo a los convencidos ideológicamente, que algunos debe haber]; b) La ausencia de un adecuado y funcional sistema de carrera, lo que de inicio disipa límites y determina un nada despreciable margen de maniobra para quienes estén en condiciones de disponer de un cierto número de cargos o “pegas” en la administración pública; y c) Un sistema de condiciones de acceso y ejercicio muy laxo, con determinados requisitos legales, por lo general genéricos y de orden administrativo, a los que se suman unos manuales de funciones y descripciones de cargos muy poco exigentes, ampliando el universo de postulantes, cierto, pero a costa de la calidad del servicio.

De esta forma, ya desde las mismas campañas políticas se van constituyendo ejércitos de potenciales aspirantes a puestos en la administración, imbuidos de notables aptitudes para la lid política –lealtad con el candidato y/o partido, un fanatismo exacerbado muy cercano a la violencia y marcadas dosis de voluntarismo con las que se pretende sustituir el conocimiento técnico, ambición legítima, etc.–, utilísimas en campaña, cierto, pero bastante negativas para la gestión, pues son elementos ajenos a lo que la gente espera de sus servidores. De ese proceso emergerá, finalmente, una gran parte de la burocracia y ahí es donde también radican sus más deleznable taras y defectos.

En estas condiciones, bajo la hipótesis de que la selección de postulantes no prioriza los valores del art. 232 constitucional ¿cómo es que finalmente funciona la burocracia? La respuesta es simple, gracias a que un cierto número de decisores políticos, quizás asumiendo consciencia, opta por conservar la mayor parte de su ejército proselitista (militancia “ocupada y

contenta”), reservando, no sin fuertes resistencias internas, un determinado porcentaje de puestos, generalmente muy pequeño, para profesionales y técnicos de comprobada capacidad, encargados de mantener un nivel mínimo de eficiencia en la gestión. Se trata, dentro de lo que cabe, de una buena noticia, pues ante la imposibilidad de establecer un sistema meritocrático en toda regla, con esto se logra que la maquinaria burocrática continúe operando, así sea bajo estándares mínimos.

Como resultado final, se tiene un aparato público que funciona precariamente, débilmente asentado en ese reducido grupo de profesionales idóneos, sobre los que se descarga casi todo el peso de la gestión, manteniéndolos saturados y bajo permanentes amenazas de despido, recordándoles a cada momento su calidad de advenedizos sin militancia comprobada ni pedigrí partidario, haciendo de ellos unos funcionarios de segunda, operadores con escasa o nula influencia en las decisiones, que gozan del privilegio/dáviva de un empleo que deberá ser pagado redoblando esfuerzos y mejor si se condimenta con una buena dosis de fidelidad canina. A contrapelo, el conocimiento y la capacidad terminan siendo penalizados, haciendo que quienes gocen de tales virtudes trabajen, en resumen, como mulas.

De ahí el título de la columna, pues se trata de un estilo de gestión basado en el esfuerzo y conocimiento de unos pocos, sobre cuyos hombros se carga la cotidianidad de todo el funcionamiento organizacional, mientras que el resto no logra aportar lo esperado, por mucho esfuerzo y voluntad que demuestre, aquejados por un déficit crónico de saber técnico. Cuanto se extraña un adecuado sistema de carrera administrativa, tanto a nivel nacional como subnacional.

¿Plurinación o república?

Los Tiempos el 05/08/2016

La recurrente confusión entre los conceptos de "forma o modelo de Estado" (art. 1 CPE) y "sistema de gobierno" (arts. 11 y 12 CPE), ambos íntimamente vinculados, pero sustancialmente distintos, provoca desviaciones teóricas importantes con efectos en la propia gestión y el discurso político, como la que afirma, muy apresuradamente, por cierto, que la vieja república habría sido desplazada por la novísima "Bolivia plurinacional".

Para dilucidar este entuerto, conviene recordar que la jurisprudencia constitucional señala que "(...) la 'forma de estado' está referida a la manera en la que se estructuran y relacionan entre sí los componentes más básicos que conforman el Estado en su conjunto; entendido éste como un tipo de formación sociopolítica compleja, compuesto por población, territorio y poder público, más la forma en la que se gestiona la soberanía tanto en sus relaciones externas como internas (enunciado éste último que nos remite a la noción de régimen político). Mientras que el 'sistema de gobierno' se constituye en un concepto más acotado y de carácter esencialmente instrumental, ya que designa a la manera en la que se organiza específicamente uno de los elementos básicos del Estado, el llamado poder político formal, poder público, o simplemente gobierno" (DCP 026/2013 de 29 de noviembre).

Este último, estaría a su vez compuesto por dos elementos específicos: i) La "forma de gobierno", referida a la manera en la que se ejerce el poder público en el marco de la compleja relación entre gobernantes y gobernados (art. 11.I CPE); y ii) El "régimen de gobierno" (art. 12 CPE), en alusión al conjunto de mecanismos, normas y procedimientos para "la

organización institucional donde reside la autoridad formal del Estado” [Molina, 2008].

El sistema de gobierno boliviano es, como ocurre en la mayor parte de los arreglos organizacionales políticos, altamente complejo, con dos componentes centrales, uno republicano, integrado por los dispositivos que regulan la estructura, funcionamiento e interrelación de los órganos que materializan el poder del Estado, y otro plural, reconocido a las autonomías indígena originario campesinas.

En este orden de ideas, el término de “República” incluido en la CPE se relacionaría al ‘sistema de gobierno’ (Capítulo Tercero CPE) y no así a la ‘forma o modelo de Estado’ definido por el art. 1 constitucional, complementándose ambos para configurar un Estado plurinacional que organiza su sistema de gobierno bajo la forma democrática participativa, representativa y comunitaria, con equivalencia de condiciones entre hombres y mujeres (art. 11.I CPE) y un régimen dual:

- i. Republicano, por un lado, que organiza y estructura su poder público a través de los órganos Legislativo, Ejecutivo, Judicial y Electoral que bajo los principios de independencia, separación, coordinación y cooperación de estos órganos (art. 12.I CPE); y,
- ii. Plural, por otro, que dota a las autonomías indígena originario campesinas de un autogobierno ampliado, permitiéndoles organizar y ejercer su poder público “...de acuerdo a sus normas, instituciones, autoridades y procedimientos, conforme a sus atribuciones y competencias, en armonía con la Constitución y la ley” (art. 290 CPE).

De todo lo descrito, podría llegar a afirmarse que Bolivia es tan plurinacional (en su forma o modelo de Estado) como

republicana (en su régimen de gobierno), lo que no tiene por qué afectar en modo alguno ni a moros ni cristianos, debate que debería quedar de esta forma cerrado.

Autonomías..., ¿y luego qué?

La Razón el 07/09/2015

Este es un ensayo prospectivo que pretende responder a la pregunta planteada en el título, partiendo de tres escenarios hipotéticos diseñados a partir de las posibles configuraciones que podrían adquirir las relaciones de poder en el territorio, esbozados en perspectiva histórica y considerando, referencialmente, algunas experiencias foráneas. Veamos:

- a. *Escenario 1* (estabilidad): las reformas avanzan hacia un estado de acomodación mutua entre todos los niveles gubernativos, sin subordinación alguna, y las políticas, así como una gran parte de las tareas de gobierno, se distribuyen y gestionan coordinada y cooperativamente, todo en el marco de un desarrollo competencial engranado y un adecuado reparto de recursos. Así, las tensiones territoriales y las demandas descentralizadoras se contienen en un contexto en el que todos sienten que ganan o que ninguno pierde. El modelo funciona bien y, con ello, se legitima y estabiliza.
- b. *Escenario 2* (conflicto regenerativo): crisis de ajuste con resquebrajamiento del andamiaje organizacional y fallas en el funcionamiento estatal descentralizado. Esto es producto, en algunos casos, de los juegos de intereses y, en otros, de la oscuridad normativa, pero que son resueltos con celeridad y precisión mediante procesos políticos de concertación o con la intervención de los mecanismos judiciales correspondientes (Tribunal Constitucional, en nuestro caso). El sistema demuestra una notable capacidad de auto-regeneración al recuperar por sí mismo su legitimidad, con ajustes de profundidad variable producto de la autocrítica y reflexión colectivas, siempre en el marco de las reglas de juego.

- c. *Escenario 3* (conflicto desintegrativo): crisis de cambio con ahondamiento de las contradicciones territoriales, generalmente excitadas por problemas económicos sin respuesta por parte de una institucionalidad que se ve rebasada y que tiende a sufrir en tal razón transformaciones de gran calado. Resurge la contradicción básica entre los que buscan profundizar una descentralización a la que consideran insuficiente y entre los que propugnan revertirla pregonando su fracaso. Esta contradicción suele evolucionar en el último caso hacia una centralización recalitrante e indeseada; en el otro, el proceso suele unas veces evolucionar hacia distintos modelos territoriales de carácter compuesto (federativos o no, como ocurre con el renovado debate federal en España) y, en otras, hacia posiciones secesionistas, con tres casos paradigmáticos: *i.* El acuerdo parlamentario para la desintegración pacífica de la ex Checoslovaquia (hoy República Checa y Eslovaquia); *ii.* La separación violenta de la otrora poderosa Yugoslavia, desencadenado la Guerra de los Balcanes; y *iii.* La no muy lejana confirmación de la adhesión de Escocia al Reino Unido, esta vez mediante referéndum, opción en algún momento enarbolada por los soberanistas catalanes.

El actual modelo autonómico boliviano representa la opción que fue posible a fin de evitar la profundización de la conflictividad territorial surgida durante el proceso constituyente. Ello impele a que, tanto el Estado como la sociedad, brinden su mayor esfuerzo para su consolidación, perfeccionamiento y acaso profundización; procurando acercarnos al primer escenario (lo ideal), o cuando menos al segundo (lo posible); pues, de fracasar el proceso por deslegitimación prematura, podrían resurgir con mayor fuerza las viejas tensiones centro-periferia, ojalá alejadas del tercer escenario (el riesgo), pero que abriría también un interesante espacio de debate, el federal, de relativa aceptación en el

oriente del país y fuertes resistencias en el occidente, lo que involucraría ingresar a un siempre c0nflitivo proceso de reformas constitucionales. Estamos a tiempo para hacer que esto funcione.

III

Asuntos electorales

Todos mienten..., incluso en las encuestas

Publicado en Los Tiempos el 12/09/2019

iii Todo el mundo miente!!!, sentenciaba con acierto el [Dr. House](#). Lo cierto es que por diferentes razones y con mayor o menor frecuencia, los humanos tendemos a mentir. Pero... ¿Por qué lo hacemos? ¿Qué nos impulsa a no decir la verdad, a decirla a medias o simplemente callar? La mayor parte de las veces el miedo, sea a enfrentar las consecuencias de una verdad que involucraría potenciales pérdidas o, simplemente, para amplificar el placer y reducir el dolor, en el marco del utilitarismo más básico.

Se trata, ciertamente, de un acto egoísta, una medida de autoprotección que, ligada al instinto de sobrevivencia, nos impulsa, en unas circunstancias más que en otras, al embuste, a ocultar, maquillar o recortar la verdad cuando lo juzgemos conveniente. Más allá de todo intento por racionalizar nuestras falsedades o justificarlas creando eficaces dispositivos que las santifiquen, el hecho es que todos (o casi todos) mentimos y resulta que lo hacemos más cuanto más tememos, haciendo que nuestra natural inclinación hacia la patraña tienda a intensificarse.

¿Y en qué momentos el pánico se agudiza hasta arrastrarnos a ello? En muchos, sin duda, pero ninguno tan interesante como el de los procesos electorarios, y más si estos se alejan de un estado de 'normalidad electoral', en los que se involucran, con frecuencia, algunos de los siguientes factores:

- a) La participación de un candidato Presidente (en aquellos arreglos constitucionales que así lo permiten), más si sobre él recae el desgaste de una larga gestión, con fuertes dudas de legalidad, aunque, es sí, con una exagerada convicción de poder;
- b) La intensificación de los cuestionamientos a las

reglas de juego, incluso con aquiescencia de los propios órganos de control de la legalidad; c) Una estructura de gestión electoral débil y siempre bajo asedio; y d) Una sociedad altamente estatizada, en la que la pugna electoral por el control del aparato estatal se torna enfermiza, invadida por esa insana sensación de que en ella se juega casi todo; es decir, aquello que en situaciones de inversión de valórica se suele considerar importante.

En este contexto de miedos, odios, dudas, rabia, tragedias y mal humor, toda encuesta o sondeo de opinión adolecerá de un elevado margen de error, pues sin negar el carácter científico de la estadística, disciplina que le sirve de soporte, es imprescindible entender que:

- i) En toda acción investigativa cimentada en datos empíricos y más en aquellas que se sustentan en percepciones antes que en hechos y comportamientos concretos, el valor de los resultados e inferencias dependerá de la veracidad de la información primaria obtenida en campo, esto es, de la sinceridad de las respuestas obtenidas, algo de lo que nunca estaremos seguros, pues todos mienten y más los llamados 'indecisos', quienes de un tiempo a esta parte parecen definir cuanto plebiscito ocurra y en los que el miedo se hace más evidente, pues concentran a una nada despreciable de funcionarios públicos descontentos más su parentela, militantes desencantados, *millenials* y otros adscritos a causas de amplio espectro, todos por distintas razones alejados de la política tradicional;
- ii) Los intereses de la industria de las encuestas, centradas en proclamar la 'cientificidad' de sus resultados y responder, a la par, a los intereses de sus contratantes, salvo loables excepciones como los sondeos de opinión realizados por organismos oficiales de sobrada reputación o por entidades medianamente imparciales, como las universidades; y,

iii) La presencia del poderoso en la competencia electoral (candidato Presidente) que directa o indirectamente, intimida y condiciona la externalización de las percepciones.

En conclusión, las encuestas en las circunstancias anotadas operan, en unos casos, como una interesante pero inexacta aproximación a la realidad electoral y, en otros, como un vano intento de "hundir la moral de adversario" y direccionar las preferencias de los interesados, construyendo imaginarios aparentes, sin contar con que el ciudadano, ahora enfermo de desconfianza, se definirá al filo y en secreto, producto del temor natural en unas elecciones de alta toxicidad.

Militantes o ciudadanos

Los Tiempos el 29/08/2019

Reconoceremos como militante a aquel pintoresco sujeto que, muy orondo, discurre por este mundo orgánicamente vinculado a una tienda o agrupación política. Un ciudadano que, por diversas razones, decide participar formal y activamente en la disputa por el poder, principalmente en el plano electoral, aceptando invertir una cantidad considerable de su tiempo y recursos en tal predicamento, además de un grado de compromiso mucho mayor al que el grueso de la población suele destinar a la acción política.

Esta definición nos permite identificar al menos dos tipos de militancia: a) Los ideológicamente convencidos, raros especímenes cuya "(...) recompensa es la autosatisfacción por apoyar al partido de sus preferencias y por llevar a cabo ciertas funciones que implican poder, como las de elegir candidatos (...) además de tomar parte en las decisiones sobre la política del partido" [Bealey, 2003]; y b) Los más comunes, que actúan como socios inversores de un determinado proyecto de poder, a quienes poco les importa el debate ideológico o el logro de ciertos objetivos vinculados al bien común, arremolinándose alrededor de un partido que en los hechos opera como una empresa, es decir, una corporación que "(...) en lugar de constituirse en una organización voluntaria con objetivos esencialmente sociales, se convierte en una especie de 'empresa comercial' en la que los bienes públicos producidos son inherentes a los objetivos reales de los que lideran, en la terminología de Olson, la política es un 'by product'" [Rodríguez].

Como ya se imaginará el lector, en nuestra realidad predominan los segundos, pues la mayor parte de quienes optan por participar activamente en el campo de la política lo

hacen siempre en provecho propio, apoyando acriticamente los intereses de los gerentes partidarios (líderes y candidatos) con la pretensión de 'recuperar', luego, el tiempo y los recursos invertidos en la campaña, sea mediante cargos o puestos laborales dentro de la administración pública, con contratos o concesiones de la más diversa índole, incluso con fallos judiciales, puesto que hoy ni este especial ámbito de la burocracia escapa a la lógica electoral.

Es por ello que una campaña basada en socios militantes, rentable electoralmente, no logra trascender los intereses del núcleo duro de la militancia y generar cambios a favor del interés común. De ahí su notable inclinación hacia masivas muestras de presencia humana en calle, como una aplastante manifestación de fortaleza y unidad, construyendo "gigantes de humo" que buscan atraer a los indecisos o atemorizar a los adversarios, como si el asunto del poder estuviera de antemano zanjado.

Es interesante observar cómo los militantes de esta calaña se van con la misma facilidad con la que llegan, peor si derivan de estructuras corporativas (sindicatos, movimientos sociales, gremios, o logias), lo que además les brinda un cierto grado de autonomía y margen de maniobra grupal, estableciendo núcleos de poder dentro del propio poder, aunque en ciertas circunstancias y en el marco de las reglas del sufragio universal, directo y secreto, suelen no estar en condiciones de garantizar con certeza ni siquiera el voto de sus propios acólitos.

Pero el mayor daño se produce en los periodos postelectorales, afectando la gobernabilidad y la eficiencia del nuevo gobernante, supeditándolo a las deudas de campaña acumuladas en favor de ese formidable ejército de mercenarios políticos que se resiste a ser desmovilizado, ávido de cobrar –con toda clase de prebendas– la inversión

proselitista en su momento desplegada. Se generan, así, círculos endogámicos alrededor del poder público, interesados en mantener a cualquier precio una situación que les es altamente rentable.

En sentido contrario, un tipo de campaña distinto puede ser posible y, de intentarse, pasaría por la movilización de ciudadanos, generando derechohabientes activos antes que militantes, socios electorales o clientes de gestión. Eso puede resultar electoralmente más débil, ni duda quepa, pero que bajo determinadas condiciones –como la de la existencia de una sólida carrera administrativa, por ejemplo– puede generar nuevos incentivos para la participación. A la larga, esto reportaría enormes beneficios para el buen gobierno, evitando que mareas de militantes descontentos y descontrolados desestabilicen la gestión desde dentro, con riesgo a implotar por sobrecarga tanto interna como externa.

¿Que esto es utópico? ¿Qué representa una derrota electoral segura? Si nos mantendríamos en la vieja idea de una campaña electoral basada en la movilización de personas de carne y hueso, me animaría a responder que sí; sin embargo, con la expansión de la tecnología, la política de mitin y calzada se ve en buena medida desplazada por versiones más holográficas, movilizadas en espacios virtuales, salvo en las zonas rurales escasamente comunicadas, ámbitos en los que la agregación de preferencias y demandas aún se construye a la vieja usanza, de manera “orgánica”.

El debate se reduce así a dos formas generacionalmente distintas de disputar el poder, el viejo militante de calle o comunidad, con sus tradicionales mecanismos y estilos de hacer política, frente al nuevo ciber-ciudadano, ambos de carne y hueso, no nos equivoquemos y con necesidades materiales reales, pero que discuten y deciden sobre los asuntos de interés público en planos distintos de la realidad,

los unos en el material/corpóreo y los otros en el virtual/holográfico. Ninguno menos importante o valioso que el otro, tan distintos como complementarios.

Toxicidad electoral

Los Tiempos el 15/08/2019

Una de las actividades humanas más tóxicas es, sin duda, la política, peor en periodos electorales, cuando lo más execrable de candidatos y militantes aflora sin desparpajo, camuflándose, además, bajo el pomposo y atrevido título de 'fiesta democrática', como si alguien realmente lo creyera.

Pero bueno, admitamos que esto nos permite, con sus claroscuros, algo de estabilidad, tan necesaria para el desarrollo de las potencialidades humanas de real valía. Démosle por ello el beneficio de la duda, aunque a veces se produzcan excesos que rayan en lo insostenible, cuando el gris se pinta de negro y el proceso pierde su último soplo de decencia, ese leve halo esperanzador que hace que moros y cristianos acudan a votar, creyendo, ingenuamente quizás, que ello contribuirá a afianzar lo bueno o cambiar lo malo.

La decepción viene luego al ver que todo se reduce, como siempre, a una sórdida disputa por la apropiación de los recursos sociales, regida por la ambición, la desvergüenza y el miedo, un contexto en el supuesto ganador, que casi nunca merece serlo, pretende llevárselo todo.

La explicación para todo esto es, en el fondo, bastante simple, aunque no menos dolorosa. Más allá de una simple crisis de actores, el problema trasvasa las estructuras y contamina las raíces del sistema, pues en sociedades estructuralmente pobres y altamente estatizadas, es natural que la pugna – electoral o no– por el control del aparato público se torne encarnizada, fea, enfermiza, bajo la idea de que en ella se juega todo. Así, el viejo lema de los fascistas italianos de "Todo dentro del Estado, nada fuera de él", adquiere un inquietante sentido de realidad.

Es por ello que las elecciones enferman, imponiendo un grado de tensión adicional al ya angustiante estado de estrés propio de la vida moderna, pues instalan en la gente la idea de que más allá del Estado va quedando cada vez menos, de tal forma que si no pintas paredes, tiras sacos o sometes tu conocimiento a ciertos intereses, te apartas de los beneficios del poder y corres el riesgo de convertirte en una más de sus víctimas.

Increíblemente, la idea de que quien se haga con el control de los aparatos ideológicos y represivos estatales estará cerca de un poder casi irrestricto queda así instalada. Las urnas ungen de autoridad para definir la situación y el destino de egos y haciendas en todos ámbitos de la vida social, cívica o económica, además del ejercicio de los aparatos represivos estatales. No debemos olvidar que al elegir de buena fe a un contingente de servidores públicos –que bien pueden tener la intención inicial de realmente servir– se elegirá también a unos potenciales opresores, peor en situaciones de crisis y con notables déficits en el estado de derecho.

Y si esto fuera poco, encontrará que este tensionamiento se extiende a lo postelectoral, dejando a los derrotados en la lid electoral en un estado de profunda depresión, tanto individual como colectiva, apartándolos por completo de la distribución de las mieles estatales, a quienes, deambulando cual proscritos miembros de la tribu vencida, les quedarán tres opciones de sobrevivencia: a) Intentar su reciclamiento en las filas de los nuevos vencedores; b) Dejarse estar en la inercia del derrotismo hasta las siguientes elecciones; y c) La resistencia permanente. Todas igualmente negativas para la sociedad, pues no hacen más que distraer las potencialidades humanas en pugnas políticas permanentes, disminuyendo la productividad de las personas bajo una ostensiblemente reducción de la sensación de bienestar (Ver: [Enfermo de Brasil](#)).

En las filas de los vencedores el panorama tampoco resulta muy alentador, al menos no para la sociedad en su conjunto, pues se suele imponer en ellos un exitismo descontrolado, tan propio de nuestra idiosincrasia que nos lleva al abuso y la desfachatez con una facilidad abrumadora, muy bien resumida por el popular dicho que reza: "Ahora que tenemos, ahora que podemos, bien le cascaremos", pese a quien le pese y por encima de todo.

De esta forma, mientras no se cambie la percepción de lo estatal como una mano gigante que no deje nada fuera de su sombra, esta situación persistirá hasta que nos convenzamos de que es posible estructurar un poder estatal menos concentrado, sin por ello debilitarlo, mejor distribuido tanto funcional como territorialmente, supliendo la potencia del tamaño y el peso por el de la agilidad y la eficiencia.

Solo así los procesos eleccionarios recuperarán su virtud inicial, la de competir, sí, pero sin la tóxica sensación de jugarse la vida en ello, sabiendo que aún en caso de perder, quedarán incólumes muchas otras posibilidades de vida y desarrollo personal, incluso la de ser funcionario público pese a no comulgar ideológicamente con el detentador temporal del poder político. En fin, soñar no cuesta nada, que no se nos arrebate eso más...

¿Importan realmente los programas de gobierno?

Los Tiempos el 02/08/2019

En situaciones de normalidad política y desde una perspectiva eficientista de la gestión, podría afirmarse que sí, que los planes y programas de gobierno se constituyen en uno de los elementos centrales para la implantación del llamado voto programático, sirviendo en este ámbito de punto de partida para: i] Generar expectativas y seducir a los electores con ofertas que no ofendan el sentido común, es decir, creíbles; ii] Ya en la gestión, guiar los cursos de acción gubernativa (ejecución, monitoreo y evaluación de las políticas públicas); y, iii] Procurar la reproducción del poder en un sentido evaluativo –esta vez en clave estrictamente política–, verificando objetivamente el cumplimiento de lo comprometido y decidir, en consecuencia, si confirmar o revocar la confianza inicialmente depositada en el partido de gobierno, definiendo, siempre y cuando la Constitución lo permita, su continuidad o no en el poder.

Pero este óptimo deseable precisará de la concurrencia de, al menos, dos condiciones de base. La primera, relacionada con una cultura política basada, así sea parcialmente, en la tecnocracia y el mérito, elementos que, bien sabemos, no son precisamente relevantes para nuestra peculiar idiosincrasia. La segunda, está vinculada a las singularidades de cada proceso electoral, en este caso referidas a la ya aludida situación de ‘normalidad electoral’ que –sostengo– no concurriría cuando: a) En el marco de un exacerbado presidencialismo, el presidente en funciones decida participar, llevándose por delante cuanta duda de legalidad se denuncie y pese al natural agotamiento de legitimidad producto de la propia gestión, más si ésta es extendida; b) La intensificación del “lawfare” (guerra judicial), que se produce, por ejemplo,

cuando una manifestación de la soberanía popular, materializada en un referéndum, se ve rebasada por un fallo constitucional, afectando la credibilidad del sistema; y, c) Una estructura de gestión electoral débil y bajo constante asedio.

En tales circunstancias, la calidad del proceso baja y los programas o planes de gobierno pasan a segundo plano, instalándose en el imaginario colectivo la sensación de que lo que se arriesga en ciertos contextos es mucho más de lo expectable, haciendo que la atención se vuelque hacia los grandes relatos que intentan explicar la complejidad social, cuajados en líneas discursivas gruesas, es decir, en lo que comúnmente llamamos ideología, desplazando del centro del debate las cuestiones "del detalle de la gestión", generalmente insertas en los programas y propuestas.

En este orden de ideas, aunque los programas o planes de gobierno se instituyan en importantes referentes para determinar con algún grado de certeza la calidad de la oferta política, la ausencia de las condiciones de normalidad política aludidas harán que el ciudadano, consciente de que el trayecto de lo abstracto (promesas) a lo concreto (gestión) será siempre incierto, tenderá a otorgar mayor importancia al talante y la credibilidad de los proponentes, a la habilidad de réplica de sus mensajeros y a la capacidad de ambos para engranar las grandes y pequeñas narrativas (discurso), esos relatos con el potencial suficiente para crear ilusiones que impacten tanto en los viejos como en los nuevos temores de la gente, con resultados ciertos en un escabroso contexto de creciente descrédito de lo político.

Es importante puntualizar que lo hasta ahora descrito puede variar en contextos electorales de jurisdicción territorial menor, es decir, que las líneas ideológicas gruesas bajen de tono en la medida que la pugna por el poder se aproxime a lo local, involucrando intereses concretos.

En esta lógica, es probable que en las elecciones departamentales la carga ideológica se reduzca y deje algo de espacio para lo programático, lo que se intensificará aún más en los comicios de carácter municipal, donde la oferta suele recuperar protagonismo, generando escenarios de discusión sobre todo aquello que puede afectar de forma directa la cotidianidad de la gente, aunque sin dejar totalmente de lado el debate ideológico, es lógico. Pero si en la ecuación se involucran partidos verticalistas, el mandato ideológico y la disciplina partidaria recobrarán, con probabilidad, el espacio perdido por medio de mecanismos disciplinarios.

Es posible concluir, entonces, que a medida que la elección de la que se trate se desterritorialice, es decir, que se aleje de los problemas e intereses específicos implantados en un sitio físico concreto, lo ideológico volverá a adquirir preponderancia, en detrimento de lo programático.

Segunda sección
DERECHO Y JUSTICIA

Misma constitución, nuevos contenidos

Los Tiempos el 07/11/2019

Gobierne quien gobierne, una cosa va quedando clara, los hechos nos están demostrando que los símbolos de cohesión, tan afanosamente contruidos desde el poder durante los últimos diez años, concretamente a partir del texto constitucional aprobado en 2009, muestran algunos signos de agotamiento, prematuro quizás, pues están dejando de funcionar como ejes articuladores entre nuestra recargada pluralidad y la necesidad de sentirnos, pese a nuestras diferencias, como parte de un mismo proyecto nacional, una ecuación sin duda delicada y difícil de instaurar, peor mantener.

Estos elementos de cohesión, al menos los más relevantes, se encuentran en el art. 1 de nuestra Carta Magna, precepto en el que se describe a la Bolivia imaginada por el legislador constituyente, como un "Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario, libre, independiente, soberano, democrático, intercultural, descentralizado y con autonomías, fundado en la pluralidad y el pluralismo político, económico, jurídico, cultural y lingüístico, dentro del proceso integrador del país", esbozando un constructo lingüístico sin duda complejo y no exento de ambigüedades y aparentes contradicciones, con inconsistencias y vacíos que deberán ser, al final, rellenados, de forma parcial y alcance temporal, por el desarrollo jurisprudencial constitucional.

Esta base axiológica, que pareció funcionar medianamente bien hasta hace poco, desnuda hoy algunas debilidades tanto técnicas como políticas, puestas en evidencia por ciertos acontecimientos en los que se observa el resurgimiento de viejas fisuras en una sociedad nuevamente dividida –aunque

es bueno aclarar que en realidad nunca dejó de estarlo— con símbolos y formas de liderazgos diferentes y, lo peor, con concepciones de Estado, sociedad y democracia cada vez más disímiles, aunque no irreconciliables.

Por un lado, preocupan de sobremanera las manifestaciones de racismo de uno y otro bando; por otro, están los cuestionamientos a la concentración del poder público, tanto en lo territorial, con demandas incluso de federalización, como en lo funcional, criticándose ácidamente el irrespeto a la separación de poderes y órganos.

A ello se añade, con una intensidad inusitada, la variable generacional, cuyas demandas se discuten y transmiten por vías paralelas a los mecanismos de intermediación clásicos (partidos y plataformas), circulando bajo códigos que no pueden ser correctamente descifrados y peor procesados por un sistema hundido en formas decimonónicas de pensar y actuar. Nuestros chicos se han politizado y han asumido, a su manera, su rol histórico en el permanente y a veces no tan pacífico proceso de construcción y reconstrucción del espacio común, para ellos tan virtual como físico. Se han asumido, por fin y felizmente, como parte del problema y, con ello, en un componente central para su resolución, siendo por demás curioso que aun habiendo sido formados —incluso nacidos— bajo la simbología mencionada, la cuestionan hoy descarnadamente, pues a más de haber sido gestada en “otro tiempo”, la sienten estrecha, ajena a sus anhelos y ambiciones, insuficiente en todo sentido.

En estas circunstancias, la ausencia de un norte de unidad nacional y reconciliación colectiva podría degenerar en formas cada vez más perversas, riesgos que bien podrían ser conjurados, según algunos, mediante una reforma constitucional, algo poco factible en las actuales circunstancias; sin embargo, sí es posible trabajar en los

contenidos constitucionales, actualizándolos mediante del desarrollo interpretativo desplegado en el desarrollo jurisprudencial, ya que el texto constitucional es, por naturaleza, genérico, un entramado de valores, principios y disposiciones normativas del más amplio espectro, creadas con la pretensión de regular la ambivalente complejidad social, a veces con un grado menor de orden y coherencia que el deseado, razón por la que se prevén mecanismos normativos, entre ellos el de la jurisprudencia, para actualizar los contenidos de la norma fundante sin necesidad del engorroso y no menos riesgoso proceso formal de reforma.

Lo anterior precisará, en primer término, de un Tribunal Constitucional Plurinacional técnicamente fortalecido y con una estructura interna a la altura del desafío, presto a abrirse a la revisión de sus líneas jurisprudenciales, sin temores y con el aplomo de quien conoce bien de su negocio, sin prejuicios ni temores, y sin mayores límites que los que emanan de la propia Constitución, sin extralimitarse.

Paralelamente, será también importante la concurrencia de una comunidad académica dispuesta a repensar, con criterio estrictamente científico, nuestro sistema jurídico y la forma en la que nuestra sociedad y nuestras instituciones sienten y entienden el derecho y la justicia, asumiendo una postura crítica respecto a todo, en especial a ciertas corrientes que ingresaron a nuestro sistema hace poco más de una década, por diferentes vías.

Justicia: equidad o equilibrio

Los Tiempos el 23/05/2019

Uno de los dispositivos de mayor efectividad creados por las colectividades humanas, a fin disminuir las brechas y desigualdades sociales que tensionan las relaciones entre individuos y grupos de individuos, a veces con efectos desintegrativos, es el que se sostiene en un orden normativo con derechos –pero también obligaciones– que son directamente reconocidos a los sujetos a sola condición de su cualidad humana. Esto genera una base jurídica mínima para la revalorización de la igualdad y la dignidad de los miembros de una sociedad.

Para efectos de la discusión, nos concentramos por ahora en los llamados derechos económicos, sociales y culturales (DESC) –entre ellos el derecho al agua, a la educación, a la salud, etc.–, cuya naturaleza fáctica y jurídica precisan de la intervención activa del aparato estatal mediante políticas, obras y servicios públicos, lo que nos remonta a los debates sobre los presupuestos estatales y la definición de planes, programas y proyectos públicos, desarrollados por regla general en el campo estrictamente político, en el que se buscan los acuerdos necesarios para viabilizar mecanismos de distribución y asignación de recursos, procurando no afectar la estabilidad social y económica.

Es en este punto donde derecho y política diluyen sus límites, pues dado el arreglo normativo vigente, los jueces, principalmente los encargados del control de constitucionalidad, asumen una posición activa mediante los procedimientos de tutela directamente vinculados a los DESC, determinando, directa o indirectamente, hacia donde deben fluir o no una buena parte de los fondos públicos.

El rol estatal activo en la garantía y respeto de los derechos y deberes de las personas, implica, por un lado, deberes de abstención –de “no hacer” o no abusar del poder que circunstancialmente se detenta– y, por otro, deberes de acción, “de hacer o actuar”. Es precisamente en este último ámbito donde la intervención de los jueces debe ser ejercida con mesura, ya que la exacerbación de posturas maximalistas en pos de los derechos, podría tensionar más allá de lo necesario la relación entre el cuerpo de jueces y el resto de la institucionalidad estatal, dejando al primero a expensas de la cooptación.

Y esto no es estático, pues puede empeorar cuando el activismo judicial invade –amparada en su poder contra mayoritario– espacios de acentuada sensibilidad política, para resolver cuestiones que se tratan, por lo general, en instancias legislativas y/o ejecutivas. Pero cuando la lógica del razonamiento judicial invade escenarios donde prevalece la racionalidad política, se introducen elementos distorsionadores en la ecuación, peor si la irrupción señalada viene acompañada de poderes de veto, invalidación o neutralización de la acción política mediante sentencias y fallos vinculantes, instalándose la imagen de unos jueces altamente politizados que actúan bajo la idea del “lawfare”⁶.

Así, en la labor judicial, y más en materia constitucional, la idea de una “justicia como equidad”, entendida como un dispositivo de nivelación de las desigualdades a fin de conjurar los riesgos de implosión por sobrecarga interna (activismo de equilibrio), debe siempre acompañarse de un visión de “justicia como equilibrio”, precautelando al mismo tiempo los frágiles balances de poder formal y no formal que sostienen ese marco general de normas y sentidos de integración tan

⁶ Judicialización de la política y/o politización de la judicatura.

difíciles de gestar y peor mantener en contextos de crispación generalizada (conservacionismo de equidad).

En este orden de ideas, el principio de progresividad de los derechos humanos adquiere una doble dimensión: a) La más común, relacionada con la maximización o ampliación de los derechos [siempre hacia más], esto por un lado; y b) La más ignorada, vinculada al carácter pausado y gradual de esos avances, de ahí la alusión al concepto de lo 'progresivo' [jalar la cuerda sin romperla]. Ambas dimensiones en equilibrio procurarán avances en derechos, pero necesidad de fisurar el andamiaje cultural civil y político de un determinado colectivo, lo que a la larga dificultaría el rebrote de posiciones reaccionarias.

Ambas posturas discurren a la ofensiva y el espacio ideal para hacer de éste un conflicto creativo es el judicial, pues las dos persiguen –aunque por vías distintas– un objetivo común: evitar la violencia. La una tratando de disminuir brechas y la otra tratando de evitar la ruptura de un orden básico. Ni tan caliente que escale, ni tan frío que congele... como todo en la vida.

Nadie es inocente

Los Tiempos el 17/01/2019

Decidí publicar en mis redes un controvertido comentario, intencionalmente agrio, con la intención de promover un debate abierto y sin sutilezas sobre un tema que exige de atención inmediata, me refiero al judicial, enfatizando en uno de sus segmentos más abandonados y, quizás, menos comprendidos: el de los abogados litigantes.

El problema fue planteado como un silogismo hipotético, señalando afirmativamente que: "Un buen abogado que a su vez sea un excelente jurista (litigante perito en derecho y con alta ética) tendrá verdadero éxito solo si litiga en un sistema judicial sólido [premisa mayor], Bolivia no tiene un sistema judicial sólido [premisa menor], por consiguiente, los abogados litigantes que lleguen a tener éxito en nuestro país no será precisamente por sus excelentes cualidades profesionales [conclusión].

Más allá de la precisión técnica, el constructo lógico rindió sus frutos. Los menos, que sostuvieron a capa y espada la tesis contraria –no sé bien sobre qué bases– y, los más, otorgaron una cuota variable de verdad al enunciado, reconociéndose como parte del problema.

Fueron, sin duda, buenas noticias y demostraron, además, que el debate sobre el tema está mucho más avanzado en este gremio de lo que comúnmente se cree, incluso más que en el de los jueces, fiscales y demás funcionarios, quienes parecen sentirse bastante cómodos en esta coyuntura. Recordemos que no hace mucho una alta autoridad judicial apuntó que la retardación no es más que un prejuicio burgués y que uno o dos casos bullados no confirmarían la existencia de corrupción generalizada al interior del órgano, insinuando,

acaso, que el entuerto judicial estaría en muchos casos sobredimensionado.

Pero más allá de las opiniones, el problema de la justicia debe ser abordado en su cabal extensión y complejidad, debiendo determinarse con precisión la cuota de responsabilidad que en los vericuetos del litigio tiene cada uno de los tres implicados principales, a saber, jueces, fiscales y abogados litigantes, enfocándonos, por ahora, sobre los últimos, cuya relevancia suele ser injustamente relegada de los debates sobre la materia.

En este contexto, se entendería que el pleito judicial llegaría a constituirse en uno de los espacios de mayor exigencia meritocrática para el jurista, quien, sometiéndose a las reglas del libre mercado, asumiría la responsabilidad de una cualificación constante, a sabiendas de que solo será contratado si demuestra resultados concretos en base a probados conocimientos y un prestigio bien ganado en estrados. Sin embargo, bajo las condiciones actuales, esta virtud inicial corre el serio riesgo de ser groseramente deformada, pues al condicionar el sustento del abogado litigante y el de su familia a unos resultados por definición inciertos, la presión por obtenerlos hará que el fin justifique los medios, con sus obvias consecuencias.

En añadidura, la precariedad que constriñe a la mayoría de los profesionales que optan o se ven obligados a montar un bufete es intensa, siendo muchos los factores de presión que oprimen, entre muchos otros, el trabajo del litigante: i) La enorme cantidad de profesionales que invaden el medio, promoviendo una competencia descarnada y desleal ¿tendrán las universidades algo que ver en esto?; ii) La ausencia de un ingreso económico fijo y las dificultades de acceso a la seguridad a corto y largo plazo; y iii) La fuerte presión impositiva, que les impone un cobro de tributos similar al de

una empresa unipersonal, sin considerar que la gran mayoría calzarían perfectamente en la categoría de lo que en otros ámbitos se conoce como 'trabajadores por cuenta propia'.

Tampoco es un secreto que el ambiente en el que estos profesionales desarrollan su trabajo no es el más sano. A ellos llegan los casos terminales que no encontraron salidas menos odiosas que la del enfrentamiento en estrados y el término Justicia, tenido en abstracto como un valor excelso, adquiere en el microcosmos del litigio una connotación muy diferente, mucho más terrena, permitiendo que las más bajas pasiones de la gente predominen en una descarnada disputa en el que solo importa obtener un fallo favorable, el resto –y más si no se ajusta a sus intereses– será automáticamente tildado de "injusto", de oscuro, de enrevesado.

De esa sesgada visión de justicia, emerge la deformada noción de lo que es o debería ser un "abogado exitoso", el que consigue resultados positivos, a cualquier costo, sin reparar en lo legal y lo ético. Por otra parte, si bien tanto jueces como fiscales gozan, al formar parte de la estructura estatal, con recursos y mecanismos propios para su fortalecimiento –cuya suficiencia y eficiencia serán asuntos de otro debate–, los abogados libres quedan a expensas de sus propios recursos, peor ante la debacle económica de los otrora poderosos colegios de abogados, entes que en su momento brindaron un soporte organizacional real y un sólido referente de identidad para sus afiliados.

Es imprescindible construir equilibrios virtuosos entre jueces y causídicos, ya que la coexistencia de una masa crítica de abogados litigantes, sólidamente formados, con otra de jueces probos e independientes establecerá un juego de controles mutuos que evitará distorsiones degenerativas en el sistema.

Así puestas las cosas, de blancas palomas nada, en el poco agradable asunto de una justicia en crisis 'nadie es inocente', todos los involucrados tenemos, en un sentido u otro, nuestra cuota de responsabilidad, pero admitamos también que el segmento más frágil en la ecuación es el de los abogados en el libre ejercicio de su profesión, sin cuyo concurso y compromiso, todo intento de reforma será siempre parcial y deambulará cojo, renqueante, tocando fondo una y otra vez.

Inesperada enseñanza

Los Tiempos el 11/10/2018

Aunque así parezca, no pretendo hablar ahora sobre la demanda marítima recientemente perdida por nuestro país, pero sí incidir sobre una de sus enseñanzas más importantes, quizás menos mediática, pero central para repensar nuestro sistema jurídico y la forma en la que nuestra sociedad y nuestra academia sienten y entienden el derecho y la justicia. Esto nos exhorta a analizar críticamente ciertas modas que, de la mano de propuestas y planteamientos ideológico-políticos de corte progresista, ingresaron a nuestro sistema hace poco más de una década, estableciéndose primero en la práctica procesal desplegada principalmente en algunas de nuestros más altos tribunales, para luego abrirse paso –y este es el riesgo central–, en nuestras aulas. Hablo de lo que se ha venido a denominar como “neoconstitucionalismo” en sus diferentes vertientes, especialmente la latinoamericana.

Y digo modas porque en el fondo se trata de un planteamiento teórico jurídico si bien respetable, carente de una “definición clara, de rigor analítico y de empeño fundamentador” (García Amado, 2008), y que es precisamente lo que hace de él un dispositivo atractivo para promover cambios acelerados, un “Derecho dúctil” (Zagrebelky) fácilmente instrumentalizable con fines diversos, no necesariamente jurídicos. Carbonell resume sus ejes centrales en: a) Constituciones escritas, especialmente las surgidas luego de la segunda guerra mundial, generalmente con un catálogo más amplio de derechos; b) Un papel más activo de los jueces en la vida social y política a partir de sus fallos, cuyos efectos se expanden a todos los aspectos de la vida social mediante la vinculatoriedad de su jurisprudencia; y c) Nuevos desarrollos teóricos, de entre los cuales, para efectos de esta columna, me concentraré solo en uno, el de la inclusión del método

ponderativo como un sustituto de la tradicional subsunción en la decisión judicial, mecanismo que permite al juez, generalmente constitucional, extraer directamente de los principios constitucionales, un cierto tipo de normas de aplicación inmediata y preferente sobre el resto de las que conforman el ordenamiento jurídico.

Se configura así un aparato de innegable poder, pero también de una fragilidad manifiesta, compuesto por una Constitución principista que es interpretada por unos jueces con facultad de emitir fallos vinculantes a partir de ejercicios de ponderación que les permiten, en determinados casos, superponerse al legislador ordinario mediante actos de legislación negativa. Hasta aquí todo parece estar dirigido a materializar el Estado de derecho, sometiendo el poder político a la Constitución y las leyes, excepto por un detalle, la inexistencia de un Juez Hércules, infalible e invulnerable, que lleve adelante semejante empresa, quedando al final todo en manos de unos jueces humanos que no son por supuesto infalibles y que están muy lejos de ser siquiera independientes ante presiones externas de todo tipo. En conclusión, bajo esa mirada, quien domine a los jueces (vía nombramiento, prebenda o amenaza), se hará de un aparato de poder indispensable para la reproducción del poder.

En este contexto, y lo lanzo solo como una hipótesis, el error en la demanda presentada en La Haya fue de enfoque, actuando bajo la idea de que la corte razonaría en el orden arriba descrito, es decir, como un tribunal progresista o neoconstitucionalista, pretendiendo que, primero, valore ciertos actos unilaterales efectuados por Chile y colija a partir de ello, subjetivamente, la existencia de una obligación concreta para negociar una salida "soberana" al mar para nuestro país, tesis contraria a la idea de la objetividad que por regla general caracteriza a la actividad probatoria en juicio, "ponderando" además cuestiones extra jurídicas, valores y

principios a fin de alejarse del procesalismo y el razonamiento judicial aún prevaleciente en el contexto internacional, para lograr de esta forma lo que todos creemos sería un fallo en justicia. Colijo aquello de las múltiples declaraciones justificatorias que tildaron la sentencia de conservadora o formalista, típicas críticas a la actividad judicial que nacen precisamente desde esta vertiente, confirmada además por las declaraciones del exvocero de la causa marítima y luego candidato, que sostuvo antes y después de la lectura de la sentencia que la demanda se sustentó en un planteamiento “de avanzada”, léase, como una propuesta de ruptura con una tesis predominante dentro del tribunal.

Sin embargo, la corte optó por el método clásico de la subsunción, que en términos sencillos no implica mucho más que verificar si objetivamente unos determinados elementos de hecho (premisa fáctica, brillantemente expuesta como un conjunto de hechos históricos) se acomodan razonablemente a un determinado instituto jurídico (actos de promesa unilateral con la fuerza suficiente para generar obligaciones concretas). En este marco, la demanda desnudó sus debilidades, ya que si bien la corte quedó convencida de los contundentes argumentos históricos narrados –de ahí exhortación al diálogo sobre un tema asumido como pendiente–, no encontró argumentos suficientes para que dichos elementos fácticos sean ajustados la figura normativa planteada (actos de promesa unilateral), concluyendo en la inexistencia de obligación alguna imputable al demandado. Razonamiento judicial que no admite mayor debate, salvo las críticas desde la vertiente progresista mencionada, como se tiene dicho. Era esperar mucho de unos argumentos jurídicos débiles, más allá de nuestra excelente defensa en lo histórico.

Esto nos recuerda que el mundo no gira alrededor nuestro y la forma del Derecho que nos fue vendida como la versión más acabada de la ciencia jurídica puede no serlo en otros

países de larga tradición académica. De hecho, puede no serlo en la mayor parte del planeta, razón por la que estamos obligados a analizar críticamente el discurso jurídico neoconstitucionalista que durante estos últimos años monopolizó los debates en los altos tribunales y en las aulas de postgrado. Es urgente hacerlo, por el bien de nuestra disciplina.

Castigo y crimen..., a la boliviana

Publicado en Los Tiempos el 27/09/2018

Si, en ese orden –no en el planteado por Dostoievski en su célebre obra–, pues a raíz de los últimos acontecimientos, está claro que al menos para una buena parte de la administración de justicia boliviana primero se condena y luego se “construye” el delito, sea para justificar la sanción o para brindar una engañosa sensación de eficacia, entregando “culpables” a una sociedad ávida de justicia, a veces confundida con venganza.

Ha quedado claro que la gravedad del problema ha rebasado los límites de lo tolerable, pasando de una crisis de actores (jueces y personal de apoyo jurisdiccional) a una crisis general que afecta al sistema judicial en su integridad (incluyendo a las instancias para-judiciales), asediado por factores negativos tanto externos (presión política, de grupos de poder, redes de interés, etc.) como internos (escasas capacidades técnicas, injerencia, corrupción, etc.), todo confirmado y de la manera más grotesca y dolorosa en una multiplicidad de casos, como el de un bebé muerto que hasta hoy no encuentra justicia y un médico primero condenado y luego judicialmente redimido por un horrendo crimen, procedimiento ejecutado en su momento bajo un pesado manto de dudas y oscuridad⁷.

Pasada la dura primera impresión, corresponde escudriñar serenamente en los recónditos vericuetos del aparato judicial a efectos de determinar las causas estructurales de lo ocurrido en este y, me imagino, que también en muchos otros casos, tanto en materia penal –la más sensible– como en otras, concentrándonos, por el momento, en el rol de los jueces, cuya existencia y accionar se constituye, sin duda, en un

⁷ Nos referimos al caso denominado “bebé Alexander”;

indicador importante de la salud moral y democrática de una determinada sociedad, al tratarse de funcionarios encargados de garantizar a nombre del Estado y la colectividad la estabilidad del sistema social mediante el control jurisdiccional a los posibles excesos del poder y a través de la gestión técnica de los conflictos interpersonales, canalizándolos por cauces pacíficos y justos, apegados a norma y en el marco de los principios y derechos constitucionalmente reconocidos.

De ahí que se entienda que la delicada labor de decidir, con poder coactivo, sobre vidas, egos y haciendas no puede ser delegada a cualquier sujeto, el cargo exige que el depositario de semejante encargo sea evidentemente un profesional bien formado, con un conocimiento profundo del Derecho, pero también de su entorno y de la naturaleza humana. En otras palabras, debe gozar de un cierto grado de cultura que, superando el folklorismo, sea suficiente para entender los problemas sometidos a su arbitrio, analizarlos en el marco de la lógica y el sentido común, para finalmente resolverlos sin dejar del todo de lado las emociones, con fallos justos y humanos.

Quien detente semejante prerrogativa debe ser consciente de la pesada carga que se autoimpone al aceptarlo, desarrollando un elevado nivel de autocontrol que lo aleje de la tentación de abusar de él, sea para beneficio propio o para obtener la gracia de los poderosos. Esto será imposible sin una buena dosis de vocación de servicio y la predisposición para llevar adelante con ética y solvencia técnica una función altamente impopular que, al generar perdedores y ganadores, provocará llantos y risas en proporciones más o menos iguales. El que busque popularidad, lisonjas y dádivas, que se dedique a otro oficio.

¿Qué vivo en el país de Alicia al buscar un Juez Hércules en un mundo de gentes de formación limitada y escasa

moralidad? Pues es posible, aunque no necesariamente cierto, démonos el beneficio de la duda, quizás nos sorprendamos y encontremos oro en el fango. Pero a lo que me niego rotundamente es a caer en el extremo contrario, en el que a partir de un supuesto realismo y una mal enfocada democratización de la función judicial, se justifique sin sonrojo la designación de los peores en los cargos más sensibles y exigentes.

Es hora de que las entidades competentes, entre ellas el Consejo de la Magistratura, se cualifiquen a sí mismas, dotándose de los mejores profesionales y adecuando sus estructuras y procedimientos al desafío de instaurar de una vez por todas un eficiente sistema de carrera, optimizando, en primer término, los procesos de selección de jueces y personal jurisdiccional en base a los más altos estándares técnicos y éticos, además de establecer un eficiente sistema de evaluación periódica del desempeño, tarea sin duda ardua y altamente técnica, sometida a fuertes presiones externas y tremendas resistencias internas, pero hoy más que nunca necesaria a fin de inaugurar, esta vez en serio, las tan ansiadas reformas al cuerpo de jueces.

Que la triste muerte de un bebé, que en las circunstancias actuales corre el riesgo de no ser esclarecida, y la condena en extremo dudosa de un joven médico, nos espabilen del insano letargo colectivo en el que parecemos estar sumidos.

Federalismo judicial

Los Tiempos el 26/09/2019

¿Federalismo? ¿En la Bolivia plurinacional y autonómica? ¿Y en esa tan arcaica como pétreo institucionalidad judicial nacional? Pues sí... y aunque se haya internalizado en el imaginario social una percepción negativa sobre lo que es y significa lo "federal", asociándolo injustamente al separatismo, es la propia Norma Fundamental la que se encarga de desmentirlo, estableciendo –lo crea Ud. o no– un tipo de organización judicial que incluye algunos elementos de carácter sustancialmente federativo.

Para sostener esta tesis, es necesario partir de aquellos preceptos estructurales que niegan la aplicación de un enfoque territorial en el análisis de la problemática e ingresan en tensión real y sostenida con la idea de descentralizar o desconcentrar la administración de justicia, siendo uno de los más relevantes para el caso el relacionado con el régimen de gobierno, regulado por los arts. 272, 277, 280 y 283 de la Constitución Política del Estado (CPE) y 12.II de la Ley Marco de Autonomías y Descentralización (LMAD). Estas previsiones, al reconocer solo una división dual del poder público a nivel subnacional (legislativo y ejecutivo), anulan toda posibilidad de movilización vertical de la competencia exclusiva del nivel central del Estado prevista en el art. 298.II.24 de la CPE (Administración de Justicia), sea por transferencia o por delegación, debido a la ausencia de un órgano receptor apto a nivel autonómico.

Más allá de esta limitante, que evidentemente inviabiliza toda posibilidad de descentralizar la Justicia Ordinaria (JO), los arts. 289 y 290 de la Constitución liberan a la Autonomía Indígena Originario Campesina (AIOC) de esta restricción, reconociéndoles una suerte de 'autogobierno ampliado' que

posibilita que varios estatutos autonómicos indígenas instituyan verdaderos mecanismos de administración judicial, siguiendo sus propios cánones normativos y organizacionales. Esto hace los gobiernos indígenas se constituyan en entidades receptoras perfectamente habilitadas para asumir las competencias que en materia de justicia les pudieran ser traspasadas desde el nivel central (titular primario de la competencia). Así ocurre, por ejemplo, con la Ley de Deslinde Jurisdiccional, que llega a constituirse en una norma de transferencia competencial en materia de justicia, aunque con características muy especiales.

Se configura, así, un esquema especial de relaciones entre la Justicia Indígena Originario campesina (JIOC) y la Justicia Ordinaria (JO), muy próximo al denominado "federalismo judicial", noción que es definida por la concurrencia de dos presupuestos y tres requisitos, identificados por Gerpe, citado por Simón (2013), en los siguientes términos: a) La convivencia del ordenamiento central del Estado y de los ordenamientos territoriales que tienen autonomía política legislativa en el marco de una distribución pactada del poder o división competencial, esto es, que se trate de un Estado compuesto, plural y con distribución de poderes; y b) Que el ejercicio de la potestad jurisdiccional esté organizado en diferentes niveles, fundamentalmente, el nacional y el de las entidades subnacionales. Y entre los segundos: i) Un modelo de distribución de competencias bajo el paraguas constitucional que posibilite un doble espacio de autonomía institucional –nacional y subnacional– en todo lo relativo al poder judicial; ii) La convivencia entre los diferentes sistemas judiciales –el estatal y los regionales– que gocen de autonomía jurisdiccional; y, finalmente, iii) La determinación desde Constitución y la ley de las formas de articulación entre el sistema judicial central y los subsistemas territoriales, estableciendo un sistema coherente que permita resolver las eventuales lagunas o contradicciones que se puedan dar en la

práctica, con la determinación de las cláusulas de prevalencia o primacía, supletoriedad y residualidad, pasando, en casos conflictivos, a ser resueltos en sede jurisdiccional constitucional.

Coincidiremos que, en nuestro caso, tales condiciones y requisitos se cumplen al menos parcialmente, pues subsisten ordenamientos jurídicos y arreglos judiciales diferentes pero interconectados (JO y JIOC), vinculados por un complejo entramado de relaciones basadas en el pluralismo jurídico igualitario, bajo un mismo paraguas constitucional y un único órgano de control de constitucionalidad.

En conclusión, es posible afirmar que el arreglo judicial boliviano se asimila, específicamente en lo referente a las relaciones entre la JIOC y la JO, a un esquema organizativo bastante cercano al llamado "federalismo judicial", una idea que bien entendida y mejor aplicada, puede abrir nuevos y prometedores escenarios de debate, más allá de tendenciosos prejuicios.

Tercera sección
SOCIEDAD Y TECNOLOGÍA

I

El humano y sus mitos

El 'buen malo'

Los Tiempos el 10/10/2019

Al momento de la publicación de la columna original, no había visto aún *Joker*, el filme magistralmente protagonizado por Joaquin Phoenix en 2019, quien finalmente se hizo merecedor de un Oscar. Dejo así en claro que lo que en su momento se intentó distaba mucho de ser una crítica cinematográfica, limitándome a enunciar las expectativas e hipótesis que se generaron a priori en mí a partir de los nada inocentes comentarios del afamado documentalista estadounidense, Michael Moore –acólito de Noam Chomsky y seguidor de Bernie Sanders– sugiriendo, entre líneas, que el fondo de la trama en cuestión giraba alrededor de un tópico que no es nada nuevo para la filosofía política y que en su momento fue identificado por Hannah Arendt bajo la expresión de “La banalidad del mal”.

Con ella se hace alusión a situaciones en las que la mala fe de los autores de las más grandes atrocidades de la historia suele ser puesta en duda, alegando unas veces el deber de obediencia a las reglas y sus superiores y otras, inadaptación o victimismo. Esto genera espacios de indefinición que insinúan que los llamados malos podrían resultar ser, paradójicamente, los verdaderos buenos, en unos casos incomprendidos y marginados –como el Joker– y, en otros, cooptados y absorbidos por el sistema –como el funcionario nazi Eichmann, cuyo caso fue estudiado por Arendt–, a quienes una indolente y cruel sociedad supuestamente despreció, maltrató, mal utilizó y absorbió al extremo de sumirlos en la más profunda de las locuras, haciéndolos así irresponsables de sus actos.

En tales contextos todo dependerá de los parámetros que se utilicen para distinguir lo bueno de lo malo, una decisión que

en la mayor parte de los casos involucrará fuertes dosis de arbitrariedad; considerando, además, que quien gana la batalla es quien suele escribir la historia.

Esto podría operar como un mecanismo discursivo eficiente para convertir, sin pudor alguno, a los más crueles villanos en románticos revolucionarios, exhibiéndolos como unos incomprendidos paladines de la paz y el amor quienes, aún a riesgo de su propia vida y apartándose de las reglas impuestas por el nefasto opresor, buscan moldear el mundo de acuerdo a sus propios parámetros morales, pregonándolos hasta el hartazgo como verdaderos y por ello superiores, predestinados a imponerse inevitablemente a todo y todos, por la razón o la fuerza. No olvidemos que Arendt vivió en carne propia la consolidación del nazismo en su natal Alemania.

Por otra parte, esta forma de pensar puede también llevar a la instrumentalización del victimismo como un recurso estratégico para lograr posiciones de ventaja, un trato "especial" frente a los circunstanciales rivales, quienes, en tales condiciones, deberán competir arrastrando el pesado lastre de la culpabilización.

Cabe admitir, no obstante, que en el marco de las relaciones de poder imperantes en un determinado momento histórico, una noción al menos básica de lo que son y significan la "legítima defensa", la "resistencia civil" y el "derecho a la protesta" es sin duda necesaria, pero entendamos también que éstas son figuras que deben operar siempre como excepción y regla, pues de no ser así se correría el riesgo de normalizar un marco de ideas que justifique la violencia legítima, el daño necesario y la destrucción creativa, alegando un bien mayor que legitime un conjunto de medidas a veces crueles. Esto nos incitaría, como sugiere Moore, a constituirnos todos en los Jokers de la contemporaneidad, en

paladines de 'lo justo', aunque apenas se nos permita cuestionar lo que aquello es y significa, puesto que las consignas operan como dogmas de fe impuestos desde arriba por los profetas de turno.

Lo descrito no se limita a simples y coyunturales posicionamientos ideológicos y políticos, sino a posturas generales de orden más bien filosófico. Formas de ver y entender el ser y el contenido del sistema mundo, para determinar luego el mejor modo de habitarlo, desde lo individual y lo comunal, cuyo carácter abarcador del más amplio espectro, afectará a todos más allá de sus particularidades, haciendo de ésta una reflexión válida tanto para juzgar a un Stalin como a un Hitler, ambos con líneas ideológicas distintas pero un misma tendencia básica, la de sentirse iluminados, con la plena e indiscutible convicción de que lo que hacían y pensaban era, en su momento, lo correcto y justo, sin más opciones.

La película en cuestión se presenta, entonces, como la versión *cómic/vintage* del debate seminal entre el hippie Rousseau, para quien los humanos somos unos seres naturalmente buenos que terminaron perturbados por la mano de un poder impuesto y del que es menester liberarse, y el facho Hobbes, quien, desde la otra vereda, nos ve como entes vivientes cuya debilidad e insignificancia nos hace esencialmente miserables y egoístas, implorando por la intervención de un Leviatán que nos conduzca por la senda de la virtud y evite que, cual lobos, nos comamos unos a otros. Esta discusión se da al fragor de una de las contradicciones más profundas que hacen a la condición humana, la capacidad de identificar e incluso crear el bien y el mal, en un escenario de incertidumbres en el que distinguir al héroe del villano se hace cada vez más difícil.

Personalmente me resisto a aceptar la idea de que nuestro rol en la vida sea la del Joker, pues la veo como una postura

facilona que deriva la responsabilidad del bienestar propio hacia los demás o al Estado, sin siquiera considerar que es el individuo el primer responsable de pensar y hacer todo aquello que coadyuve a la construcción de una vida satisfactoria, sin que aquello implique alejarse del todo de la dimensión de lo colectivo y el importante papel que juega el administrador del bien común, el gobernante, cuya necesaria presencia determina un marco de relaciones de poder que en ocasiones suelen tornarse excesivamente asimétricas o desequilibradas, generando situaciones de excepción en las que la rebelión y los revoltosos jokers, esos entrañables buenos malos, se harán momentáneamente necesarios.

Finalmente, pude al fin sentarme en una de las pocas butacas existentes en el único cine de mi cada vez menos culta ciudad, para verificar, con satisfacción que mis ambiciosas expectativas habían sido satisfechas casi en su integridad, la película es, sin duda, excelente, confirmando, además, algunas de mis osadas hipótesis. Más allá de las disquisiciones, mi esposa y yo disfrutamos de una de las más comentadas piezas de cine de los últimos tiempos, a la que muchos, entre ellos el propio Moore, catalogaron como un producto cultural de alto valor artístico y fuerte contenido filosófico...

¿Dioses seremos?

Los Tiempos el 04/07/2019

El humanismo, en tanto relato abarcador del más amplio espectro, fue y es analizado desde diferentes enfoques y a la medida de intereses también diversos. No obstante, más allá de las múltiples clasificaciones y amplias descripciones que sobre él se han intentado, nos concentraremos por ahora en el llamado "humanismo teológico", cuya larga data no le resta ninguna vigencia, gozando hoy de una relevancia mayor a la que la modernidad le suele reconocer.

A riesgo de incurrir en siempre riesgosas pero necesarias simplificaciones, identificamos los dos elementos que creemos básicos para una primera aproximación a una problemática de semejante envergadura. Por un lado, la condición humana, en su integralidad, y, por otro, su intrincada relación tanto con el mundo espiritual como en el plano de lo material, reconfigurando permanentemente el marco de relaciones de poder en cada contexto en concreto, con al menos dos interesantes escenarios de análisis:

- a) El humano y su mundo espiritual, relación en la que se sedimenta, primero, la idea de la existencia de un ser sobrenatural y, después, su posible deriva institucionalizada en lo que se conoce como religión, entendida como una expresión cultural que hace de la deidad una fuente de poder terrenal, un marco en el que se desarrolla la vinculación del "simio desnudo"⁸ con su creador, es decir, con su dios, sea cual fuere (espíritu o naturaleza), situación de la que llegaría a obtener, casi automáticamente, una clara superioridad moral respecto de todo lo que le rodea, pues aun inconscientemente, se

⁸ Morris, Desmond. "El mono desnudo". Ed. Debolsillo. España, 2017

asume a sí mismo como una especie de semi-dios. Esta afirmación, que en el plano del dogma de fe resulta ser indiscutible, establece una cadena jerarquizada de poder bastante simple, aunque engañosa y, quizás por ello, muy eficiente: i) primero dios, ii) luego sus hijos terrenos, creados a su imagen y semejanza, y iii) al final, el resto del mundo [con todo lo vivo y no vivo que exista dentro de él]. En este contexto, la relación entre los primeros (dios y humanos) tiende a desarrollarse en el plano del discurso moral, actuando al final los segundos como superiores ante los terceros, en una especie de ejercicio del poder por mandato o autorización divina, para usar y abusar de un mundo supuestamente creado a su medida, aunque con los límites morales que, en este contexto, surgen en forma de reglas y restricciones religiosas que, en la mayor parte de los casos, resultan ser poco eficientes.

La base epistémica en este escenario radica en un humanismo teológico, básicamente, con sus propios principios y reglas como elementos de legitimación.

- b) En la relación de humano en el mundo material, se pueden identificar tres supuestos: i) La relación del sujeto con su cuerpo, sobre el que, en algunos casos, cree tener el derecho de disposición absoluta [tema de álgido debate]; ii) La relación entre humanos, de la que, en el marco del pluralismo, emergen realidades diversas y particularismos que sumados a la visión anteriormente descrita, producen contradicciones a veces insalvables entre líneas civilizatorias disímiles, cada una con sus propios dioses, los cuales compiten por la hegemonía mediante ejércitos formados por sus hijos terrenos, dando lugar a interesantes luchas culturales e, incluso, a las llamadas guerras santas [cristianos contra musulmanes, P.E.], fenómeno que se extiende también a las relaciones entre

sujetos que comparten un mismo dios pero diferente religión [protestantes contra católicos, P.E.].

En el contexto en el que la religión sí parece perder protagonismo, o al menos mutar sustancialmente, es en la relación entre sujetos que comparten dios y religión, contexto en el que las contradicciones parecen sí responder a otras causas de base, más relacionadas con la redistribución de los recursos de poder y la riqueza; y iii) La relación del humano con la naturaleza de la que forma parte y que le da sostén, que resulta ser, quizás, la más cruel, pues considerando que el sujeto, sea cual fuere su adscripción teológica o ideológica, reivindicará siempre su superioridad sobre el mundo y su contenido, en tanto hijos de su dios [en el humanismo teológico], o en razón a su inteligencia y dominio del mundo a partir de la ciencia [en el humanismo secular o positivista], lo que en ambos casos conllevará la tentación al abuso, controlado en el primer caso por restricciones de moralidad religiosa, mientras que en el segundo, por barreras ético racionales, ambas insuficientes (más las segundas, me parece).

Los hijos de esos dioses (deidad o ciencia) han sustentado su desarrollo y bienestar en la idea de "autorización" para depredar su cuerpo, el de sus congéneres y a la naturaleza misma hasta niveles a veces insostenibles, pues para ellos su superioridad moral y material proviene, aunque no lo quieran admitir, de su vinculación con lo divino. Poco importa que sean capitalistas o socialistas, distinción ideológica que en mi concepto resulta irrelevante, puesto que ambos comparten una finalidad primigenia común: "generar riqueza". Ya luego sobrevendrá el problema de su distribución que será, en todo caso, subsidiario, una cuestión de método, aunque no por ello menos importante, inaugurando otro enorme escenario de marcadas contradicciones.

Al final, somos lo que somos, unos animales racionales. Si Aristóteles lo dijo, alguna buena razón debió tener ¿no crees?, pues aun dotados de un intelecto privilegiado, mantenemos incólumes nuestras profundas raíces zoológicas, por lo que la relación con nuestros pares y con la naturaleza no puede estar marcada por un rango de superioridad absoluta respecto a todo lo demás, vivo o no, lo que en ningún caso negaría la concurrencia de jerarquías competitivas, ya que por razones morales o simplemente buenistas⁹, no sería correcto perder nuestro sentido básico de sobrevivencia como especie. Solo se trata de buscar los equilibrios necesarios, nada más, pero nada menos.

No olvidemos que, incluso en el marco de una elevada tecnologización [si se me permite el neologismo] debe quedar siempre claro, rescatando a Desmond Morris, que "(...) el dramático progreso que le condujo [al humano, añadido], en sólo medio millón de años, desde el encendido de una fogata hasta la construcción de vehículos espaciales (...) es una historia emocionante, pero el mono desnudo corre el peligro de quedar deslumbrado por ella y olvidar que, debajo de su pulida superficie, sigue teniendo mucho de primate. («Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.») Incluso el mono espacial tiene que orinar”.

Harari vaticina que el humano, como producto del proceso evolutivo y el avance de la ciencia, llegará finalmente a asemejarse, en algún sentido, a un dios creador y modificador de vida... y es precisamente por eso que volver al origen y repensar nuestra condición humana, material y espiritual, es hoy de vital importancia.

⁹ El buenismo es definido por el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española como la “Actitud de quien ante los conflictos rebaja su gravedad, cede con benevolencia o actúa con excesiva tolerancia”; por consiguiente, el buenista es el cultor del buenismo.

Y no se me malinterprete, no se trata de una crítica a la religión, al pensamiento espiritual o al cientifismo positivista, constructos sociales y culturales sin duda importantes para quienes los profesen, sino a la relación negativa que se suele establecer con ellos, situaciones en las que la simple pose y un falso pero exacerbado discurso mitificante en todas sus variantes, evita que el sujeto se asuma en su real humanidad, creyéndose "especial", negando esa identidad más bien terrena, común, en parte instintual/emotiva y en parte racional/cognitiva, menos glamorosa tal vez, pero más acorde con lo existente, la que de admitirse promovería su reubicación en un mundo, haciéndose, en consecuencia, consciente de la urgente necesidad de dispositivos de autocontrol para una humanidad en riesgo de desborde.

Tal vez así logre cambiar en algún grado el curso de su historia [la que parece no ir por el mejor de los caminos], evitando encandilarse demasiado con las maravillas del progreso tecnológico para volcar al menos una parte de su atención hacia su propio pensamiento, a esas viejas disciplinas –hoy en riesgo de injusto declive– a las que por alguna razón se las denominó, con acierto, 'humanidades'.

Pero el amor es más fuerte

Los Tiempos el 31/01/2019

Año 2050. Alguna ciudad del llamado primer mundo. Estación espacial interplanetaria central. Ella 24, él 30. Cruzan miradas, se acercan más allá de lo habitual, tanto como el chip implantado en sus cerebros se los permite, hasta que la alarma de "Riesgo de proximidad excesiva" taladra sus sesos. Pero la atracción es particularmente intensa, una clara prueba más de que las políticas oficiales de control bio-hormonal no pudieron con el ancestral grito de la selva, ese tozudo fenómeno empecinado controlar el comportamiento de hombres y mujeres, sobre todo jóvenes.

Una gran barrera se intentó erigir entre ellos, invisible y, en apariencia, infranqueable... sí, en algún momento la proximidad física se fue haciendo cada vez menos frecuente, luego socialmente reprochable y, después, incluso jurídicamente sancionable, levantándose un muro, producto final de un lento proceso de acumulación de miedos, atávicos y recientes, una suerte de psicosis colectiva de alcance global. En algún punto del siglo XXI las relaciones humanas mutaron disruptivamente, afectando todos los ámbitos de la vida, con especial intensidad en el campo de las relaciones afectivas más íntimas, las de pareja, hipersensibilizándolas ante cualquier forma de violencia –objetivamente aprehensible o artificiosamente creada–, enrareciendo aún más un ambiente general de marcada inseguridad, una sensación de riesgo omnipresente.

Ellas, aterradas por la posibilidad de sufrir violencia, y ellos, por la posibilidad de la denuncia y el procesamiento –justificado o no–, fueron reconstituyendo múltiples formas de apartheid, dividiendo el espacio físico bajo la doctrina de lo que en ese entonces se conoció como "seguridad de género".

Se comenzó por identificar vagones de metro solo para mujeres (a fin de salvaguardarlas), para luego retomar la perspectiva de una educación asexuada, entendiendo que los espacios de interacción formativa representaban un riesgo real para sus hijas e hijos, estableciendo bajo tal criterio unidades educativas mono-género. Lo mismo ocurrió en el espacio laboral, restringiéndose áreas en oficinas y fábricas restringidas por razones de género. Y así sucesivamente...

De esta forma, las corrientes ideológicas por entonces predominantes hicieron que los nexos que primitivamente se establecían entre parejas con la finalidad de reproducción y apoyo mutuo, fueran adquiriendo, paulatinamente, un matiz cada vez más obscuro, de intrínseca violencia. Inicialmente se fueron contractualizando, para luego penalizarse hasta llevar a niveles impensables de saturación a tribunales y cárceles. Luego se optó por virtualizarlas, haciéndolas cada vez más holográficas, menos carnales, para después perfeccionarlas mediante complejos dispositivos de inteligencia artificial. Sí, la tecnología que en ocasiones provoca los más grandes problemas, también provee de las más ingeniosas soluciones para llenar, en este caso, las tres grandes necesidades que como vestigio humano residual se resistían a ser adormecidas por la automatización: el afecto, el placer y la reproducción.

Las dos primeras no representaron mayor problema, fueron llenadas por sofisticados ciborgs, eficientes sustitutos humanos hechos a medida, máquinas orgánicas sin derechos, destinadas a satisfacer las necesidades de sus propietarios sin mayores límites que el riesgo económico inherente, esto es, la inversión efectuada en su adquisición. Así, las restricciones morales cedieron ante el advenimiento de una era de un inusitado ensimismamiento hedonista, el microcosmos del "yo" y mis máquinas, donde todo es posible, sin restricciones de ningún tipo. Las regulaciones sociales, morales y legales, no tardaron en seguir la senda, normalizando un status

cultural de proscripción al contacto físico, sancionando cualquier forma de intercambio de fluidos no oficialmente autorizada y controlada.

La solución a la tercera necesidad, la de reproducción, llegó de la mano de la ingeniería genética, instalándose verdaderas fábricas estatales de bebés, cada vez más perfectos, sin defectos, a la medida ya no de los deseos de unos progenitores, cuya existencia dejó de tener sentido, sino de las necesidades socioeconómicas de la colectividad, administradas por la élite estatal, con lo que el concepto de familia, base biológica y cultural de la humanidad, cayó pronto en la obsolescencia.

Se dieron así las condiciones para el cisma final, además acelerado por la decadencia ambiental de nuestro planeta. La mayor parte de la gente optó por dejar el yermo vientre de nuestra vieja y agotada madre tierra, estableciéndose las dos primeras colonias humanas interestelares, una femenina en Venus y otra masculina en Marte.

Largas filas de viajeros espaciales ideológicamente asexuados flanqueaban los transbordadores de la estación espacial interplanetaria central. Ella 24, él 30, no pueden dejar de mirarse, vuelven a acercarse ignorando peligrosamente la segunda alerta de cercanía extrema, se dejan llevar por ese extraño hálito de arcana humanidad, quizás el último. Se toman de la mano y se alejan silentes. Decidieron quedarse con los proscritos e inútiles del sistema. Si, pese a todo y todos, al final el amor de latidos y piel resultó ser más fuerte, aún con sus imperfecciones. La historia quizás comience de nuevo... Y no sé si para bien.

Miedo

Los Tiempos el 18/08/2018

Un porcentaje importante de la población que habita en las metrópolis modernas cae con facilidad, quizás como producto del caótico trajín y la falta de claridad inherente al mundo contemporáneo, en un estado de desorientación generalizada que se sedimenta en miedos y desconfianzas, con riesgo de cronificarse.

Esta situación de salud emocional precarizada induce a la masa hacia una búsqueda desesperada de propósitos y sentidos de vida, expandiendo aún más el enorme mercado de remiendos existenciales que se expenden por doquier –y sin receta– bajo la forma de religiones, ideologías, patrias, causas, modas y un largo etc., seductoras prescripciones que prometen a los urgidos un sostén moral de aparente solidez.

Es la nueva tónica de la existencia y en ella la oferta de remaches ideológico/espirituales es amplia, pero con una base de sustentación común, uno de las emociones humanas más intensas, necesarias y a la vez riesgosas, el miedo, atávico sentimiento que subyace y condiciona a todos los demás, muy ligado al instinto de sobrevivencia, que tiende hoy a amplificarse, pues no solo se teme perder la vida, como uno de los valores más elevados, sino también el bienestar individual, sobre el que parece cernirse una amplia gama de peligros, reales o imaginados, detonando un diverso conjunto de respuestas que desencadenan fenómenos primarios de elevado efecto, unas veces para construir o destruir, y otras para inmovilizar posibilidades de acción frente al pánico.

Este mecanismo, que en la mayor parte de las especies se desarrolla como una manifestación biológica de reacción inconsciente, casi automática, se configura en el humano

como una compleja red de instintos y emociones ligadas en alguna medida a la razón, haciendo que el proceso de toma de decisiones y disgregación entre lo bueno y lo malo, lo riesgoso y lo inofensivo, se dificulte en alto grado, involucrando, con magnitudes variables, unas tendencias humanas que podrían ser tenidas como muy básicas con las más enrevesadas construcciones psicológicas y culturales, propias de nuestro tiempo.

Es entonces fácil concluir que, quien defina lo que es socialmente peligroso (aunque realmente no lo sea), detendrá un enorme poder sobre sujetos y grupos, ya que al apropiarse de la compleja relación miedo/peligro versus sobrevivencia/bienestar, se arroga también la potestad de direccionar en un sentido u otro una gran parte de lo que las personas hagan o dejen de hacer, infundiéndoles en dosis variables algo de temor como una forma de control social.

En estas condiciones, los que detenten o pretendan detentar los factores de poder serán los primeros interesados en manipular nuestros temores, utilizando para el efecto de diferentes mecanismos, desde los más blandos (medios de comunicación, por ejemplo) hasta los más duros (penalización, coerción física, asfixia económica, presión laboral, etc.), ambos a su modo eficaces para internalizar en la gente ideas y turbaciones, constriñendo directa o indirectamente su conducta.

Podríamos convenir que el miedo es, en evidencia, un elemento natural y necesario para la preservación de la especie, pero su exceso puede acarrear distorsiones insostenibles en casi todos los ámbitos de la vida social, y será solo a partir de la información y el conocimiento que será posible liberarnos de él y conjurar, con ello, el riesgo de manipulación al que nos expone este mundo plagado de incertidumbres, realidades virtuales y corporeidad difusa.

Temer es humano, claro que sí, pero la razón y el intelecto, que también lo son, nos permite distinguir lo realmente amenazador de lo inocuo y, acaso, dominar la bestia, sea calculando los riesgos de enfrentarla sin morir en el intento, evitando aterrarnos por nada y huir sin razón, o quedar pasmados frente a nuestra propia sombra.

Quizás Marx se equivocó, es probable que el motor de la historia no sea la lucha de clases (o de contrarios), como el sostuvo, sino el miedo y, por supuesto, las capacidades que desarrollemos para vencerlo, tanto en nuestras decisiones de índole personal, como en nuestra atribulada relación con lo público.

Libertad o seguridad

Página Siete el 27/03/2020

¿Cuánta de nuestra libertad estamos dispuestos a sacrificar a cambio de algo más de seguridad? Una pregunta de difícil respuesta y cuya complejidad tiende a intensificarse en tiempos de crisis. Así ocurrió, por ejemplo, en el mundo bipolar de la guerra fría, cuando la existencia de servicios secretos y duras leyes de seguridad nacional se constituyeron en una respuesta casi natural frente al peligro comunista. Así sucedió con la sociedad norteamericana cuando en su momento optó por fuertes medidas de seguridad, para algunos excesivas, al sentir en su propio territorio el dolor del terrorismo internacional con el desplome de las Torres Gemelas. Y ocurre también hoy, cuando a nivel global, ante el pánico que provoca la peste, se imponen nuevas medidas de excepción, tenidas como razonables en tanto sean proporcionales al riesgo –en este caso la vida y salud humanas–.

Es en este tipo de situaciones límite, cuando las sociedades se despojan de máscaras y la noción de seguridad colisiona con la idea de libertad, entendida desde Aristóteles como la capacidad del individuo para decidir y obrar libre y racionalmente frente a una amplia gama de opciones pre-existentes, procurando evitar la arbitrariedad, primero, mediante imposición de ciertos límites ético morales (evitar el libertinaje) y, después, con el establecimiento de un ente de autoridad como garante que evite evitar el abuso.

De esta ecuación surgen los posteriores desarrollos filosóficos y políticos que, a día de hoy, sustentan los dos grandes modelos de dirección social que reavivan la vieja pugna entre el liberalismo y el intervencionismo estatal:

- a. El primero, propio de las sociedades occidentales, se sustenta en el pensamiento liberal clásico, asumiendo, conforme señala Harari, a la libertad como el mito dominante, visión que informa a la mayor parte de las Constituciones, incluyendo la nuestra. En éstas, cualquier medida estatal que resulte intrusiva será siempre resistida, por lo que se propenderá hacia el equilibrio y la moderación, con la desventaja que las decisiones democráticamente asumidas tienden a ser menos eficaces en términos de tiempo y acatamiento efectivo; y
- b. El segundo, frecuente en sociedades dispuestas a tolerar medidas estatales intrusivas a cambio de bienestar y seguridad, en las que la pretensión de libertad plena es, por diferentes motivos, menos intensa y la escala de prioridades colectivas se reordena de forma diferente, peor en periodos de crisis. Quizás ésta es una de las razones para que la fuerte vigilancia electrónica en China fuera en su momento bien acogida por una gran parte de la población, incluso desde antes de la pandemia, y utilizada luego, con bastante éxito, para el control epidemiológico (ver: [China. La vigilancia absoluta](#)), algo similar a lo ocurrido en Corea del Sur (ver: [Control epidemiológico digital](#)). Demás está decir que esto demanda la existencia de un aparato estatal potente y omnipresente, algo muy difícil de encontrar y peor tolerar en latitudes de intensa tradición libertaria.

Este tensionamiento se extiende a nuestra realidad nacional aunque con características muy propias, observándose de inicio un cierto grado de inversión de posiciones, ya que son los segmentos populares, supuestamente anti-liberales y hasta hace poco ciegamente estatistas, los que se rebelan ante la cuarentena, alegando la necesidad de trabajar, mostrándose –obligados por su depauperada situación y bajo una suerte de micro-capitalismo de subsistencia “al día”–

como unos perfectos liberales económicos, aunque no ideológicos, al imponerse en ellos una visión comunitarista de raigambre indigenista o sindical.

Por su parte, los sectores urbanos de ingresos medios hacia arriba, de quienes se esperaría una reacción más bien liberal, se muestran hoy bastante dispuestos a soportar tales imposiciones desde el Estado, así les reporte un cierto nivel de pérdida económica, subdividiéndose, para su mejor comprensión, en dos segmentos: *i)* uno compuesto en su mayoría por trabajadores dependientes, sea del sector público o privado, quienes resultan ser menos liberales económicos que ideológicos, ya que parecen sentirse muy cómodos en su situación de ingreso fijo bajo dependencia económica de un empleador, pero sin renunciar a su libertad en el plano de las ideas; y *ii)* Otro compuesto por empresarios (pequeños, grandes y medianos) y profesionales liberales de relativo éxito, en los que coinciden ambas categorías, haciendo de ellos liberales tanto en lo económico como ideológico.

En conclusión, esa paradójica pluralidad que determina el carácter heterogéneo de la sociedad boliviana resulta incomprensible desde la lógica binaria liberal/estatista antes explicada, pues la presencia de múltiples actores empatados, con intereses en unos casos coincidentes y en otros disonantes, con adversarios más que enemigos, inviabiliza cualquier salida revolucionaria basada en la idea de vencer o derrotar, urgiendo un proceso dialéctico para una tercera opción que rescate, por deconstrucción, lo mejor de todos los frentes en disputa, siempre en dirección hacia el centro político.

Libertad y seguridad en dosis variables, sin extremos, solo las necesarias para lograr un adecuado equilibrio conforme a las circunstancias.

II
Homo *tecnologicus*

Antiintelectualismo 'reloaded'

Los Tiempos el 24/10/2019

Sin restar valor a las emociones ni a la voluntad como nexos del sujeto con la realidad que lo circunda, el intelectualismo encuentra en la razón el sostén central del conocimiento y dominio de la naturaleza. Contrariamente, su opuesto conceptual —o antiintelectualismo— destila hostilidad y desconfianza frente a todo lo relacionado con el pensamiento reflexivo, incluidos sus cultores, a quienes tacha de inoficiosos y haraganes, dedicados a actividades embusteras y poco o nada prácticas, por ello, fútiles.

Un intelectual en toda regla, sobrepone la razón a las emociones, reivindicando la libre expresión y circulación de las ideas y el arte, además de alejarse de lo superfluo y las convenciones sociales establecidas (Bealey, 2003). Tiende a ser, en consecuencia, transgresor y desafiante, pues quien se esfuerce por conocer reflexiva y sistemáticamente el mundo, procurará cambiarlo, constituyéndose irremediamente en un fastidioso incordio para la conservación del *statu quo*.

Genera, así, niveles variables de desdén y desconfianza, especialmente visibles en dos importantes planos: a) El político, con el poder establecido, para el cual todo sujeto que piense y actúe con espíritu crítico, así sea constructivo, se convierte de inmediato en un potencial cuestionador de todo proyecto de poder (oficialista u opositor), merecedor del embate de los aparatos represivos y de control social; y b) El sociológico, a partir de la falsa contradicción entre el "hombre de acción" y el "hombre de pensamiento", esto es, entre el "hombre del pueblo" (la masa popular) y el "hombre intelectual" (minoría injustamente tildada de elitista y conservadora), raro e ininteligible individuo, generalmente solitario y por ello débil, mal afamado racionalista, enemigo

de la emotividad popular al que urge reconducir y, en su caso, aislar como una peligrosa anomalía.

La tendencia al antiintelectualismo se extiende globalmente, más en aquellas latitudes en las que los dos planos arriba descritos confluyen negativamente, dándose situaciones en las que el predominio del "hombre del pueblo" (lo bueno) a costa de lo "intelectual" (lo malo) se produce desde el discurso político y la oficialidad estatal, como parte de la justificación ideológica de unas determinadas acciones políticas, sobrevalorando implícita o explícitamente lo popular por encima de todo intento de interpretar racionalmente la realidad social y sus necesidades, cuando ambas pueden perfectamente complementarse. Se instala así en el imaginario colectivo la insana idea de que el saber y el conocimiento son superfluos y hasta peligrosos, desincentivando todo afán de mejora profesional y científica en la gente, principalmente en los jóvenes, fenómeno muy popular en ellos, pues se alinea a la pereza intelectual que suele predominar, por razones naturales, en este segmento social.

La actitud de muchos autodenominados "intelectuales" tampoco aporta mucho, pues bien optan por replegarse en el silencio o la cómoda superficialidad (perdiendo autoridad), o bien se "funcionalizan" a un proyecto de poder concreto, oficialista u opositor (perdiendo credibilidad). Comprensible si se entiende que mantener la centralidad en escenarios de crispación generalizada importa elevados costos.

Este estado de cosas provocaría que, a la larga, se instale una situación de inmovilidad social y dependencia cognitiva, ya que ante la ausencia de espacios internos, abiertos y plurales, para el debate y la producción intelectual de calidad, los individuos, por definición inconformes, optarán por consumir, soterrada e incluso acriticamente, saberes desarrollados

afuera, cuyo ingreso al sistema sociopolítico interno resulta cada vez más difícil de controlar en un escenario altamente globalizado e interconectado.

“Tenemos pechos de bronce, pero no sabemos nada” (o no lo suficiente), dura realidad explicitada por Chipana Ramos ya en el primer Congreso Indígenal de 1946, instándonos a generar hoy espacios de simbiosis entre la acción y los saberes populares con el conocimiento científico racionalista, el uno tan relevante como los otros.

Éxito y culpa

Los Tiempos el 09/05/2019

La relación del sujeto con lo que se entiende por 'éxito' en nuestro medio suele estar dominada por un irrefrenable sentimiento de culpa.

En primer término, es necesario visibilizar la ambigüedad del término, enfocándolo desde dos puntos de vista, cuando menos:

- i. Desde el fuero interno del individuo, ingresando a un mundo de subjetividades y relativismos vinculados a un sentimiento de realización multidimensional y cambiante en el devenir del tiempo, relacionado con el logro de ciertos objetivos personales que van desde lo sentimental/emotivo (pareja, familia, amigos) hasta lo económico (dinero, empresa), pasando, claro, por los intangibles ligados al reconocimiento público y el prestigio, entre otras cosas;
- ii. Desde la perspectiva de los otros, es decir, desde la externalidad del sujeto, la identificación de su éxito se limita básicamente a lo sensorialmente aprehensible, esto es, aquello que se puede ver, centrándose así en la demostración de altos estándares de consumo (lo que se viste, conduce, lee, la fama del colegio en el que se educan los hijos, etc.) y, en menor medida, del reconocimiento público (prestigio).

En todo caso, cabe advertir, se tratará en nuestro medio de un "éxito de mínimos", esto es, un estándar de vida medio como referente central de realización personal, muy distante, claro, de los parámetros que en los centros de poder mundial servirían para identificarlo.

En este orden de ideas, el sentimiento de culpa surge casi invariablemente en todo sujeto que llegue a sentirse en alguna medida "exitoso", producto de la sensación de no realmente merecer los frutos de los logrado, en unos casos por haber nacido en una cuna de oro, situación en la que el éxito es prácticamente heredado como un privilegio de nacimiento sin mérito alguno y, en otros, debido a que se lo obtuvo por medios poco honorables e incluso reprochables (enchufe, influencia, transa, trampa e incluso delincuencia), muy vinculado a un contexto que no estimula ni premia el mérito y peor la sana competencia, donde la forma más común de ascender no es precisamente la meritocrática.

En ambas situaciones, surge además el terrible miedo de perder lo mal habido, pues es bien sabido que lo que fácil viene, fácil se va. Esto fermenta en el alma de estos sujetos un explosivo coctel de culpa y miedo, con capacidad de sacar lo peor de ellos en las circunstancias más inesperadas.

Desde la perspectiva de los otros, el éxito ajeno no genera de forma casi automática un halo de admiración o envidia (de la buena, claro), como debería ser, sino de sospecha y reproche, pues esa idiosincrasia colectiva que desprecia el mérito y huye de la competencia, contamina de recelo y sospecha cualquier emprendimiento o acción humana observable, llevando a moros y cristianos a pensar en negativo, de formas incluso prejuiciosas, dando por hecho, a veces con sobradas razones, que el éxito en nuestro medio casi nunca es el resultado de un sistema de merecimientos o del esfuerzo personal propio y honrado de las personas.

No resulta pues extraño que ante la presencia de un empresario, político, profesional o académico que destaque, la gente murmure oscuras tramas y mal habidos vínculos, que, para peor, pueden en muchos casos llegar a ser ciertos.

Así, a esa mezcla de culpas y miedos, se añaden la sospecha, la desconfianza y el reproche, generándose un círculo vicioso que se alimenta a sí mismo y corroe los vínculos de cohesión social. Esto contribuye a la tensión natural emergente de la diversidad y la crispación identitaria existentes desde siempre en nuestro medio, ahogando la natural inclinación del humano hacia la mejora constante, la innovación y la competitividad.

Al menos en el mundo de Alicia, este insano ovillo de negatividades podría desenredarse, haciendo que el éxito responda, al menos en parte, a un sistema virtuoso de méritos reales, no aparentes, en el que la persona asuma que sus logros responden a su propio esfuerzo y no a privilegios de dudoso origen. Así, las relaciones entre sujetos, entre grupos de sujetos y entre estos con el mundo empresarial y el Estado podrían mejorar, sentando las bases para una convivencia social menos convulsionada, con políticas redistributivas más racionales, basadas en la necesidad general de achicar las grietas y clivajes sociales antes que en culpas, miedos y desconfianzas, así vengan envueltos en el atractivo celofán del buenismo.

¿Será ésta la razón central para que un buen porcentaje de la gente opte por camuflarse en la masa y desistir de cualquier intento de destacar en base a su propio esfuerzo? ¿Será realmente útil en estas circunstancias inculcar a nuestros hijos un espíritu de competencia cimentada en el "fair play"? Yo, a contracorriente, pienso que si...

iiiHuevadas!!!..., da flojera

Los Tiempos el 03/01/2019

Esas son las palabras exactas que, luego de vueltas y evasivas, me espetó un niño trabajador, antes ocupado en el tan respetable como antiguo arte de sacar brillo a los zapatos, cuando le interrogué –con el derecho que me otorgaba el ser uno de sus clientes más antiguos– sobre las razones de su cambio de rubro hacia la venta de gomas de mascar (chinas, por supuesto). Uso esta anécdota como pretexto para analizar –muy superficialmente– los motivos que llevan al *homo economicus* boliviano a optar por una alternativa u otra en procura del pan de cada día.

Y claro, si ves una criatura que a esa tierna edad se ve obligada a trabajar y tomar, a golpe de una madurez prematuramente impuesta por la necesidad, decisiones económicas de cierta complejidad, no puedes sino tratar de profundizar en las raíces de su respuesta, en sus motivos.

Los datos son claros y preocupantes, el crecimiento del comercio informal en el país es alarmante, fenómeno que admite cuando menos dos hipótesis explicativas: a) que las personas simplemente no encuentran más alternativa que convertir las calles, plazas y oficinas en su “espacio de venta”, la mayor parte de las veces con un ínfimo capital de arranque; o, b) que la gente prefiere simplemente optar por la vía menos complicada para lograr sus fines económicos, siguiendo la lógica del menor esfuerzo.

Creo que en la respuesta del muchacho subyace un poco de ambas cosas. Por un lado, existe un alto nivel de desempleo en el país y muy pocas posibilidades reales para emprendimientos que precisen de un cierto grado capital y un “saber hacer” medianamente especializado, lo que explica que

una gran parte de la población opte por el comercio informal, actividad que puede ser iniciada con un ínfimo capital de arranque y que precisa de conocimientos muy básicos, casi intuitivos.

Pero tampoco es posible descartar *a priori* la posibilidad de que se esté instalando en nuestro medio una suerte de cultura económica basada en el mínimo esfuerzo, como respuesta a un consumismo también de mínimos en el que priman más el precio y la cantidad que la calidad. Esto instalaría en la gente actitudes reacias hacia actividades de índole productivo, las que exigen, obviamente, de mayor esfuerzo y aprendizaje. Y son, con probabilidad, los más jóvenes los más afectados por este fenómeno, quienes deslumbrados por el facilismo corren el riesgo de terminar, en el mejor de los casos, en el comercio informal y, en el peor, hundidos en la cómoda ilusión del empleo público.

Esto contribuye a que la idea de emprendimiento gire en nuestro país más alrededor de la venta que de la producción, haciendo que el sueño de muchos mercaderes, sobre todo del occidente boliviano, sea viajar a China, ese mágico lugar donde todo lo que ven, usan y venden se fabrica rápidamente, a gusto del cliente y a precios ínfimos, pero con calidad dudosa, dejando un notable margen de ganancias para quien tenga la audacia suficiente y goce de capacidades mínimas para el negocio.

Así logré comprender la actitud de un carpintero amigo, quien, a fin de justificar los escandalosos retrasos en la entrega de los trabajos a él encargados, terminó confesando su intención de dejar el oficio para abrir una tienda de abarrotes. No por falta de demanda, que la hay y mucha, sino por la imposibilidad de encontrar jóvenes trabajadores con el interés y la destreza artesanal suficientes para tomarlos como operarios o aprendices. Lo mismo pasa en otros sectores

como la albañilería, la plomería, etc. Sí, seguramente a ellos también les da flojera, como al ex lustrabotas, y preferirán el taxi, el comercio chiflero o la lucrativa carrera política sindical, tan en boga hoy. No los culpo, es el sistema el que falla.

Sin emprendedores y sin mano de obra calificada dispuesta a ocuparse en hacer cosas y no solo en venderlas, será imposible revertir la parálisis productiva en la que nos vamos hundiendo. Malas noticias para la economía nacional.

Sin lugar para los mejores

Los Tiempos el 20/12/2018

No country for old men, traducida como "Sin lugar para los débiles", es un largometraje de 2007, en cuya trama, bastante criticada, por cierto, subyace un tema esencial para entender la implacable dinámica de competencia que subyace a toda forma de organización de la vida humana y animal en contextos de escasez, llevándose por delante a los menos dotados para destacar o sobrevivir. Es una realidad cruel pero indiscutible, pues, aunque suene políticamente incorrecto, negar que unos sean más aptos o mejores que otros para determinadas tareas o actividades resultaría ingenuo.

Es un tema que radicaliza posicionamientos ideológicos, básicamente relacionados con la asignación y distribución de los recursos, pivotando entre socialismos y liberalismos. Sin embargo, la necesidad de nivelar, en la medida de lo posible, el conjunto de las desigualdades emergentes de la competencia, queda fuera de toda duda, y no por razones filantrópicas, sino por el hecho de que todo constructo societal requiere de los equilibrios mínimos que permitan su mantenimiento, en el marco de un siempre complejo sistema de tensiones e intereses contrapuestos.

Así se justifica la existencia de mecanismos redistributivos que apuntan hacia la media, es decir, hacia un balance intermedio entre pobreza moderada y riqueza controlada, evitando el crecimiento de brechas socioeconómicas que impliquen riesgos desintegrativos, medidas necesarias pero que mal enfocadas podrían favorecer situaciones de mediocridad extendida, pues no es menos evidente que el desarrollo y los avances en todos los ámbitos del quehacer humano son producidos por quienes sin ser necesariamente especiales, adoptan una actitud distinta al resto, pugnando por salir de

ese espacio intermedio de confort con el que se conforma la mayoría, mereciendo por ello la atención estatal. No es suficiente con pensar que ellos son los aptos y que en tal virtud no requieren de incentivo alguno. Ese sería un error que sancionaría el esfuerzo, promoviendo el retorno al espacio de confort, a la mediocridad del entorno.

Esto se visualiza en todos los ámbitos de la vida social, pero tomemos como un esclarecedor ejemplo el que se produce en las aulas universitarias, donde no es extraño encontrar al menos dos tipos de estudiantes, unos centrados en el mínimo esfuerzo académico, más inclinados hacia los aspectos lúdicos de la vida universitaria (entradas folclóricas, campeonatos deportivos, encuentros estudiantiles, fiestas, política universitaria, etc.), y otros, los menos, claro, realmente interesados en volcar su mayor esfuerzo hacia la formación, el conocimiento y la investigación. Ambos tipos de estudiantes son importantes, por supuesto, pues las sociedades precisan tanto de profesionales de rango medio, con el conocimiento aplicativo suficiente para desarrollar un determinado trabajo (los más), como de profesionales altamente cualificados, aptos para la investigación y la innovación basada en evidencia científica (los menos).

Sin embargo, esta realidad no se ve reflejada en la asignación presupuestaria, pues los primeros, al sintonizar con un sistema proclive a lo "popular", lo masivo, resultado del cogobierno docente estudiantil, reciben por lo general los mayores beneficios, reflejo de un mecanismo transaccional a cambio de votos y apoyos.

Así, las prioridades se invierten y lo estrictamente científico queda a trasmano, sacrificando el rigor académico en aras de 'facilitar' la titulación. No es así extraño que proliferen las segundas instancias, los cursos de verano e invierno, las cátedras paralelas, las múltiples y cada vez más cómodas

modalidades de graduación, además de los famosos programas de antiguos egresados. Las sobrevaluadas "graduaciones por excelencia" tampoco aportan mucho, pues privan al egresado destacado de una edificante experiencia investigativa como es la tesis de grado.

Al final, los desplazados del sistema resultan ser los segundos, sí, los alumnos que lejos de ser "superdotados", son los más interesados en aprender, esos pocos para quienes las notas altas no son suficientes y que están dispuestos a invertir su tiempo y esfuerzo para destacar, para ir por más. Es a ellos a quienes el sistema ahoga con la indiferencia, restregándoles el rostro con una realidad en la que el mérito vale poco y que destacar en lo académico no tiene rédito ni sentido real alguno. Parece que no nos cansáramos de repetirles que vivimos en un ambiente en el que el título no es más que un documento habilitante para ingresar a un mundo en el que la traza, la militancia política y ciertas "habilidades sociales" son la clave para la prosperidad y el reconocimiento.

Esto se extiende a todos los ámbitos de la vida social, pues en este contexto de valores invertidos, los más aptos y laboriosos se convierten, en los hechos, en los eslabones más débiles de la cadena, en los menos favorecidos por un sistema que los posterga e incluso aplasta, sacrificando y acaso ridiculizando sus iniciativas e impulsos frente al interés de las grandes masas de rasero medio.

Así, un país que opte por no apoyar a sus "mejores" rompe una de las simientes más importantes para promover cambios virtuosos y perdurables, suicidándose lentamente. De ahí el título de esta columna.

Sin conocimiento no hay revolución

Los Tiempos el 13/09/2018

Los procesos de independencia que viabilizaron el surgimiento de los actuales Estados latinoamericanos mantuvieron, como es conocido, incólumes las estructuras socioestatales y la base cognitiva que en su momento sostuvo a los poderes coloniales, conservando vínculos de 'íntima dependencia' con las líneas de pensamiento predominantes en las metrópolis europeas.

Esto es central, pues es necesario entender que el conocimiento, en cualquiera de sus formas, responde a unas determinadas relaciones de poder, que a su vez descansan en contradicciones epistémicas más profundas, unas veces coadyuvando a la reproducción de un cierto 'estado de cosas' y otras promoviendo su transformación.

En nuestro caso, ese cimiento cognitivo, de evidente raíz eurocéntrica, fue en buena medida heredado y luego fortalecido por la modernidad tecnológica occidental que hoy no reconoce fronteras gracias a la red, con niveles variables de dependencia a veces asumidos como inevitables o 'naturales' y que tienden a profundizar la desigualdad entre unos que saben y otros que no (modernos y premodernos). Se trata de la vieja tensión entre una parte de la sociedad nacional, integrada no sin dificultades a la línea civilizatoria hegemónica global (modernidad occidental) y el grueso de la población que, por diferentes razones, se mantuvo al margen, situación que en su momento fue bien aprovechada por quienes suelen medrar de las contradicciones.

La buena noticia es que ésta es una realidad ya ampliamente asumida por la sociedad boliviana. La mala es que aún no sabemos bien cómo gestionarla. Para unos se trata del

reconocimiento de la otredad a partir de la exacerbación de lo propio, priorizando endogámicamente lo interno en el afán de reforzar una identidad que se cree perdida y que urge reconstruir, con riesgo de caer en la negación de toda posibilidad de intercambio solidario y crear bolsones identitarios herméticos que al final, ante la imposibilidad de imponerse al resto, optan por el aislamiento.

En la vereda de enfrente, surge una línea moderada que, sin negar la identidad propia, permite la internalización crítica de lo externo para adoptarlo como propio, lo que en el plano epistémico se traduciría en un razonamiento fronterizo imposible sin un necesario 'diálogo de saberes', con posibilidades para el establecimiento de un amplio espacio para el desarrollo de conocimientos complementarios. Visión que siendo la más interesante, no pudo hasta ahora sobrepasar el plano de lo discursivo, estancándose en lo folklórico y lo místico, tullida ante la urgente necesidad de construir un trazo epistemológico autóctono con visión científica y racional, sin el que será imposible integrarnos bajo códigos de horizontalidad a la economía de la información y el conocimiento. De esa manera, nos arriesgamos a caer nuevamente en modelos imitativos de desarrollo.

Si descuidamos la academia, espacio natural para el desarrollo de la investigación, y omitimos generar una base teórica sólida en todas las ramas del saber, será ingenuo esperar otra cosa. Hace falta que el Estado invierta más en nuestras universidades, no solo con dinero, sino también con el apoyo técnico necesario para su modernización organizacional y pedagógica. Pero también hace falta que aquellas se miren más a sí mismas y se autoevalúen con sentido crítico y honestidad. No es poco lo que se avanzó, pero se puede hacer más, la mejora es posible aún con nuestro esmirriado presupuesto y las dificultades estructurales que nos aquejan.

Es esta la revolución posible y urgente. Una revolución de la concordia basada en la ciencia y el conocimiento. Una revolución pausada sin la que será imposible cambiar consistentemente como país y sociedad, e integrarnos con ventaja en un mundo que cambia aceleradamente.

El valor de la teoría

Los Tiempos el 30/08/2018

Es curioso el desdén que despiertan la teoría como concepto y la teorética como metodología en nuestra cultura en general y en nuestra cultura académica en particular, cuyo valor pragmático es difícil de entender para el común de la gente, pues al vincularse a un conjunto abstracto y organizado de ideas que explican un fenómeno, deducidas a partir de la observación, la experiencia o el razonamiento lógico, se traducen en un etéreo agregado de reglas, principios y conocimientos acerca de una ciencia, una doctrina o una actividad, prescindiendo de sus posibles aplicaciones prácticas (Google dixit).

Así, es comprensible que en los estratos populares de un país marcado por la pobreza y el atraso se instale un estado de urgencia permanente, esperando que las cosas se hagan rápido y con resultados concretos en el corto plazo. La pobreza apremia, es cierto, y no deja mucho tiempo para la reflexión y el análisis, actividades que precisan, las más de las veces, de largos periodos de pausa. Eso es, desde todo punto de vista, comprensible, pero no que esta tendencia se traslade, sin reparos, también al ámbito académico, donde la necesaria perspectiva teórica debería encontrar su espacio natural, vital para encontrar una explicación científica a los procesos y fenómenos del mundo, todo a fin de sentar las bases cognitivas que son imprescindible para llevar adelante procesos sostenibles de investigación, desarrollo e innovación.

El mayor peligro radicaría, entonces, en el riesgo de que el mundo universitario termine fagocitado por las demandas sociales más inmediatas, aquellas que le exigen, unas veces, acciones propias de una agencia de desarrollo u ONG, y otras, labores de carácter francamente filantrópico, lo que bien

medido, no tendría por qué ser del todo ajeno a la vida universitaria.

El problema emerge cuando esta forma de hacer y pensar se intensifica de tal forma que incide en la implantación de un modelo de formación universitaria que tiende a postergar la investigación solamente al postgrado, destinando la fase pregradual a un tipo de formación de carácter exclusivamente profesionalista –cada vez hay menos tesis de grado y más modalidades alternativas de titulación–, generando operadores de lo ya existente, con escasa formación metodológica y menos teórica, faltos de capacidades para desentrañar y acaso cuestionar los basamentos epistemológicos que informan a cada disciplina en concreto, elemento central para la innovación sustentada en evidencia científica.

Esto implica repensar un modelo pedagógico universitario que, sin descartar el tradicional tipo de formación profesional basada en la enseñanza de lo existente, generalmente por repetición, incluya también mecanismos de aprendizaje cimentados en la investigación autoformativa, esa que estimule en el estudiante cuestionamientos permanentes y constructivos, dotándosele paralelamente de los conocimientos metodológicos necesarios para buscar las respuestas por sí mismos, lo que a su vez reportará un cambio de actitud ante la crítica, la autocrítica y el debate en un marco transdisciplinar.

No se trata de un cambio menor, importa, en primer término, una forma remozada de ver el contexto y practicar la docencia y, en segundo, tomando los problemas no como fastidiosos escollos, si no grandes oportunidades que despierten en los chicos la inventiva, la creatividad y la innovación basadas siempre en la evidencia y la reflexión, más allá del puro esnobismo, el esoterismo o la simple moda, pues no se trata

de cambiar por cambiar nomás, sino de hacerlo de forma inteligente, quizás con menos rapidez pero si con mayor solidez, algo imprescindible para superar nuestro crónico atraso.

Los tiempos corren vertiginosos y enfrentamos el riesgo de quedarnos fuera de carrera. Cada sociedad es responsable de instalar en su seno un espacio de reflexión más o menos blindado del medio, y ese no puede ser otro que el de la academia. Quizás así superemos nuestra bien ganada fama de consumidores acrílicos de conocimientos y tecnología foráneas, para superar la lógica del calcado y el consumo de 'enlatados', propios de un tipo de modernidad imitativa que no nos ha hecho mucho bien.

Cibersociedad

Los Tiempos el 29/03/2018

Atónito, miré a mi nena de año y meses presionar, con la prestancia de quien sabe lo que hace, el botón de encendido del celular de su madre, e intentar navegar en él con una intuición impresionante. Sentí orgullo, claro, pero mi inicial fascinación se transformó rápidamente en terror, pues la sola idea de ver a mi pequeña perdida en ese inconmensurable océano de bits, repleto, como todos sabemos, de belleza y fealdad, bondad y maldad, en dosis más o menos iguales, me llevó, más pronto que tarde, a un abierto pavor. Sólo atiné a arrebatarme, no sin llantos y berrinches de por medio, el demoníaco dispositivo.

Dudo que haya padre en el mundo que no haya pasado alguna vez por una experiencia parecida, despotricando, entre horrorizado e iracundo, contra la globalización y reclamando, impotente, duras medidas contra el amenazador predominio de esa gelatinosa sociedad en red que crece sin control y desgrana, pedazo a pedazo, el mundo tal y como hasta hoy lo conocemos, sin entender que por mucho que uno gruña, se aplique el "cilicio" o se beba la cicuta, esto es así y será cada vez más intenso, como parte de la vida misma y es poco lo que efectivamente puede y debe el Estado hacer para evitar que este holográfico universo se potencie e invada nuestras vidas, unas veces para mejorarlas y otras para hacer de ellas un pequeño infierno.

Asumámoslo, hace ya mucho que rebasamos el punto de no retorno y cualquier intento de regulación de estas fantasmales dimensiones paralelas –y permítaseme enfatizar en ello– sólo degenerará en oscuros mecanismos autoritarios, eficaces para coartar libertades, pero no para lograr su finalidad inicial.

Y como echando más leña al fuego, los más chicos parecen haber nacido ya con un gen especial para la tecnología, probablemente porque tuvieron con ella tempranísimos contactos, quizás desde el mismísimo vientre materno, para luego ser acunados entre *smartphones* y pantallas LED, y “educados” con enormes motores de búsqueda en línea y herramientas de Big Data. Los millennials son en realidad hijos de la red y buscarán siempre ir a por más, sorteando de formas inimaginadas cuanta limitación de acceso y/o uso tecnológico se les pretenda imponer.

Así, una vez hilvanados los retazos, vemos que no se trata sólo de un quiebre generacional, sino de un verdadero cambio de ciclo de efecto global y matiz deconstructivo, una fase de transición que por su capacidad disruptiva se asemeja a una suerte de nuevo renacentismo, cuya intensidad tiene postrados a gobiernos y sociedades en un notorio estado de desconcierto, unas veces letárgico y otras eufórico, una suerte de infantilismo social –ojalá efímero– que puede llevarnos, en el mejor de casos, hacia escenarios al estilo de *Blade runner* (futuro hiper-tecnológico de infelicidad más o menos controlada) y, en el peor, a estadios cercanos a *Mad Max* (ruina tecnológica y decadencia civilizatoria).

¿Qué hacer? Pues lo obvio, educar a los nenes para sobrevivir en esta pasmosa jungla de códigos binarios, desarrollar en ellos capacidades para dominar a la bestia antes que huir de ella, pues está claro que eso será poco menos que imposible. Más allá de nuestras arcaicas visiones de mundo, los deseos y luchas de nuestra generación, ellos, nuestros pequeños, están destinados a vivir e intentar ser felices en su terreno, un mundo que, para nosotros, los viejos, resulta a momentos desconcertante y, acaso, ininteligible. Sólo nos queda, pese a nuestras grandes limitaciones, procurarles algunos *tips* que les ayuden a separar la paja del trigo, a distinguir lo malo de lo bueno y ejercer su derecho a la felicidad de la mejor manera

posible. Para ello, es urgente desenterrar los estudios en humanidades y la filosofía, disciplinas que nos sirven para reflexionar críticamente y tomar decisiones en situaciones de alta complejidad, cultivando la lógica y el sentido común como herramientas efectivas, quizás las únicas, para entender a cabalidad los enrevesados códigos que sustentan el mundo de hoy.

Re-humanizar al humano, a fin de evitar su dilución en lo infinito de la inteligencia artificial, de eso se trata.

Enseñar 'de lejos'

Correo del Sur el 24/04/2019

El concepto central es ese, 'educación a distancia', una forma de facilitar el aprendizaje descartando la presencialidad, esto es, la coincidencia en tiempo y espacio de profesores y alumnos, y que puede ser ejecutado de formas diferentes, desde los medios más tradicionales como el correo postal para el envío de materiales impresos y grabaciones, hasta las tecnologías de punta basadas en la internet, pasando, claro, por la televisión, la radio o el teléfono.

Las circunstancias sanitarias actuales han puesto el tema en la agenda pública –y esta vez parece que la cosa va en serio–, develando una serie de intereses, prejuicios y mitos que impiden una cabal comprensión del fenómeno y las posibilidades reales para su aplicación, principalmente en la educación superior que es la que más conozco. Pasemos a desglosar, muy superficialmente aún, algunos de ellos:

- a. Conectividad (Mito 1). Si lo que se pretende es una salida cómoda para el docente, basta con mantener la misma lógica de clase presencial solo que esta vez mediante videoconferencias, para lo que el alumno precisará de una conexión a internet de banda suficiente y una buena cantidad de megas, lo que en las condiciones actuales, puede apartar del proceso a una gran parte del estudiantado, muchos de ellos del área rural y economía magra. La alternativa descrita en el siguiente punto, si bien más trabajosa para el profesor, se erige como la opción posible, pero precisa del re-diseño de contenidos y metodologías.
- b. Sofisticación tecnológica (Mito 2). Se cree que la educación a distancia debe, para ser de calidad, sustentarse en

tecnología de punta, mejor si es costosa. Nada más alejado de la realidad, la tecnología es solo un mecanismo auxiliar y que se debe adecuar a las características de lo que se pretende enseñar y a las circunstancias del entorno que, en nuestro caso, linda en la pobreza. Así, pretender elaborar materiales en realidad virtual o seguir impartiendo exactamente las mismas clases presenciales pero esta vez mediante videoconferencias, quizás no sea lo óptimo para un país en el que los estudiantes no se encuentran permanentemente conectados a la red con un ancho de banda suficiente y con el crédito de navegación suficiente. Sería más adecuado a nuestra realidad el maximizar el uso de los medios tradicionales, una simple presentación en Power Point que ahora nos ofrece maravillosos recursos para re-diseñar contenidos y, a partir de ello, elaborar una serie de videos didácticos con la participación activa del profesor, los que pueden ser distribuidos gratuitamente en un CD a los cursantes o ser colgados en el aula para ser reproducidos en *streaming* las veces que se juzgue necesario o, mejor, ser descargados al disco duro receptor, junto con los demás materiales de apoyo. Los medios síncronos (chats o videoconferencias) se dejarán solo para la discusión y el debate formativos en momentos clave y con grupos reducidos.

- c. Factores culturales (Mito 3). Algunos atribuyen a nuestra idiosincrasia la imposibilidad de ingresar a formas distintas de enseñar y aprender, como si identidad cultural y tecnología fueran dos aspectos antitéticos, irreconciliables. Absurdo desde todo punto de vista, peor tratándose de jóvenes, quienes, pese a nuestro rezago técnico general, cuentan ya con las destrezas suficientes para desenvolverse apropiadamente en un ambiente educativo basado en las tecnologías de la información y comunicaciones en red. La brecha tecnológica existe pero no es tan ancha como para impedirles gozar de

procedimientos de aprendizaje más abiertos y acordes con las tendencias mundiales (ver: [Cibersociedad](#)).

- d. Baja calidad (Mito 4). Así como una experiencia educativa presencial puede ser pésima (ejemplos huelgan) una experiencia a distancia, puede también serlo, todo dependerá de la pertinencia del diseño pedagógico, la solidez de la plataforma, la calidad de los contenidos y la facilitación. Por consiguiente, pretender deslegitimar un instrumento solo por la impericia de quien lo maneja resulta ser bastante arbitrario.

- e. Teoría y práctica (Mito 5). Sí, una forma de aprender es a partir de la práctica, pero demostrar la existencia de unos hechos o fenómenos no necesariamente pasa por reproducirlos físicamente. Me explico: a) Si quiero enseñar que el fuego quema a partir de lo que pasa en la práctica, no es necesario hacer que el alumno meta el dedo en la flama de la vela y se escalde, bastará con mostrarle videos o fotografías que revelen gráficamente el efecto del calor extremo en la piel humana o en objetos de distinto tipo; o b) Si quiero enseñar a operar una sierra mecánica, un tractor o un dron, sería probablemente más útil recurrir previamente a medios audiovisuales donde se describa en detalle y paso a paso el procedimiento de manejo, ello permitiría reducir al máximo los momentos de presencialidad para la práctica material que deba ser necesariamente física, lo mismo para los exámenes y evaluaciones. Y no olvidemos que también se puede aprender a partir de la teoría, pues el pensamiento abstracto es lo que nos distingue de las bestias, para luego recién aterrizar en la práctica, todo depende del diseño pedagógico.

- f. Temores gremiales (Mito 6). Se suele pensar que este tipo de soluciones educativas desplazarían la labor docente,

arriesgando su estabilidad laboral. Otro prejuicio sin fundamento, pues quien haya facilitado procesos educativos virtuales con un cierto nivel de calidad, sabe bien que el esfuerzo docente en estas experiencias es mucho mayor. Baste imaginar la agotadora tarea de dar respuesta personalizada a cien alumnos en un foro de discusión en plataforma. Y eso debe ser correctamente entendido por las autoridades universitarias, pues un profesor no puede hacerse cargo de grupos grandes de educandos sin arriesgar la calidad y sin caer en un cierto grado de explotación laboral.

Sin duda, son muchos más los puntos de refriega en esta interesante discusión, pero los escuetamente descritos se encuentran entre los más relevantes. El debate está abierto.

III

Un cuento corto

Un *western* subandino

Los Tiempos el 22/11/2018

De entre las muchas historias, acaso inventadas, que un muy querido tío abuelo mío, hoy fallecido, solía narrar, una quedó muy especialmente grabada en mi mente, tal vez debido al especial contexto en el que me fue relatada, un viaje de catarsis a las viejas propiedades rurales de la familia paterna –o lo que quedó de ellas luego de la revolución del 52–.

Como sea, todo comenzó cuando tomé la vieja y pesada *Luger Parabellum* calibre 45 de don Próspero Arandia Ferrufino –así se llamaba él– y, claro, estupefacto ante semejante artefacto (que me recordaba a los nazis) y arriado por mi impertinente y pacifista adolescencia hippie, no pude menos que cuestionar las razones de su tenencia, a lo que el experimentado tío me respondió, sonriendo debajo su canoso y poblado bigote, que tan peculiar arma, hoy disminuida a la calidad de un souvenir familiar –ahora perdido–, tuvo su lugar y su tiempo, Sopachuy, pueblo de los valles chuquisaqueños, en el que coincidieron, allá por 1910 y pico, su madre cochabambina (comerciante de Tarata) y su padre tarijeño (arriero de Entre Ríos) –mis bisabuelos–, para dar origen a nuestra rama familiar, describiendo prolijamente lo que en mi juvenil mente se dibujaba como un perfecto western hollywoodense, ese célebre género cinematográfico ambientado en el Viejo Oeste norteamericano y que aquí parecía desarrollarse con características propias.

Es en este sitio en el que el anciano cuentista vivió hasta su temprana adultez, de clima más bien cálido, con calles empedradas que bajo la lluvia se convertían en el insufrible y resbaloso lodazal que tanto aborrecían las mamás y que se disimulaban bajo el denso polvo levantado por las herraduras y el traqueteo del ganado que en el seco y templado invierno

circulaba abundantemente, todo al compás del inflexible rumor de los dos ríos circundantes, el Orkas, de raudas y frías aguas, y el San Antonio, más grande, apacible y templado que su hermano menor. Y el olor, sí..., ese olor a bosta de rumiante y pastura, tan característico de esas tierras y esos tiempos.

En ese ambiente de autoridad relajada, por entonces parte de lo que aún se conocía como tierras de frontera, seguramente por la escasa o nula presencia estatal –hablamos de 1936, más o menos, en las postrimerías de la Guerra del Chaco– tener un arma era poco menos que una necesidad, según rememoraba don Próspero, una exigencia que coexistía explosivamente con el abundante consumo de chicha del maíz producido en la zona y el trago (cañazo) venido desde los valles de Mojocoya, generando ese microcosmos de salvaje y pintoresca inseguridad tan típico de esas regiones, cuya notable pujanza económica y escaso orden las hacía especialmente vulnerables al azote del abigeato y la rapiña, actividad propia bandas de malvivientes a quienes se les denominaba “cuatrerros”.

Esto castigaba especialmente a las familias que vivían de la ganadería y a quienes que –como mi bisabuelo, que era arriero– se dedicaban al transporte de productos usando no camiones, como hoy, si no grandes recuas de caballos y mulas, circunstancias en las que las armas eran el elemento central de un necesario sistema autogestionario de salvaguarda de vidas y patrimonios. Así es como llegó al cinto del cuentista la célebre *Luger Parabellum*, cambiada por su padre, mi bisabuelo, a un migrante turco (más bien palestino) por un par de reses y un caballo, extraño sujeto de quien se rumoraba turbios negocios con los desmovilizados del ejército y que años más tarde se ufanaría de haber prosperado vendiendo tierras de colores (ocres) para la construcción en las grandes urbes del lejanísimo altiplano.

Una de las bandas de cuatrerros por entonces más grandes y temidas era la liderada por Quintín Flores, alias "El Quintito", temida por su especial ferocidad y despiadadas formas de operación, cuya fama y nivel de perjuicio para la economía de la región habían provocado la movilización, desde la vecina ciudad de Padilla, de un nada despreciable contingente de soldados para su reducción, arribando al pueblo, según recuerda el cuentacuentos, en noviembre, seguramente con la idea de que el prenombrado, cuya afición al trago y la jarana era bien conocida, se haría presente en los festejos acostumbrados para la fiesta de la Virgen de Remedios, patrona de la región.

Efectivamente, así ocurrió, y pese a la expectante tensión que esto había causado en los pobladores, su captura se produjo de una forma inesperadamente pacífica, sin un solo tiro de por medio y sin la menor resistencia, ya que según ancianas bocas, el famoso cuatrero llegó ya ebrio desde San Pedro para continuar la farra en una de las chicherías de las afueras, propiedad de su comadre, quedándose profundamente dormido, atinando a despertar al día siguiente junto a un par de sus cómplices, maldiciendo entre iracundo y lloroso aguardentosas e irrepetibles frases, pronunciadas entre quechua y castellano castizo, hasta quedar, al final de la tarde, vencido por la impotencia del desarme y el encierro, acuilillado sobre en uno de los tablones de cedro aún húmedo que yacían apilados en la improvisada celda, un cuartucho en el segundo patio del edificio que años más tarde haría de alcaldía.

Pero no se desilusione el morbosos lector, lo espeluznante sucedería después, pues unos dicen que debido al temor de que sus secuaces invadieran el pueblo en pos de una sanguinaria liberación y otros que en razón a la imposible misión de trasladarlo a un sitio de mayor seguridad, sin el riesgo de una feroz emboscada, la asamblea de notables del

pueblo más el comandante del contingente militar decidieron finalmente terminar con el asunto ahí mismo y sin mayor trámite, descartándose el fusilamiento, pues aún en esos lares y tiempos se tenía una vaga idea de lo que significa el debido proceso, y optar, en definitiva, por la aplicación de la bien conocida "ley de la fuga", determinación asumida en secreto a efectos de evitar la incómoda presencia de tumultos en su ejecución.

Al amanecer del día siguiente, los condenados fueron trasladados a una de las pozas más amplias y profundas del río San Antonio, ubicada a un kilómetro del cementerio, obligados a desmontar y una vez libradas sus manos de las ataduras, tirados a punta de culatas y puntapiés al turbulento cauce, bajo la promesa de libertad si es que llegaban salvos a la orilla opuesta. El resultado no pudo ser otro, uno murió ahogado a solo segundos de su inmersión en las aún frías aguas –lo suponemos afuereño, pues es inconcebible la idea de un lugareño que no supiera nadar–, los restantes dos, uno de ellos "El Quintito", terminaron acribillados por las balas disparadas a mansalva por la soldadesca, a metros de la ansiada ribera liberadora. Desde entonces, el célebre lugar pasó a denominarse "Poza del Desengaño", nombre con el que hasta hoy es reconocido.

No se sabe a ciencia cierta qué fue lo que ocurrió luego, lo conocido es que el cuatrero hizo de las suyas por estos lares y más hacia el sur hasta pasado el primer tercio del siglo pasado, dando origen, seguramente, a muchas apasionantes historias de cowboys y bandidos, transmitidas oralmente por mestizos juglares anónimos, sin aún obtener un sitio en las letras nacionales. Nunca será posible descartar, por ejemplo, que imaginariamente el Quintito haya sido la encarnación criolla de un Robin Hood valluno, bilingüe quechua castellano, hábil y barbudo jinete de poncho oscuro, versado en el manejo de armas de fuego e insuperable con el facón de

matarife, tan desalmado y terrible en el pillaje como cultivado ejecutor del charango y la guitarra, exitoso con las mujeres e impenitente poeta, bastante dado al alcohol, con una vida llena de aventuras y desenfreno que al final lo llevaron a una muerte temprana y nada heroica. Quizás haya sido así, quizás no...

Lo cierto es que nuestra historia se ha empeñado en narrarnos obstinadamente desde los hegemónicos Andes, ignorando que ocurre y ha ocurrido mucho en este ancho país, tanto en los páramos de altura como en los llanos y selvas, y también, claro, en los tibios valles del sur, quizás menos conocidos debido a su lejanía de los centros de poder y acaso incomprendidos por su carácter más rioplatense que propiamente andino, una parte postergada de esa bolivianidad tan lejana como prolífica en relatos y vivencias, ávida de ser contada y acreedora, sin duda, de una tradición literaria que mal persiste en ignorarla.

Esta edición se terminó de imprimir en mayo
de 2021, en la ciudad Sucre, capital del
Estado Plurinacional de Bolivia

Iván Arandia nos regala un texto corto con un objetivo complejo: transitar por los temas capitales de la sociedad boliviana actual, a través de sus artículos periodísticos de los últimos años. Con talento y claridad, aborda tanto el sistema electoral como el problema jurídico o la condición tecnológica. Se trata de un libro sugerente, equilibrado y honesto que merece ser leído y debatido. Es el tipo de discusión que nos haría bien seguir impulsando para encontrar colectivamente, con ideas frescas en la mano, salidas a nuestra constante sensación de estar al borde del precipicio y querer dar un paso al frente. Enhorabuena.

Hugo José Suárez

Escritor. Investigador de la UNAM

“Este texto aporta, algo no muy común en caldos hirvientes como el nuestro, donde las papas se sobrecocinan y el arroz desaparece, quedando una lava en la que es imposible distinguir los elementos. Iván Arandia piensa, e intenta hacer pensar; eso vale mucho en un rincón donde recuas y bestias corren desenfundadas creyendo ser dueñas de la piedra filosofal, al arbitrio, además, de iconos malsanos y malolientes”.

Claudio Ferrufino-Coqueugniot

Escritor. Premio Casa de las Américas y Premio nacional de novela

“En su variedad, tres son las grandes virtudes de los artículos de este libro, difíciles de encontrar en nuestro tiempo político: idealismo en su crítica al poder y la sociedad, optimismo en el futuro del Estado y la burocracia y conocimiento de lo que busca explicar y convencernos. Es así un libro de clara vocación pedagógica, que avanza intentando resolver los peros y reticencias del lector. Una interpelación de profundas convicciones éticas”

Alex Salinas Arandia

Escritor y doctor en literatura

“Iván Arandia es un tipo jodido, en el buen sentido de la palabra. Es un tipo que cuestiona, que piensa y que interpela la realidad desde varios filtros, tanto teóricos como vitales, insistentemente. Por eso los temas sobre los que escribe pueden ser de diverso cuño, pero siempre tienen la misma búsqueda de rigor, la misma malicia que debe contener cualquier escrito que tenga algo de verdad que decir”

Alex Aillón Valverde

Periodista y escritor

“En la presente obra, el autor nos propone una selección de algunas de sus columnas de prensa, en concreto, aquellas que, por su contenido y rigurosidad analítica, bien podrían caber en la idea de un ensayo brevísimo”

Homero Carvalho Oliva

Escritor. Premio nacional de novela

ISBN: 978-9917-0-0904-7

